

Julio Ramón Ribeyro

Crónica de San Gabriel

Crisálida
Novela

Julio Ramón Ribeyro

Crónica de San Gabriel

Prólogo de

Marco García Falcón



Crónica de San Gabriel

1ª edición digital: noviembre 2017
Serie Crisálida / novela

Ilustración de portada: Renso Gonzales

ISBN: 978-612-47409-4-7

Editado por PESOPLUMA S.A.C.
Calle Francisco Graña 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú
www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

La mirada de un solitario

1. Múnich, 1956.

Un joven peruano encerrado por el frío brutal en un cuartito alquilado de una casa de una familia alemana obrera.

«Esta habitación (…) hizo que evocara la vida en el Perú, la vida en Lima, el buen tiempo, la primavera, las verduras, los árboles y, de pronto, sin ningún propósito deliberado de escribir nada largo, empecé a contar unas vacaciones que había pasado de adolescente en la sierra (…) y esto duró tres meses (…) Después, cuando comenzó el deshielo y cuando pasaron las primeras golondrinas (…), me di cuenta de que la novela estaba terminada y la había escrito en un estado casi de sonambulismo, porque recuerdo que había perdido casi todo contacto con la realidad».

Ribeyro –esto lo cuenta ya mayor, en una charla en que recapitula toda su obra– tenía veintiséis años. Gozaba de una beca para aprender alemán y había publicado un año antes *Los gallinazos sin plumas* (libro que ya mostraba a un cuentista notable y que había recibido un reconocimiento unánime).

Anhelaba embarcarse en el proyecto de una novela, pero su realización le resultaba esquiva. «Me seduce la idea de la novela, ¿pero cómo escribirla?», se pregunta en 1955 en una entrada madrileña de su diario. Y, más tarde, cuando ya había avanzado algunos tramos, lo asalta el desaliento: «Ausencia total de ideas. El asunto de mi novela me preocupa (…) Veo con pavor que día a día voy perdiendo el entusiasmo (…)». También: «Mi novela perece por inanición. He tomado la decisión de interrumpirla. En realidad, el plan que me propuse era demasiado ambicioso (…)».

Y ahora, de pronto, se le aparecía el impulso necesario para empezar una y casi terminarla (la habría de acabar dos años después en el Perú, en un hotel de Chosica, cuando volvió a su manuscrito, lo trascribió y le agregó un capítulo).

La novela de un hombre que recuerda. Y los recuerdos lo descentran. O, mejor, lo llevan hacia su propio centro.

2. La memoria, el motor.

Natalia Ginzburg dice que, cuando uno escribe, se siente milagrosamente impulsado a ignorar las circunstancias presentes de la propia vida. Dice también que, cuando somos felices, nuestra fantasía adquiere más fuerza. Cuando somos infelices, en cambio, nuestra memoria es la que domina.

La memoria es entonces uno de los territorios donde la escritura se revela y se asienta; pero es, también, el combustible que hace circular las palabras, las imágenes, la imaginación.

En la nota que el autor suma a la edición española de *Crónica de San Gabriel* (a la que sigue esta edición), Ribeyro confiesa precisamente que lo que lo empujó a escribir esta novela fue la necesidad de combatir un «estado depresivo». Y los recuerdos fueron tomando su propio ritmo. «(…) Fue un movimiento espontáneo», leemos en otro fragmento de su diario, «a tal punto indeliberado que, al poner la primera línea, no sabía qué cosa es lo que empezaba y aún

no sé qué cosa es lo que saldrá».

Cuando la memoria se activa, evocamos un tiempo ya clausurado y recuperamos igualmente ciertos espacios perdidos. Espacio y memoria se juntan para crear, a través de la escritura, un mundo arcádico o, al menos, más tolerable o deseable de lo que en verdad fue.

Crónica de San Gabriel puede ser leída en esa clave. Alguien que sale de un modo inesperado de su entorno –la ciudad– y debe regresar a él muy pronto, al no encontrar un norte o un sentido en el nuevo escenario –el campo–. El relato que se ofrece da cuenta de esa frustración, de la imposibilidad de adecuarse a un nuevo espacio y, sin embargo, la escritura hace posible una reconciliación.

¿No es sintomático que, en un principio, la novela fuera a llamarse *Crónica de un reino perdido*? Ese reino perdido alude, ciertamente, a la decadencia y ruina de la hacienda que termina por arrastrar a todos los personajes; pero, también, al incumplimiento de una promesa –la de la experiencia amorosa– que representaba para el protagonista San Gabriel.

3. Fuera del *boom*.

Lo dice muy bien Juan Gabriel Vásquez en su ensayo *Diario de un diario*: «(…) Nacido en 1929, (Ribeyro) es quince años menor que Cortázar, dos años menor que García Márquez, un año menor que Fuentes, apenas siete años mayor que Vargas Llosa. Es decir, era un estricto escritor del *boom* latinoamericano. Y sin embargo, poco o nada tuvo que ver con el fenómeno narrativo que estos nombres encabezaron. No se piensa en el *boom* cuando se piensa en Ribeyro. No se piensa en Ribeyro cuando se piensa en el *boom*. Ribeyro vive en otra parte, fuera de lo que Carlos Fuentes bautizó, en su momento, como la "nueva novela latinoamericana". Bien mirada, la cosa tiene lógica: Ribeyro era latinoamericano solo a pesar de sí mismo; pero no se puede decir que fuera novelista, y definitivamente, *definitivamente*, no era nuevo».

¿No era latinoamericano? Probablemente no de una manera idiosincrásica, si se auscultan sus lecturas y sus intereses. Leía con atención a sus contemporáneos (peruanos y extranjeros), pero su sensibilidad estaba más cerca de los autores de la tradición decimonónica europea. No la frecuentaba, por cierto, para una imposible vuelta al pasado, sino para incorporar sus propios temas: era un instrumento moldeable –afín a sus gustos y a su personalidad– que le permitía abordar nuevos espacios –los de la urbe moderna– y desde allí aportar nuevas significaciones. Lo suyo era, pues, una puesta al día del realismo a través de la memoria y la imaginación. Tampoco estaba entre sus prioridades adscribirse a una agenda regional. «En la novela latinoamericana actual», responde en una entrevista, «a mí me fastidia esa insistencia, esa fascinación que tiene los escritores latinoamericanos por demostrar que son latinoamericanos (…)».

¿No era novelista? No si se piensa en que su modo de narrar era esencialmente lineal, lógico y concentrado, casi siempre respetuoso de la unidad de acción, de lugar y de tiempo. Y las novelas que escribe se escapan de los cánones imperantes en aquellos años (los sesenta y setenta): grandes frescos sociales, con experimentaciones notorias en el lenguaje y la estructura. Y Ribeyro lo sabía perfectamente: «(Lo que se) busca en la literatura latinoamericana (son) las grandes acciones, los personajes coloreados, los inmensos espacios, las fuerzas telúricas, los fenómenos sociales o de grupo (…) Y el mundo de mis libros, *hélas*, es un mundo más bien sórdido, defectista, donde no ocurre nada grandioso, poblado por

pequeños personajes desdichados, sin energía, individualistas, marginados, que viven fuera de la historia».

Tampoco era «nuevo» en términos estrictos. A pesar de sus intentos por explorar las herramientas narrativas (pienso, por ejemplo, en los relatos del segundo tomo de *La palabra del mudo*, que juegan muy bien con el tiempo y el espacio), siempre obraba en su contra el prejuicio que generaba su estilo «clásico». Todo lo demás que había de nuevo en su obra –la inauguración de la narrativa urbana, el descubrimiento de la clase media emergente, el tratamiento no indigenista de lo andino, la inquietud metafísica, el simbolismo desrealizador, el humor, la ironía y el juego intertextual– fue opacado, dentro del contexto peruano, por el afán totalizante y el experimentalismo virtuoso de Vargas Llosa. En lo profundo, por lo demás, rechazaba el entusiasmo por el uso de técnicas sofisticadas que buscaban ocultar lo artificioso y convencional de la escritura y conferirle a los textos una aureola de novedad. «Creo que en la literatura latinoamericana», escribe en una de sus *Prosas apátridas*, «hay una tendencia a sobrevalorar la técnica (…) Nada envejece tan rápido como los procedimientos. Hay quienes disfrazan una visión banal, simplista y vieja de la realidad con una técnica modernista. Como si la modernidad fuera cuestión de técnica (…) La modernidad no reside en los recursos que se emplean para escribir, sino en la forma de aprender la realidad. Un escritor que sigue pensando como hace cincuenta años será un escritor caduco aunque eche mano de todos los recursos inventados por Joyce, Faulkner y Robe-Grillet juntos».

Hablaba de la mirada. De una voz auténtica y reconocible. De aquello que hace que un artista sea valioso y perdurable por encima de las formas y las modas. Eso lo tenía ganado desde su primer libro y, luego de convencerse de sus límites para la innovación (pese a su desconfianza, empleó el multiperspectivismo, el monólogo interior y la ausencia de puntuación en algunos relatos y en *Cambio de guardia*), se abocó plenamente a afinar y consolidar su patrimonio.

El resultado: se quedó en los extramuros del *boom*. Un lugar en el que habría de encontrarse con excelente compañía: Mario Levrero, Clarice Lispector, Salvador Elizondo, Juan José Saer, Jorge Ibarguengoitia y, claro, Luis Loayza, con quien comparte más de una seña de identidad: estilo preciso, armonioso y elegante, y elevados logros en el cuento y el ensayo.

4. El sobreviviente.

Y sin embargo, Ribeyro ha sobrevivido al paso del tiempo.Más aún, en las últimas décadas, su reconocimiento no ha hecho sino crecer entre los lectores y la crítica. De manera especial, los escritores latinoamericanos de las nuevas generaciones encuentran en su trabajo una fuente de inspiración y hasta una influencia estética.

La razón parece ser evidente: en un mundo radicalmente individualista y que invita al escepticismo, y que por lo mismo llama a desistir de los grandes relatos explicativos, su literatura se presenta como pionera de los caminos que actualmente se exploran: las historias de personajes subalternos, más bien grises, que, pese a su carácter anodino o rutinario, arrojan una luz intensa sobre la experiencia humana y el mundo que nos rodea. Los rasgos de su actitud frente al oficio, además –el profundo diálogo entre literatura y vida, la permanente reflexión sobre lo que se lee y se escribe, la inclinación por formas no ficcionales o consideradas «menores», el descreimiento y aun la presencia del fracaso como parte de la

creación–, son un elemento muy atractivo para los narradores contemporáneos.

Lo que Ribeyro aprendió y ha dejado como legado para las nuevas generaciones podría ser esto: la modernidad no se consigue con la novedad de las técnicas, sino con la *actitud* hacia lo literario. Se trata, una vez más, de una *cuestión de mirada*.

5. Esencia depurada.

¿Qué papel ocupa, dentro de esta poética, *Crónica de San Gabriel*? Ribeyro era un individualista a ultranza que, sin embargo, no vivía de espaldas al mundo. Sus primeros cuentos, imbuidos del realismo crítico propio de su generación, tienen una fuerte carga social y, en muchos casos, denuncian; pero no se atreven a sugerir una salida. Imposible darla: el escepticismo de base de su autor ya estaba presente y se haría cada vez más arraigado. Por eso, en sus cuentos de madurez, esa pulsión, esa manera de ver el mundo, se hace más intensa. Ya había comprendido, quizá, que la Arcadia –de existir– no podía ser social, sino tan solo personal, melancólicamente perdida en el tiempo de lo ya vivido y solo recuperable en el momento de la escritura.

El cuento, además, es en sí mismo un género romántico, individualista, que opera en una parcela muy concreta de la realidad. Es el vehículo más apropiado para captar lo fragmentario, la imposibilidad de acceder al sentido de la existencia. Por eso Ribeyro lo adoptó con naturalidad desde temprano y supo hacer de él, a lo largo de su obra, uno de sus territorios más fecundos. Por eso, además, le vinieron tan bien sus formas afines: el diario, el aforismo, las cartas.

Crónica de San Gabriel tal vez sea, entonces, una de las expresiones más depuradas de la sensibilidad ribeyriana: su protagonista es un solitario que debe salir de su estatismo, que se ve obligado a abandonar su pequeño universo personal para integrarse a un mundo complejo cuyas leyes no comprende. Ese solitario por naturaleza mira las cosas a la distancia y contempla la inevitabilidad de su propio fracaso, pero, a pesar de eso, aspira a atrapar lo permanente, lo esencial de su experiencia a través de esa pasión inútil que es la escritura.

«(…)Tenía la impresión de que algo había quedado allí perdido para siempre, un estilo de vida, tal vez, o un destino, al cual había renunciado para llevar y conservar más puramente mi testimonio(…)», leemos en el tramo final de la novela.

Abrazar la escritura supone una pérdida y una renuncia. Y la recompensa que se obtiene por ello es apenas comunicable. Un fogonazo que se confunde con la tiniebla. Un destello oscilante. Una figura que se entrevé en el arabesco de múltiples formas. La inminencia de una revelación que no se produce.

Una verdad muy pequeña, casi secreta, nacida en las márgenes de la existencia; pero contundente.

6. Paradoja final.

En sus últimos años de vida, Borges afirmaba que con el tiempo se había resignado a ser Borges. Decía también que cada obra va dibujando, acaso sin premeditación, una figura: la del rostro de su propio autor.

Hasta antes de alcanzar la madurez creativa, Ribeyro quiso adaptarse a su tiempo, ser parte del espíritu de su época, pero terminó por dejarse llevar por las particularidades de su

personalidad, por su naturaleza más íntima. El camino que recorrió fue el de alguien que se reconoce en la escritura, que se acepta en sus límites y posibilidades, y acaso *Crónica de San Gabriel* constituya el testimonio más alto, más bello y honesto, de ese proceso.

Hoy, a más de cincuenta años de su primera edición y a veinte de la muerte de su autor, tenemos la oportunidad de volver este libro central en nuestra literatura, de leerlo en el contexto de un obra cuyo signo es la heterogeneidad y el fragmento pero que, vista en su conjunto, tiene una fuerza y una coherencia que permanecen y que continúan interpelándonos y mostrándonos quiénes somos.

Marco García Falcón
Lima, noviembre de 2014

Sobre Crónica de San Gabriel

Crónica de San Gabriel, mi primera novela, fue escrita a comienzos de 1956, en Múnich, cuando tenía veintiséis años. Acababa de llegar a Alemania, no sabía alemán, y el crudísimo invierno (31 grados bajo cero y un metro de nieve en las calles) me forzó a permanecer encerrado en el cuarto que había alquilado en las afueras de la ciudad, en casa de una familia obrera.

Pronto la soledad, la incomunicación, el aburrimiento se tornaron insoportables y no vi otro remedio a mi estado depresivo que escaparme de esa realidad mediante la imaginación. Abrí entonces un cuaderno y empecé a escribir lo primero que me vino a la cabeza, el recuerdo de las vacaciones que pasé en una hacienda andina cuando tenía catorce o quince años.

A los pocos días estaba tan sumergido en mi trabajo, que perdí todo contacto con lo que me rodeaba. Ello explica que haya escrito el libro tan rápidamente, pues soy un escritor más bien lento y de esfuerzo discontinuo. Es una de las pocas experiencias que he tenido, al escribir, de encontrarme en una especie de «segundo estado», al punto que lo que describía me parecía el verdadero mundo y la realidad un mundo leído o soñado. A los tres meses comprobé que había comenzado el deshielo, que los árboles reverdecían y que muy bien podía ya salir no solamente de mi cuarto sino de mi libro. La novela estaba terminada. No me volví a ocupar de ella hasta dos años más tarde, en que añadí un capítulo y la pasé a máquina. La publiqué en Lima en 1960 y obtuve ese año el Premio Nacional de Novela.

Menciono estas circunstancias para subrayar que esta novela surgió de mí en forma espontánea, sin ningún plan ni presupuestos artísticos o ideológicos, al menos conscientes. Todo lo que pueda decir de ella está basado en su resultado, es decir, en el texto mismo.

Por lo pronto, es la única de mis novelas que se desarrolla en un ambiente rural, cuando yo había siempre predicado la necesidad de escribir sobre Lima y fundar una narrativa urbana, prácticamente inexistente en Perú. En ese sentido había dado el ejemplo, al publicar en 1955 mi libro de cuentos *Los gallinazos sin plumas*. En ese sentido se orientaron también las dos novelas que escribí con posterioridad a *Crónica de San Gabriel*, es decir, *Los geniecillos dominicales* (1964) y *Cambio de guardia* (1976), que tienen a Lima como escenario.

Que *Crónica de San Gabriel* transcurra en la sierra no hace de ella, sin embargo, una novela indigenista, lo que la distingue de los grandes frescos andinos de Ciro Alegría y José María Arguedas. Su especificidad proviene de que se trata de una visión de la sierra, pero hecha por un limeño. En ella el campesino indígena aparece solo episódicamente, los problemas agrarios no figuran en forma explícita, el color local y el folklore están ausentes, lo mismo que todo el aparato reivindicatorio, social y político que caracteriza la novela indigenista. *Crónica de San Gabriel* se limita a presentar la vida de los patronos o señores de una hacienda serrana y las relaciones ambiguas, tensas y a menudo secretas que agitan este microcosmos.

A pesar de lo dicho, algunos críticos han encontrado en esta novela una gama de significaciones que menciono al azar: un testimonio sobre la decadencia del latifundio en la sierra peruana, una novela de educación o aprendizaje (el paso de la adolescencia a la adultez), una historia de amor juvenil en un escenario agreste, un simple cuadro de costumbres provincianas, la descripción novelada de un caso clínico de histeria (Leticia), una obra críptica

en la cual el autor ha escamoteado algunos datos para que el lector descubra por su cuenta una segunda obra.

Estas interpretaciones son interesantes y relativamente defendibles. En tanto que autor, me limito a citarlas, sin tomar ningún partido.

Julio Ramón Ribeyro
París, marzo de 1983

El viaje

Las ciudades, como las personas o las casas, tienen un olor particular, muchas veces una pestilencia. Mientras recorría las calles rectas de Trujillo, me sentía envuelto por una transpiración secreta que emanaba no se sabía de dónde, quizás de los zaguanes, de los sótanos condenados o de las alcantarillas. Una presencia olfativa me cercaba y me recordaba a cada paso mi condición de forastero, de hijo de tierra extraña. Yo andaba a manotazos bajo el duro sol y los balcones morunos, recordando que en Lima, años atrás, cuando iba a las calles del centro, había sentido también el olor de la ciudad. Lima, decían las viejas, olía a ropa guardada. Para mí olió siempre a baptisterio, a beata de pañolón, a sacristán ventrudo y polvoriento. Pero Trujillo olía a otra cosa. Era un olor amarillo, en todo caso, un olor que tenía algo que ver con las yemas de huevo, los helados Imperial o ese sol ambarino que penetraba todos los objetos.

El día anterior, a las seis de la mañana, habíamos partido de Lima, en una góndola roja. Este viaje fue decidido por mis tíos en cuya casa vivía alojado desde la muerte de mi padre. Nunca supe a ciencia cierta por qué resolvieron alejarme de un lugar en el cual comenzaba a sentirme a gusto. Yo sospechaba una maquinación de mi tía Herminia, la cual me odiaba porque yo pasaba íntegramente los días sin hacer nada. Mi ocupación favorita era recostarme en todas las paredes, caer despatarrado en todos los sillones, pensando en cosas absurdas, como por ejemplo, en la cara que tendría mi tía Herminia si se pelara un poco. Otras veces me subía a la azotea y me entretenía en perseguir a los gatos techeros o en espiar las intimidades del vecindario. Como acababa de terminar el colegio creía haber conquistado para siempre el derecho a estar ocioso.

Tal vez se consideró que mi conducta debía ser perniciosa para mis primos, aunque en realidad mi comercio con ellos se reducía a darles, de cuando en cuando, de bofetadas. Lo cierto es que Felipe, el esposo de Herminia, me entretuvo durante algunos días hablándome de la hacienda de la cual era administrador, de su aire puro, de la leche bebida a la sombra de las vacas. Como su discurso no me conmovía, resolvió ejercitar sus derechos de tutela y de un día para otro anunció nuestro viaje.

Fue así como Felipe y yo partimos, una mañana de verano. La primera jornada de viaje fue memorablemente aburrida. Nunca imaginé que la costa de mi país fuera un desierto. Hasta entonces, solo había conocido el valle de Lima, rico en huertas y jardines. Por la ventanilla veía circular a las arenas, formar dunas pardas y perderse hacia el oriente en tristes explanadas que recordaban un planeta abandonado. Cada cien kilómetros cruzábamos un río en cuya ribera crecían yerbas o cabañas. Había pueblos parásitos nacidos no se sabe cómo en la planicie y que vivían del camino como se vive de un torrente. El ómnibus los atravesaba sin concederles ninguna importancia y en la calzada de su calle principal, de su única calle, apenas tenía tiempo de ver agitarse un brazo haciendo una seña que, más que un saludo, parecía el gesto desesperado de un hombre que se ahoga.

En Trujillo ocupamos un hotel viejo de tres pisos, en cuya fachada había una enseña que representaba una estrella de cinco puntas. Sus altísimas habitaciones empapeladas y hoscas me inspiraban horror y yo no hice otra cosa que vagar por las calles, a la caza del olor citadino.

Felipe ocupaba sus jornadas en extraños ajetreos. Solo lo veía de noche, cuando al regresar hacía ruido y me despertaba. Abriendo un ojo espiaba sus gestos maquinales de aventurero nocturno: se observaba en el espejo, se acomodaba el bigote, se desperezaba y, silbando alegremente, se echaba a dormir. El último día de nuestra permanencia en Trujillo lo noté más inquieto que de costumbre. Iba de la cama al balcón encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior. Al fin se volvió hacia mí y me dijo que me fuera inmediatamente del hotel y que no volviera hasta después de la comida. Para hacer más persuasiva su orden me regaló un billete de a libra.

Cuando descendí las escaleras observé que en la calzada había una mujer que miraba con insistencia las ventanas altas del edificio. Al llegar a la esquina volví la cabeza: la mujer atravesaba la calle y penetraba en el hotel.

Esa misma noche, al regresar, encontré una nota de Felipe en la cual me decía que al día siguiente partiríamos de madrugada para Santiago de Chuco. Cerca de medianoche lo sentí llegar. Estaba tostado por el sol, tenía las ropas sucias de arena. Al percatarse de que estaba despierto, me exploró largamente con sus ojos brillantes.

—Un consejo —murmuró—. No creas nunca en la honestidad de las mujeres. ¿Sabes que no hay mujer honrada sino mal seducida? Todas, óyelo bien, todas son en el fondo igualmente corrompidas.

A las cuatro de la mañana, con los párpados aún hinchados de sueño, me encontré en la caseta de un camión, rumbo a la sierra. Íbamos apiñados entre una población de indígenas que regresaban a su tierra llevando a cuestas todo su patrimonio: atados de ropa, gallinas encerradas en costales, manojos de hierbas que apestaban. Como Felipe no tenía con quién conversar y no había mayor tormento para él que permanecer callado, me tomó de confidente y durante largo rato me relató sus peripecias de viaje. A los catorce años se había escapado a los Estados Unidos y había pasado allí toda su juventud, desempeñando los más diversos oficios. Esta dura experiencia había grabado en sus facciones un rasgo de tenacidad, de resolución, de fuerza indomable, que amedrentaba a los hombres y subyugaba a las mujeres. Yo lo admiraba profundamente y veía en él un ejemplo digno de imitarse.

A mediodía comenzó la tormenta. De las vertientes caían piedras y barro. El camión sobrecargado podía apenas remontar la cordillera. Yo vigilaba, con la cara pegada a los cristales, el desplazamiento de los abismos. Como el chófer cabeceaba y se adormecía con el zumbido del motor, Felipe se acomodó a su lado y comenzó a zarandearlo a chistes y manotazos. Solamente al atardecer divisamos los tejados de la ciudad. Al descender del camión frente al hotel me desmayé. Más tarde abrí los ojos en una habitación extraña, sucia, con las paredes tapizadas con papel de periódico. Felipe, en una mesa, conversaba con un desconocido y bebía a cortos intervalos de una botella de pisco. La lluvia golpeaba furiosamente las ventanas.

Por una serie de razones fuimos retenidos en Santiago durante varios días. Se nos había acabado el dinero, llovía, y además las bestias de transporte no llegaban. Felipe, esta vez, no se perdió en las calles, sino que pasaba las horas espiando el mal tiempo por el balcón o estirado en la cama dejándose crecer la barba. Yo me distraía observando por un agujero del piso el bar del hotel, donde se desarrollaban fenómenos apasionantes para mi tedio, como las partidas de billar que terminaban siempre cuando el comisario, borracho ya, se subía al tapete y agarraba a patadas las bolas de marfil.

Una mañana, Felipe, que merodeaba por el balcón, lanzó un grito:

—¡Ya llegaron!

Cuando me asomé vi dos enormes caballos moros y una mula que el arriero tenía por la brida. A pesar de que yo nunca había montado caballo, hube de hacerlo esta vez, porque prefería arrostrar ese peligro que continuar en esa ciudad que, a la sazón, estaba infestada de moscas y donde se comía tan mal en ese mercado sin manteles, entre gente tosca que bebía y eructaba. Dos veces consecutivas el moro me hizo besar el suelo todavía húmedo de Santiago. Al fin pude tenerme sobre la silla, cobré confianza, y me lancé a cabalgar a la cabeza del grupo.

Primero descendimos por una amplia quebrada, siguiendo un sendero de tierra roja que corría entre dos pircas de barro. Una vegetación compuesta de tunares y de maguey nos acompañó hasta la mitad de la vertiente. Luego vimos los primeros eucaliptos que daban sombra a los tambos. Más abajo, cerca del torrente, las tierras de pan llevar. Un aire puro, concentrado, me penetraba por la boca como una emulsión y me daba la ilusión de la fortaleza. A cada paso me sentía capturado por la violencia de la sierra, huida para siempre mi enfermiza y pálida vida de ciudadano.

Luego de cruzar el torrente comenzamos a trepar por la vertiente opuesta. Los caballos resollaban y se detenían a beber en los manantiales. La atmósfera se iba enrareciendo. Abajo fue quedando todo lo que recordaba la presencia del hombre. Hasta el camino se desdibujó en multitud de huellas que se confundían con los cauces de la lluvia o simulaban los rastros de algún animal montubio. Al fin, cuando los arbustos desaparecieron, y los aires, que no encontraban resistencia, se iban haciendo fríos, vencimos la cuesta y delante de nosotros solo quedó una planicie verde cuyos límites se perdían en el horizonte. Era la pampa de Algallama.

El ingeniero Gonzales, que nos acompañaba desde Santiago, detuvo su caballo y se despidió, tomando el camino de Cachicadán. Felipe lo vio alejarse y luego, tranquilamente, extrajo un revólver de su casaca y examinó su tambor. —Esta pampa hay que atravesarla armado —dijo, al percatarse de mi estupor—. El año pasado asaltaron a dos hacendados. Cuando te cruces con un jinete, detén tu caballo sobre la derecha y no reinicies camino hasta que los veas desaparecer.

En seguida se echó un pisco a la garganta y, espoleando su bestia, se lanzó a través de la pampa.

En mitad de la tarde comenzó a llover. Esa inmensa meseta agujereada de charcos, erizada de extraños cactos achatados que parecían los excrementos de algún animal mitológico, me deprimía el ánimo y me hizo sentir de golpe la fatiga del viaje. Tan solo cuando poníamos las bestias al galope sentía cierta excitación, como si de pronto me hubiera convertido en otra persona o hubieran pasado años desde que abandonara Lima. Felipe se entretenía cantando huainos picarescos que el viento arrancaba de sus labios y echaba en desorden hacia atrás.

Cuando terminamos de cruzar la pampa divisamos el caserío de Angasmarca, nacido a la sombra de una roca piramidal. En la fonda para viajeros desmontamos para esperar que las aguas amainaran. Felipe pidió dos bisteques y abandonando la mesa salió de la fonda. Lo vi cruzar la calle y perderse en un portón. Luego reapareció con un chiquillo que se le prendía del pantalón de montar. Acariciándolo, lo dejó en brazos de una mujer cuyo torso asomaba por el postigo. Luego vino hacia la fonda, se acomodó en el banco y comenzó a comer con enorme apetito su bistec.

—¿Sabes quién es ese? —me preguntó, mientras masticaba—. ¡Mi hijo! —añadió,

echándose alegremente a reír.

Después del café seguimos viaje, a pesar de que el mal tiempo continuaba. Los caminos se habían convertido en acequiones por donde las bestias andaban con el agua hasta los estribos. Subíamos otra quebrada. Una espesa cortina de agua nos cegaba. Felipe había perdido el buen humor y cabalgaba pensativo, la barbilla incrustada en el pecho. Fue en ese momento cuando sentí una sensación extraña: la de estar recorriendo un camino ya conocido. Los parajes tenían para mí un lenguaje secreto. No podía prever ningún accidente, ningún recodo del camino, pero una vez propuestos a mi vista los asumía con familiaridad y sentía la turbación de un reencuentro. Felipe se detuvo de súbito al lado de un albergue.

—Bajemos —ordenó.

Una india vieja salió a recibirnos, abrazó a Felipe con alborozo y nos invitó a tomar chicha. Felipe secó su jarro y me hizo pasar a una habitación interior que parecía un cuarto para viajeros. Yo me preguntaba si estaríamos ya en la hacienda. Luego de mirar por la ventana, Felipe se volvió con presteza.

—Aquí se albergaba mi padre cuando era comisario —dijo contemplando el camastro—. Una persona que nunca supimos quién fue, metió la mano por la ventana y lo asesinó de un balazo en la espalda.

Ello constituía tal vez algún viejo secreto de familia. A pesar de referirse a un hecho muy antiguo, la noticia me hizo daño, como si se tratara de una calamidad reciente. Proseguimos la marcha bajo el mal signo de la muerte. Ida la lluvia, andábamos por tierra enlodada. Felipe hablaba de su padre, a quien siempre vio limpiando sus armas para salir a batirse contra las montoneras. Luego comenzó a darme consejos sobre la manera cómo debía comportarme en San Gabriel.

—Hay que ser gracioso —decía—. Por aquí rara vez cae un limeño. Tienes que bailar en las fiestas y entretener a tus primos.

Yo apenas lo escuchaba. Pensaba en mi abuelo encontrado al alba, en aquel albergue, azul y frío sobre su sábana roja.

Atardecía, cuando Felipe sofrenó de súbito su caballo.

—Llegamos —dijo, señalando con el brazo hacia adelante. Al fondo de una hondonada se veía una masa de eucaliptos, una casa blanca muy grande con tejas encarnadas y un sendero de tierra roja que llegaba a nuestros pies. Silbidos y gritos se escucharon en la quebrada y pronto vi tres muchachos que corrían hacia nosotros agitando sus sombreros.

A mitad del camino los encontramos. Felipe desmontó y los abrazó uno tras otro. Ellos, sin embargo, permanecían inquietos, observando mi figura.

—Baja y saluda a tus primos —ordenó Felipe—. Son los hijos de tu tío Leonardo, el dueño de San Gabriel.

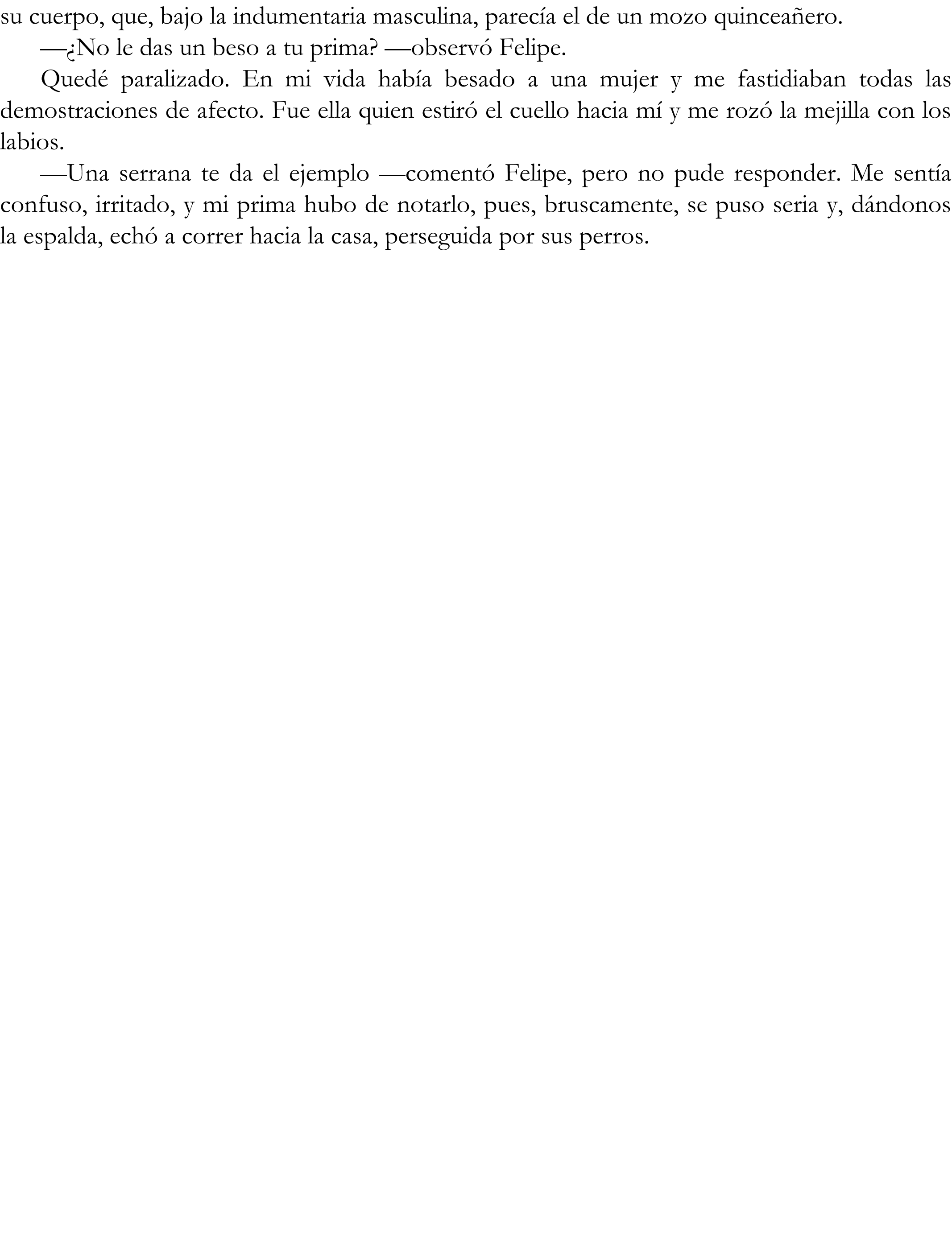
Desmonté con dificultad, al extremo que estuve a punto de hacerme arrastrar por mi cabalgadura. Mis primos se rieron. Mi aspecto entumecido debía ser notoriamente ridículo.

—Abrázalos —prosiguió Felipe.

Los estreché murmurando algunos saludos. Al observarlos con mayor atención noté que los tres eran diferentes. El mayor tenía las facciones finas pero saludables; el segundo era lánguido, ojeroso, transparente; el tercero era de raza india, cobrizo y achinado.

—¿Dónde está Leticia? —pregunté al fin.

—Leticia soy yo —dijo el mayor de los muchachos, y se quitó el sombrero. Un mechón de pelo negro cayó sobre su frente. Quedé sorprendido y no pude por menos que examinar



su cuerpo, que, bajo la indumentaria masculina, parecía el de un mozo quinceañero.

—¿No le das un beso a tu prima? —observó Felipe.

Quedé paralizado. En mi vida había besado a una mujer y me fastidiaban todas las demostraciones de afecto. Fue ella quien estiró el cuello hacia mí y me rozó la mejilla con los labios.

—Una serrana te da el ejemplo —comentó Felipe, pero no pude responder. Me sentía confuso, irritado, y mi prima hubo de notarlo, pues, bruscamente, se puso seria y, dándonos la espalda, echó a correr hacia la casa, perseguida por sus perros.

Incidentes

En San Gabriel había demasiado espacio para la pequeñez de mis reflejos urbanos. Yo, que había pasado la mayor parte de mi vida en las tres piezas de una quinta, sin ver otro rostro que el de mi madre ni otra vegetación que el empapelado del comedor, me sentí de inmediato inmerso en una atmósfera disolvente. Nada limitaba mis movimientos, a no ser la línea del horizonte. En San Gabriel vivía derramado, extrañamente confundido con la dimensión de la tierra. Cada tarde, al regresar de mis andanzas, debía hacer un esfuerzo para reconstruirme en torno a mi conciencia, pero no podía evitar que muchas de mis pisadas, de mis hallazgos, quedaran allí, perdidos en el campo, sin haber sido rescatados por mi memoria.

Además, la presencia de tantas gentes extrañas me daba la ilusión de multiplicarme en otros tantos espejos. Mi tío Leonardo había convertido la hacienda en un albergue público y la vida rural en una feria perpetua. No había hacendado, ingeniero, agente de comercio o cura en viaje que no fueran retenidos por fuerza y obligados a un hospedaje donde el vino hacía de anfitrión y la jarana de almohada. Diariamente se mataban una docena de gallinas, un carnero, un cerdo o un venado. Así, pues, el contacto con cada nuevo habitante significaba para mí, al mismo tiempo que el descubrimiento de una nueva persona, negociaciones entabladas con una nueva parte de mí mismo. Todo me conducía a la diversidad. Entre tanto tumulto traté de encontrar no solamente los parajes, sino las personas con las cuales tuviera alguna afinidad.

Viniendo de la huerta, a los pocos días de mi llegada, escuché en una habitación cercana al escritorio el dondoneo de un instrumento. Como la puerta estaba entreabierta, introduje la cabeza por el umbral y divisé a un hombre curvado sobre su mandolina, una hoja de música en el atril. En su rostro había una de esas barbas mal venidas, que crecen casi por distracción, como las barbas de los náufragos.

La sombra que proyectaba mi figura hizo que volviera la cabeza y me extrañó la expresión de pavor infantil que guardaban sus ojos celestes. Un momento quedó considerándome, los dedos inmóviles sobre las cuerdas, hasta que al fin pareció reconocerme. En su mandíbula se produjo una enorme sonrisa que no guardaba relación alguna con el resto de su cara, como si los diferentes elementos de su fisonomía fuesen independientes y pudiesen expresar, simultáneamente, emociones contrarias.

—Tú eres Lucho, ¿verdad? ¡Pasa, no faltaba más! Sabía que ibas a venir.

No bien había ingresado cuando me abordó a preguntas que no me daba tiempo de responder y acto seguido me dijo que hacía veinte años que no bajaba a Trujillo y que a Lima había ido solo una vez, de pequeño, cuando su madre vivía. Luego me paseó por la habitación mostrándome los objetos que la componían. Las paredes estaban atestadas de grabados. Se veían estampas de caballos y de militares y la fotografía de una mujer muy joven repetida en todas las poses e indumentarias.

—Es mi madre —dijo, y luego de quedar un momento pensativo me explicó que a esa habitación no dejaba entrar a nadie, pero que conmigo haría una excepción, pues yo venía de Lima y sería, además, su amigo. Al hablar caminaba de un lado para otro, ajustándose con un movimiento maquinal el sombrero viejo que llevaba encasquetado hasta las orejas. Su mirada rehuía constantemente la mía y tendía a fijarse en un punto fijo e inanimado del contorno.

—Tenemos mucho que conversar —repetía con insistencia—. Hay muchas cosas que tú tienes que saber. Para ti seremos todavía un poco salvajes. San Gabriel no es una casa como tú crees, ni un pueblo. Es una selva.

Como yo estirara la mano hacia su mandolina, él la retiró con presteza y la metió en su funda, pero luego, arrepentido quizás, la extrajo y, acercándose a la ventana, mirando los eucaliptos que crecían al otro lado del camino, comenzó a tocar una melodía quejumbrosa, uno de esos tangos desdichados que todos hemos oído cantar en la infancia a las sirvientas. Al hacerlo llevaba el compás con el pie y su cuerpo se enardecía o se sosegaba al ritmo de la música. Yo no salía de mi estupor al encontrarme así, de súbito, en la órbita de ese personaje de quien nadie me había hablado en San Gabriel.

Fue en ese momento cuando una tercera persona apareció en la habitación. Era Leticia. Al verme quedó un poco sorprendida.

—¿Otra vez dándole a la mandolina? ¡Anda a vigilar el ordeño de las vacas! Hay que estar allí para que no nos roben la leche.

El hombre de la mandolina dejó su instrumento, se ajustó la correa del pantalón y salió del cuarto balbuceando algunas excusas.

Leticia quedó mirándome. Era evidente que mi presencia en esa habitación la disgustaba. Luego recorrió los objetos circundantes, con un ligero gesto de malestar.

—Qué desorden hay acá —dijo—. ¡Habría que meterle fuego a todo esto! Vamos a tomar el desayuno. Ya no tardan en servirlo.

A las diez de la mañana servían el gran desayuno. Esta era una costumbre creada por mi tío Leonardo para conciliar los horarios de los diversos huéspedes, pero también para continuar la tradición serrana de las comidas comunitarias y comentadas. A las siete servían el primer desayuno, pero a este solo asistían quienes madrugaban, de modo que era un desayuno triste y aburrido. A las diez, en cambio, todos estaban ya levantados, de buen humor, dispuestos a la broma y al paseo. Mi tía Ema, además de que se levantaba tarde, no podía ingerir bocado sin tertulia y era también en virtud de este capricho que el gran desayuno había adquirido en San Gabriel la majestad de un rito.

Mi tía Ema era bajita, revoltosa, muy propensa a estallar en grandes carcajadas por el menor incidente. Ella ocupaba la cabecera de la mesa, sentada en una silla especial más alta que las otras, de modo que su pequeño cuerpo resaltaba sobre el resto de los comensales. Desde allí dirigía la conversación, contaba chistes, lanzaba ironías de un extremo a otro de la mesa, se burlaba de todo el mundo sin excluir a su esposo. En la hacienda —por donde circulaba siempre en bata sobre unos altos tacones— era algo así como una pequeña emperatriz y los domésticos temían sus caprichosos cambios de temperamento. Parecía, sin embargo, una buena mujer, pues toleraba las diabluras de tío Leonardo. Ollanta, por ejemplo, era un hijo que Leonardo había introducido de contrabando, no obstante lo cual Ema lo criaba junto al resto de sus hijos.

Esa mañana se hablaba de la próxima llegada de Lola y en la hacienda reinaba un aire de fronda. Todo el mundo se extrañaba de esta visita tan inesperada. Lola era otra hija de Leonardo, ilegítima también como Ollanta, pero con la diferencia de que su madre no era una india anónima violada en una noche de juerga, sino una rica terrateniente de la provincia vecina con quien fue necesario gastar prosa y dinero. De este modo, Ema y Leticia estaban un poco celosas y no podían ocultar el fastidio que les ocasionaba su inminente presencia.

—Tal vez se va a casar —dijo Ema— y viene a pedir el consentimiento.

Felipe se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Ya es una señorita?

—Ya tiene veintiún años —respondió Leonardo—. Hace cuatro años que no la veo, pero imagino que debe ser una mujer hecha y derecha.

—¿Y es tan bonita como Leticia? —preguntó Tuset, un comerciante en paños que se hospedaba en la hacienda—. Si es así no sabremos a quién elegir.

Leticia recibió sin placer esta galantería y poco después se dio maña para trasladarse con su cubierto al otro extremo de la mesa. Felipe, por su parte, había quedado sombrío y entre un sorbo y otro de café daba pitadas a su cigarrillo mañanero. Mientras tanto, la esposa del contador, una mujer flaca y desteñida a quien todos llamaban la «gringa», al enterarse de que Lola era del Marañón, se lanzó a despotricar contra las gentes de ese lugar.

—¡Por lo general, las mujeres del Marañón son unas bandidas! —chillaba—. Yo he conocido dos que envenenaron a sus maridos. Además, son feas, gordas y quemadas...

El resto de su discurso, cuyo encarnizamiento me parecía fuera de lugar, se perdió en el bullicio. Se hablaba ya de una cacería que se realizaría esa tarde a la laguna de los patos. A mitad del desayuno el hombre de la mandolina llegó al comedor y, sin saludar a nadie ni levantar la cabeza del plato, comió con un apetito que me dejó anonadado.

Después del almuerzo nos pusimos en camino. En buena cuenta participaban todas las gentes de la hacienda, con excepción de Ema y la «gringa». Los hombres iban con la escopeta en bandolera, el morral a la espalda. El de la mandolina llevaba solo una honda, como si estuviera sometido al estatuto de los chicos. Desde el comienzo se me reunió y comenzó a hablar sin interrupción. Cada diez pasos se detenía para mostrarme un paisaje, un árbol, pues conocía todos los secretos de la ruta y diríase que tenía amistad personal con cada guijarro del camino.

—Me llamo Jacinto —decía—. Pero los cholos me llaman el «pishtaco». Algún día te enseñaré mi colección de minerales. Cada vez que salgo de paseo encuentro una piedra nueva.

Yo lo escuchaba con poca atención. Sin podérmelo explicar, había algo que me inquietaba. Delante de nosotros iban Tuset y Leticia. Mi prima se acercaba y huía de su cortejante, tan pronto le daba la mano como lo zurraba con una varilla de naranjo. A los costados, caminando por las tapias, iban Ollanta y Alfredo, ejercitando sobre los pájaros su avezada puntería. Más adelante, formando el grueso del grupo, caminaba mi tío Leonardo, rodeado de sus huéspedes. Hasta nosotros llegaban sus grandes risas. Se pasaban de mano en mano un porongo ventrudo de chicha fermentada que portaba un servidor. A la zaga, en cambio, iba Daniel, el contador de la hacienda, la mirada errando sobre las piedras del camino. De rato en rato volvía la cabeza hacia los tejados de la hacienda. Su aspecto fruncido y amargado me intrigó.

—Ese Daniel hace de todo —me explicó Jacinto—. Entre otras cosas engancha peones para la cosecha y cobra a tanto por cabeza. Además, le pega duro a su mujer.

—¿Y por qué le pega?

—¡Qué sé yo! Aquí el pez más grande se come al chico. Los débiles no tienen derecho a vivir.

Cuando llegamos a la laguna, los hombres hicieron un último brindis, examinaron el cerrojo de sus escopetas y se internaron en la maleza ribereña, encabezados por Leonardo. Yo intenté seguirlos, pero sus movimientos cautelosos y sus largas esperas me aburrieron. Cuando retornaba divisé a Leticia que trataba a viva fuerza de arrebatarle a Jacinto su honda.

—¡Dame! —decía—. ¡La horqueta la has hecho con los árboles de mi hacienda!

Como Jacinto se resistiera, cogió un terrón y se lo lanzó sin puntería.

—¡Idiota! —gritó y se retiró airada hacia un claro donde Tuset la esperaba. Al verme, se prendió de su brazo mientras le decía:

—Vamos, querido. Acompáñame a buscar una horqueta.

Ambos desaparecieron. Quedé junto a Jacinto, quien jugaba silencioso con los elásticos de su honda. Echándome sobre la hierba me dejé ganar por un sopor que solo los disparos esporádicos interrumpían. Al fin me quedé dormido.

Cuando desperté, Leonardo y los suyos reían a grandes voces, bromeando por el mal éxito de la cacería. Entre todos habían logrado apenas cobrar dos patos y tres palomas. Daniel, que había traído una carabina, se había entretenido en hacer tiro al blanco sobre el descampado.

Un extraño incidente se produjo poco antes del retorno. Al cargar su carabina, una bala se le escapó a Daniel. El proyectil rozó el hombro de Felipe y se incrustó contra un árbol.

Domingo

El día siguiente fue domingo. Ese día no se diferenciaba mucho de los otros, a no ser por la visita del cura de Mollepata, quien venía en su mulita trotera para celebrar los oficios. Yo no sentía la sensación de «estar en domingo», la cual me era familiar en Lima porque los domingos, en Lima, el cielo tomaba un color de vacaciones, la tarde se hacía lenta y el helado comprado al carretillero del cornetín le daba hasta un sabor de chocolate a las horas de abandono. El único que parecía sentir un fervor dominical era Jacinto. Esa mañana fue el primero en discurrir muy orondo por las arcadas, afeitado, con sombrero nuevo, terno verde, corbata y tres anillos en su sólida mano campesina.

El curita llegó tarde. Era un mestizo enjuto, muy parlanchín, que llevaba un guardapolvo negro encima de su sotana. Mi primo Alfredo se puso un traje de acólito y lo ayudó en la misa, la cual se realizó a una velocidad portentosa. A la capilla asistían todos los residentes y servidores de la hacienda, con excepción de Felipe, quien no podía resistir la presencia de una sotana.

—Los curas son como los cuervos —decía—. Cuando ellos rondan por un lugar es que en las vecindades hay algún muerto.

Aquella mañana me senté en la capilla al lado de Leticia. De inmediato me sorprendió el poco respeto con que asistía a la ceremonia. Todo el tiempo se entretuvo en darse de golpes con Ollanta y, como yo la miraba con reprobación, se contentó con sacarme la lengua. Sin embargo, poco después quedó más tranquila y noté que observaba con curiosidad el recogimiento con que yo leía mi devocionario. En realidad, mi celo era aparente y se prestaba al engaño, pues lo único que hacía era revisar las estampas de mi misal o leer esas oraciones extrañas, compuestas seguramente por algún jesuita y en las cuales, por momentos, la piedad parece confundirse con la lujuria.

—Tú vas a ser cura— susurró Leticia avanzando el rostro hacia mí.

Al mirarla de cerca comprobé asombrado que sus pupilas eran de una opacidad tan singular que la luz de los ventanales las iluminaban sin penetrarlas.

Después del almuerzo, Leticia, que había permanecido, contra su costumbre, callada, propuso hacer una excursión al cerro.

—¿Quién me acompaña? —preguntó mirando a lo largo de la mesa.

De inmediato Tuset levantó la mano. Leticia aceptó sin entusiasmo esta adhesión, pero luego añadió que no podían ir solos, que alguien más tendría que acompañarlos. Maquinalmente levanté también la mano.

—¡Bravo! —exclamó Leticia—. ¡Haremos un alto en la choza y luego subiremos hasta la cruz!

Mis ojos se cruzaron un momento con los de Tuset, quien me resistió la mirada con cierta provocación. Alfredo se ofreció también para participar en el paseo y después del café nos pusimos los cuatro en movimiento. Sobre el patio de la hacienda quedaron los huéspedes jugando a las tejas, un cajón de cerveza por delante.

Pronto me arrepentí de mi osadía. El «cerro», como llamaban por antonomasia a uno de los picos más altos del valle, quedaba a una distancia apreciable. Había que descender hasta el

riachuelo a través de un sendero estrecho, pedregoso, encerrado entre dos paredones por cuyas grietas se divisaba el campo abierto. Leticia corría por delante sorteando ágilmente los obstáculos. Tuset, pisándole los talones, se esforzaba por imitarla. A la zaga iba yo, olvidado, tropezándome con las piedras.

A mitad del camino Alfredo se me reunió. Sus largas pestañas taciturnas, su gusto por la soledad, habían despertado mi simpatía. Con historias y zalamerías traté de ganar su confianza, pero él permanecía callado. Solamente cuando le hablé de Lima me escuchó con cierto interés y me interrumpió para preguntarme con cuánto dinero podría alquilar una casa junto al mar.

—Yo nunca he ido al mar —decía—. En Trujillo lo vi una vez de lejos. Pero me gustaría saber nadar y meterme adentro, tan adentro que nadie me pueda ver y piensen todos que me he ido al fondo, junto a los ahogados.

Luego de esta confidencia quedó silencioso. Mi atención se desplazó hacia las siluetas de Tuset y Leticia, que desaparecían con frecuencia en los recodos del camino. La desenvoltura de mi prima me irritaba. Había heredado de mi tía Ema un tonillo impertinente, una autoridad de pequeña princesa mimada que yo no podía tolerar. Sin embargo, no podía dejar de admirar su agilidad de gata montesa y su bravura. Fue por eso que me propuse emularla y al llegar al riachuelo, a pesar de encontrarme ya cansado, desafié a ver quién llegaba primero hasta la cruz. Mi iniciativa fue acogida con júbilo y pronto se inició la carrera.

Solamente el fanatismo que se tiene a los quince años me permitió poner en esta aventura el ardor que se despliega en los grandes negocios de la vida. Desenfrenadamente me lancé cuesta arriba, sin cuidarme de los cactos ni de la peñolería que agujereaban mi ropa y despellejaban mis manos. Fraguándome un camino por donde no lo había, mordiendo casi la tierra, abrí una brecha de polvo y de sudor, y cuando a los minutos volví la cabeza, vi que mis competidores, en el reborde de la falda, subían sin prisa, como si hubieran renunciado a la brega.

En efecto, poco después se me reunieron. Tuset me dijo con sarcasmo que era un campeón. Leticia, en cambio, parecía haber olvidado ya el desafío y distraídamente arrancaba flores de retama con las cuales formó un ramo.

—Para ti —dijo, entregándoselo a Tuset.

Dándoles la espalda, trepé hasta la cruz. No sé por qué me sentía herido y solo el panorama que divisé desde la cumbre pudo reconfortarme algo. Bosques colgantes de eucaliptos, poblados perdidos, senderos rojos, sierras coronadas por la nieve y hacia el oriente una meseta oscura que se perdía en el horizonte. Debía ser la montaña, el trópico, el valle del Marañón. Alfredo, que me había alcanzado, miraba en la dirección opuesta. No tuvo necesidad de decírmelo, pero comprendí que trataba de avizorar el mar.

Después de grabar mi nombre en la cruz, rito cumplido por todos los forasteros, emprendimos el descenso. A mitad de la cuesta comenzó a llover. Como había una choza de paja abandonada, nos refugiamos en ella. Leticia estaba silenciosa y sus miradas, lejos de fijarlas a un objeto, la ausentaban.

—Quiero dormir —dijo, y se extendió sobre el piso de la cabaña.

Había una penumbra agradable. Tuset se sentó a su cabecera y quedó contemplándola. A veces volvía los ojos hacia Alfredo, hacia mí, como si lamentara nuestra presencia. Su mano, luego de un largo derrotero, en apariencia distraído, llegó a tocar la de Leticia. No quise mirar y volteé el rostro. Cuando regresé a ellos la vista, noté que Tuset había retirado la mano. En el

dorso tenía un enorme arañón. Leticia fingía dormitar, los labios sonrientes.

Al caer la tarde llegamos a San Gabriel, empapados, sucios y hambrientos. Los cuatro estábamos de mal humor y en el camino apenas habíamos hablado. Al entrar en mi habitación decidí acostarme y renunciar a la cena. Comenzaba a desvestirme cuando Felipe me pasó la voz. Nosotros dormíamos en la misma habitación, separados tan solo por un tabique de madera. Al ingresar en su compartimiento, lo encontré tendido en la cama. En su mesa de noche había una botella de aguardiente.

—¿Dónde has estado metido? —me preguntó—. Estás todo sucio. Anda, cámbiate y ponte elegante. Ha llegado don Evaristo, el hombre más rico de estas tierras, un pájaro interesante.

Me pareció notar que estaba un poco bebido. Sus gestos eran naturales, pero sus ojos achinados se habían refugiado al fondo de sus pómulos hasta quedar convertidos en dos ranuras brillantes. En el momento en que sirviendo una copa me invitaba a probarla, una sombra se proyectó en el cuarto. Era Alfredo. Al ver a Felipe quedó inmóvil en el umbral, mirándolo aterrado.

—¿Qué quieres aquí? —gritó Felipe, haciendo el ademán de arrojarle el contenido de la copa.

Alfredo desapareció a la carrera.

—¡No sé qué tiene este muchacho! —prosiguió—.
Me odia, me espía... ¿O ha venido tal vez a conversar contigo? ¡Terminará loco como su tío Jacinto!

—¡Jacinto no está loco! —protesté.

—Aquí todos son más o menos locos... Anda a vestirte. Y úntate los pies con sebo de culebra porque esta noche bailaremos hasta romper las tablas.

Media hora más tarde ingresé en la sala. Los huéspedes estaban allí, reunidos en pleno. Leonardo llevaba un traje gris de campo y hermosas botas de becerro. Ema y la «gringa» estaban emperifolladas, los labios agrandados por el colorete. Jacinto, con el sombrero puesto, iba de grupo en grupo, aprobando con un movimiento maquinal de cabeza todo cuanto se decía. Tuset trataba de sintonizar música en la enorme radio. Jisha, un indio joven que hacía funciones de mayordomo, destapaba botellas. Todos, a excepción de Daniel, que leía un diario, estaban alegres, no habían dejado de beber desde la hora del almuerzo. Ollanta y Alfredo ingresaron luego. Me pareció notar que faltaba alguien.

—Leticia está un poco mal —oí decir a tía Ema—. Debe haber hecho mucho ejercicio esta tarde.

Felipe me llamaba en ese momento para presentarme a don Evaristo, cuando una mujer ingresó en la sala. Al principio no la reconocí. Estaba en tal forma habituado a la imagen de Leticia en pantalones que al verla ceñida en un vestido rojo, sobre altos tacones, el cabello suspendido con gracia sobre la nuca, quedé confundido por su apariencia. Al llegar a mi lado se detuvo, enderezó el busto y sin abrir la boca prosiguió hacia el grupo de los mayores.

Felipe la había seguido con la mirada. Cuando me acerqué a él escuché que le decía al hacendado:

—Ya se puede casar. Tuset no tendrá que esperar mucho tiempo.

A mi alcance había un vaso de cerveza. Instintivamente me apoderé de él y lo bebí de un trago, con los ojos cerrados.

La cena se desarrolló con una intensidad un poco desesperada. Don Evaristo se convirtió

de inmediato en el director de la conversación. Era un hombre de unos sesenta años, encanecido ya, pero dueño de rasgos duros y viriles y de gestos enérgicos que daban la sensación de un invencible poder. Dominaba a la perfección el arte del relato, pues mientras se comía y se bebía, nos entretuvo con historias de la región, fantásticas u obscenas, donde intervenían curas, prefectos, gobernadores, terratenientes, comuneros. Su vozarrón llenaba el comedor, se estrellaba contra las paredes y cuando lanzaba una carcajada la cristalería temblaba en los paradores. Su mujer era una limeña bonita, lánguida y silenciosa, tan joven que podría pasar por su hija, y a quien él arrastraba en todos sus viajes, un poco decorativamente, como se lleva un fetiche en la solapa. Parecía un poco perdida en esa ruidosa reunión y de inmediato cambió conmigo algunas miradas de reconocimiento. Hijos del mar y de las dunas, nuestra presencia en ese lugar era casi un error de la naturaleza.

Hubo un momento en que don Evaristo se indignó y alcanzó en su indignación una talla fascinante. Sus puños desgarraban el pan, golpeaban el mantel, mientras por su boca salían palabras que serían capaces de derribar a un hombre. Se quejaba contra los indios de una comunidad, quienes habían presentado una solicitud para expropiar parte de sus tierras. Un ingeniero había salido ya de Lima para visitar la zona en litigio e informar sobre si procedía la expropiación.

—¿No será por casualidad el ingeniero Gonzales? —preguntó Felipe—. Lo encontramos en Santiago de Chuco. Se ha quedado unos días en Cachicadán, pero ya no tarda en llegar por estos lugares.

—Espero que se trate de un hombre razonable —respondió don Evaristo.

Esta frase tan simple debía tener algún privilegio, porque Leonardo y Felipe se echaron a reír.

Conforme se aproximaba la hora del postre, la agitación fue creciendo. Todo el mundo hablaba a la vez. Habían servido un vino blanco que los comensales, sin excluir a Ollanta y Alfredo, bebían con avidez. Yo los imité y al poco tiempo mi mirada se hizo resuelta y tuve la tentación inmediata de provocar a Tuset. En los últimos días su figura se me había vuelto insoportable. Aprovechando un momento de calma me arriesgué a levantar la voz para que todos me oyeran.

—Esta tarde hice una carrera con Tuset hasta la punta del cerro y lo dejé botado. Él es serrano y yo apenas llevo una semana en este lugar.

La observación era pueril. Pero noté que Tuset se ponía encarnado. Todos rieron, incluso don Evaristo, y los mayores me felicitaron alborozados. La respuesta de Tuset se perdió en el bullicio, pero por la expresión de sus ojos deduje que había sido insultante. Envalentonado por la acogida, miré a Leticia y añadí:

—A ella también la gané.

Leticia se puso seria, palideció y me lanzó una mirada corta, terriblemente artera, que me hirió como un golpe físico. Ya, sin embargo, todos se levantaban para pasar a la sala donde nos esperaba el baile. Jacinto, al ponerse de pie, se cayó al suelo arrastrando varios platos. Leonardo le ordenó que se fuera a acostar.

En la sala, además de la radio, había un viejo tocadiscos con manizuela, como aquellos que ahora ya no se ven. Leticia seleccionaba los discos y ponía en marcha el aparato, sin tolerar que nadie la interfiriera. Cuando Ollanta intentó aproximarse, fue rechazado con brutalidad. Este acto de despotismo me conmovió y sentí que Leticia era verdaderamente odiosa.

La música era lamentable: pasodobles, viejos *fox-trots* de entre las dos guerras, marchas militares; a pesar de ello todos se lanzaron a bailar. Leticia lo hacía con una gracia irresistible, al punto que los hombres se disputaban por bailar con ella. Desde un rincón la veía pasar de brazo en brazo, la cabeza muy levantada, esbelta sobre sus zapatos de tacón. Felipe la observaba también, chupando su cigarro. Daniel, después de vertiginosas vueltas con la limeña, había caído despatarrado en un sofá.

Seguí observando a Leticia. Sentía vivamente la necesidad de humillarla. Su alegría en la cual yo no participaba, su manera fácil de triunfar me producían un rencor incomprensible. Sin reparar en nadie, seguía girando, los ojos entrecerrados, entregada a la música con una sensualidad extremada. Hubo un momento en que pasó por mi lado en brazos de Tuset. Él me miró y no pudo contener la risa:

—¡Miren, pues, al limeñito! Se ha puesto elegante, pero no sabe dar un paso.

Para desmentirlo saqué a la limeña, pero al cabo de dos piezas, en las cuales me desempeñé con torpeza, me abandonó con pretextos amables. Mientras tanto, el baile continuaba con una violencia que parecía amenazar una orgía próxima. Leonardo y don Evaristo se daban grandes abrazos. Daniel lanzaba injurias desde su sillón, una botella en la mano. Hasta Tuset estaba a punto de enterrar el pico y, ausente su pareja, bailaba solo tropezándose con los muebles. El único que conservaba la cordura era Felipe, quien seguía bailando alternativamente con Ema y con la «gringa».

Leticia había desaparecido. No sé por qué tuve la sospecha de que debía estar bajo las arcadas del patio. Llenando cerveza en un vaso me apresté a buscarla con intenciones confusas. Pensaba que podía tal vez fingir un tropezón y vaciarle la bebida en su hermoso traje escarlata. Cuando salí la vi recostada contra una columna, observando con indiferencia la lluvia que caía en el canchón. Lentamente me fui aproximando hasta quedar detrás de ella. Al sentir mi presencia se volvió con presteza y me miró. La violenta cólera que expresaban sus ojos me dejó atónito.

—¿Qué haces con ese vaso? —preguntó.

Yo me lo llevé a los labios.

—¡Eres un idiota! —prosiguió—. ¡A todo el mundo le has contado lo del cerro! ¿Qué tienes que hablar? ¿De dónde vienes tú? ¿No sabes que conmigo nadie se mete?

Como yo no atinara a responder, se acercó un paso hacia mí.

—El próximo domingo haremos una carrera hasta el río, pero tú y yo solos... ¡y veremos quién gana! Pero eso sí, el que llegue primero... el que llegue primero podrá hacer con el otro lo que le dé la gana. Lo morderá, sencillamente, en las orejas, en la nariz y en los dedos.

Al decir esto regresó rápidamente a la sala y se cruzó con la «gringa» en el umbral, la cual tiraba de un brazo de Daniel borracho. Luego de conducirlo unos pasos lo dejó caer al suelo. Su cabeza sonó y me pareció ver que lo golpeaba con el pie. Asustado, me refugié tras una columna. La «gringa» ingresó en la sala y reapareció con Felipe.

—Me ayudarás a llevarlo —dijo, y entre ambos lo remolcaron a través del patio lluvioso.

Me dirigí al dormitorio aturdido, fatigado por esa larga jornada. Felipe regresó de madrugada, cuando ya se avistaba un reflejo celeste en la ventana. Como en el hotel de Trujillo, al volver de una de sus excursiones nocturnas, lo sentí silbar alegremente mientras se desvestía.

El mensaje

A partir de ese momento la vida en San Gabriel comenzó a mostrárseme bajo una luz diferente. Lo que yo tomaba por libre francachela y amor al desorden, eran los signos de una tensión doméstica secreta y renovada. Las relaciones de persona a persona estaban determinadas por mil pequeños detalles inaprehensibles. Bastaba a veces reír con una para perder la confianza de otra. Un gesto, una palabra, ponían al microcosmos en revolución.

Por lo pronto, Daniel y la «gringa» se ausentaron del comedor durante varios días. Desde la sala los veía bajo las arcadas del norte, sentados en sus sillas de mimbre, leyendo revistas viejas. Daniel tenía un esparadrapo en la frente y continuaba bebiendo de la cerveza que Jisha le llevaba por docenas. Cuando se reincorporaron a la rutina familiar lo hicieron vestidos con elegancia, como si este cambio de atuendo revelara una determinación más profunda: la de cambiar radicalmente de actitud frente al resto de los moradores. Daniel elegía sus palabras al hablar y la «gringa», sin abrir la boca, solo se preocupaba de ocultar los moretones que adornaban sus antebrazos. Estos rastros oscuros no podían haber sido dejados por las caricias.

Por su parte, Ema se había tornado irascible. En la mesa hacía restallar los platos, no dispensaba a nadie de sus sarcasmos y mordía con la mirada a quienes osaban afrontarla. Hasta Leonardo parecía caviloso, aunque sus razones eran diferentes. Los periódicos le traían malas noticias: la guerra iba a terminar y las minas de tungsteno que administraba perdían día a día su valor.

Pronto me vi envuelto en esta fiesta del malhumor. Fue a raíz de una conversación que escuché a través de la pared que separaba mi cuarto del escritorio. Al sorprender que hablaban de Leticia apliqué el oído al muro. (Junto con las palabras me llegaron ruidos ajenos que brotaban de la herrería, de las cocinas, de la cuadra, todo un mundo de sonidos que vivían encerrados en la piedra). Tuset y Leonardo discutían con delicadeza. Sus réplicas llegaban por pedazos y yo tenía que recomponerlas a mi guisa.

—Pero ¿cómo se van a casar? —preguntó Leonardo, claramente—. ¡Si todavía no son siquiera novios!

La respuesta de Tuset fue arrastrada por otros rumores.

—Regresa dentro de un tiempo —continuó Leonardo—. Habrá que consultar con Leticia.

Este diálogo me confundió. Me preguntaba si Leticia sería capaz de aceptar esas negociaciones. Todo hacía presumir que estaba enterada de algo, pues mientras duró el hospedaje de Tuset mantuvo su traje de fiesta, trató a todos con una frialdad cortés y se dio aires lánguidos y pensativos. Tan solo ido su pretendiente, volvió a usar el pantalón y los modales de un mozo levantisco.

Con la partida de Tuset y de don Evaristo la atmósfera se distendió. El ingeniero Gonzales llegó poco después, lo que contribuyó a que las pasiones se organizaran o se disimularan en función de esta nueva presencia. El ingeniero quiso viajar de inmediato hacia las tierras de don Evaristo pero Leonardo lo retuvo, un poco sorprendido por la mala disposición que mostraba este huésped por los alcoholes. Como era una tradición que nadie

pernoctaba en San Gabriel sin emborracharse, Gonzales fue atendido con opulencia, se le prepararon extrañas pócimas en las cuales Felipe, Ema y Leonardo intervenían alocadamente, hasta que se le vio una noche llorando y vomitando por los potreros. Cumplido este rito, quedaba a merced de los caminos, pero fue solo entonces cuando se empecinó en quedarse. Cada mañana aplazaba su partida.

—Es curioso —le decía a Felipe—. Pero de buena gana me quedaría aquí. ¡Si no fuera por este maldito trabajo! No se trata de superstición, es solamente recelo. ¡Es curioso! Nunca me ha provocado tanto quedarme en un lugar y decir: «¡Que el resto se vaya al diablo!».

Sin embargo, partió sobre una yegua que le prestó Leonardo. Cuando su figura desapareció, nos olvidamos completamente de él.

En los últimos días había adquirido la costumbre de levantarme muy temprano para asistir al ordeño de las vacas. En el pequeño establo bebía esa leche amarilla, tibia, dulce y espumosa que pasaba de las ubres a los baldes. Luego hacía una visita a Jacinto, quien desde el domingo se exhibía poco y pasaba la mayor parte del tiempo punteando su mandolina. Por lo general me consentía a su lado, pero no abría la boca. A veces dejaba su instrumento y quedaba mirando por la ventana, hacia el bosque empalomado, y podía pasarse horas así sin que nadie fuera capaz de despertarlo. De las paredes habían desaparecido todos los grabados, a excepción de los de su madre.

Aquella mañana estaba un poco excitado. Cuando ingresé me cogió del brazo y me condujo hasta su mesa.

—Mira —dijo mostrándome unos libros—. Son lecciones de electricidad. Me han llegado de Trujillo. Me interesan mucho los motores, pero hay muchas cosas que no entiendo. ¿Tú no tienes un diccionario?

Recordé que en el cuarto que compartían Leticia y Alfredo había un baúl con libros. No sería raro que allí hubiese un diccionario. Con esta esperanza me dirigí donde ellos. A su habitación yo había entrado pocas veces, siempre en grupo, cuando por uno de esos fenómenos de traslación, inexplicables en la vida social, el grueso de la familia recalaba allí para terminar una conversación. La puerta estaba entreabierta y cuando me disponía a entrar oí a Leticia que hablaba con Alfredo.

—¡No quiero! —decía vivamente—. ¡Si eso sucede me tiraré de cabeza al río!

—Pero mi papá lo estima como a un hijo.

—¡Ya sé, pero él no tiene nada de común con nosotros!

—Además, en Santiago la gente lo respeta y a su papá lo van a nombrar alcalde.

Aliviado, comprendí que estaban hablando de Tuset.

—¡Sea como sea, yo no me quiero casar!

—Tú eres una detallosa —prosiguió Alfredo—. Además, eres mala porque no quieres a nadie.

—Es cierto, no quiero a nadie.

—¿Y si te casaras con Lucho?

Leticia pegó un grito.

—¿Estás loco?

En ese momento empujé la puerta. Leticia estaba en pijama, encima de la cama, y con un pincel muy fino se pintaba las uñas de los pies. Al verme quedó sorprendida y frunció el ceño.

—¿Qué quieres? —preguntó—. ¿Has estado espiando?

—¿Espiando qué? —respondí, mientras ingresaba al cuarto. Ella siguió ocupada en su

labor, sin darse el trabajo de cubrirse con la ropa de cama. Alfredo se volvió contra la pared —. He venido por un diccionario.

—Yo no tengo diccionario —contestó Leticia, sin levantar la cabeza.

—Puede ser que haya uno en el baúl.

Acercándome al armatoste levanté la tapa y hundí mis manos en un alto de polvo, de papeles, de polillas. En su mayoría eran viejas novelas, de autor desconocido, como casi todos los libros que se ven en las bibliotecas serraniegas, formadas, sin el menor gusto, por chacareros y solteronas. Las ediciones eran, sin embargo, lujosas, con grabados en colores y cubiertas de cartón. De pronto sentí una impresión incómoda y al volverme vi que Alfredo se acercaba a mí agresivamente.

—¡Quita! —exclamó, apartándome del baúl—. ¡Allí no hay nada! —antes de que yo pudiera reaccionar cerró la tapa y se sentó sobre el cofre—. No vale la pena que busques algo. Te vas a ensuciar las manos.

Leticia había terminado su labor. Juntando los pies examinaba el resultado de su trabajo.

—¿Qué? ¿Has encontrado algo? —preguntó—. Son en su mayoría libros viejos y aburridos. Uno de estos días les voy a meter fuego. Me estorban.

—A ti todo te estorba. ¿Sabes por casualidad leer?

Leticia levantó el rostro y tiró el pincel al suelo. Se había puesto roja.

—¡Te puedo enseñar, cuando quieras! ¡Sé leer hasta en inglés!

En seguida se cubrió con la ropa de cama. Su cuerpo temblaba bajo las cubiertas. Tuve la impresión de que estaba llorando. Esto me desconcertó y quedé paralizado, sin saber qué hacer. Alfredo había regresado a su cama. En su labio tenía una costra. Recordé que días antes, paseando con Gonzales, habíamos descubierto a Alfredo llorando bajo una mata de moras. Leticia levantó la voz a través de las frazadas.

—¿Tú eres valiente?

—Sí —respondí con resolución.

—Entonces anda al cuarto de Ollanta y pégale, pero pégale fuerte hasta hacerlo llorar.

—Pero ¿por qué?

—Alfredo dice que ayer habló mal de mi mamá.

—¿Qué dijo?

—No sé, pero él es hijo de india y no nos puede ver. Además, abusa con Alfredo porque es más fuerte que él.

En otras circunstancias no le hubiera obedecido, pero el hecho de haber ofendido a Leticia me comprometía a una reparación. Salí corriendo al patio. Bajo las arcadas estaba Ollanta jugando con uno de los perros de la hacienda. Con sigilo me aproximé a él y, saltándole al cuello, le di un fuerte golpe en la cabeza. Ollanta se puso a chillar, pero ya Felipe, que había visto todo, avanzaba colérico hacia nosotros.

—¿Por qué has hecho eso?

No supe qué responder.

—Tengo un remedio contra los matones —añadió, y se alejó camino de la herrería.

Me refugié en el cuarto de Jacinto. Le dije que no había encontrado el diccionario, pero él no me hizo caso. Con un cortaplumas estaba desgarrando una de sus lecciones en largas tiras que amontonaba a sus pies. Cruzando el portón me dirigí al bosque de eucaliptos. Me preocupaban las represalias que podría tomar Felipe. Una vez le había oído decir que a un sirviente mentiroso lo metió en un pozo con agua hasta que perdió el sentido. Su imaginación

era fértil para el castigo. Mientras recolectaba hojas secas traté de serenarme. Cuando reuní suficiente hojarasca la envolví en mi chompa y regresé con la intención de hacer esa noche una fogata para espantar a los zancudos.

Debía ser la hora del gran desayuno. En el patio vi reunido un numeroso grupo de personas en una situación de expectativa. Intrigado, comencé a aproximarme a ellas para inquirir qué pasaba, cuando Felipe, apuntándome con el dedo, exclamó:

—¡Allí está!

Antes de que pudiera evadirme me había ya aferrado del pescuezo y torciéndome el brazo hizo caer mi hato. Las hojas se dispersaron. Luego me arrastró diciendo:

—Mi padre me hacía pelear contra dos al mismo tiempo, pero contigo no seré tan exigente.

De la herrería vi surgir al negro Reynaldo con dos pares de guantes de boxeo. La posibilidad de que me obligaran a boxear con ese gigante me espantó. Felipe pareció darse cuenta.

—No quiero verte morir todavía. Pelearás con Jisha. Pero óyelo bien: con una sola mano.

En ese momento a Jisha le ponían los guantes. Jisha era el sirviente de la familia, un indígena cuadrado, más bajo que yo pero mucho mayor. Yo no había cruzado palabra con él más que para darle órdenes y como él estaba acostumbrado a obedecer solamente a sus patrones naturales, mi autoridad de advenedizo le resultaba inadmisible. En muchas ocasiones no me había hecho caso. Golpeando un puño contra el otro me miraba riendo a toda mandíbula.

Toda rebelión era inútil. Sin ofrecer resistencia me dejé amarrar la mano izquierda a la espalda. Los espectadores habían formado un círculo y se mostraban serios, como si esos preparativos les resultaran, en el fondo, desagradables. En un rincón, Leticia y Alfredo me examinaban en silencio, cogidos de la mano. La única que protestaba era la «gringa».

—¡Por lo menos debías dejarle las dos manos libres!

—Así no tiene gracia —respondió Felipe—. Los abusivos deben ser castigados. Le ha pegado a Ollanta sin motivo. ¡Si todavía dijera por qué lo ha hecho! Pero es terco como una mula.

Busqué la mirada de Leticia, pero no vi en sus ojos más que una total indiferencia.

La pelea duraría cinco minutos, pero yo había perdido la noción de la distancia, de los objetos, y con mi única mano libre golpeaba al azar. A mi alrededor se elevaba constantemente un clamor. Hubo un momento en que Jisha me aventó contra la pared, la nariz aplastada y yo creí morir. La sangre ensuciaba mi camisa. Me seguí debatiendo, empleando los pies porque varias voces protestaron. Los ojos de Jisha me perseguían sin descanso y sus labios me hostigaban y me huían, tan pronto cerrados como abiertos burlonamente. Pronto los vi partidos, echando una sangre negra. Al final la fatiga me cortó el aliento y no podía levantar el brazo. Había caído al suelo y allí recibía los golpes de mi adversario, sin conciencia, como un bulto al que estuvieran sacudiendo.

Alguien gritó «basta» y al abrir los ojos vi que Jacinto avanzaba corriendo hacia mi contendor. Felipe se interpuso en su camino, pero no pudo impedir que un puntapié llegara hasta el sirviente, derribándolo de bruces. Se hizo una gritería. Leonardo y las mujeres intervinieron. Al romper la soguilla que me ataba el brazo izquierdo hui hacia mi cuarto, mientras por un lado se llevaban a Jacinto y por el otro a Jisha que chillaba.

Todo el día permanecí encerrado en señal de protesta. Por momentos sentía la tentación

de correr al potrero, ensillar un caballo y partir hacia Santiago. Al final pude quedarme dormido.

Cuando atardecía una voz se escuchó a mi lado. Abriendo los ojos distinguí a Alfredo.

—Aquí está tu comida —dijo, poniendo en el velador un plato envuelto en una servilleta.

Intenté levantarme, pero me contuvo.

—No te muevas, mejor es que descanses hasta mañana. Leticia me ha dado algo para ti.

Metiendo la mano al bolsillo extrajo un papel doblado en cuatro.

—Hasta mañana —dijo entregándomelo y desapareció.

Desdoblé el papel con precipitación. Al principio me pareció que estaba en blanco, pero luego, en una de sus esquinas, descubrí una breve frase: «Acuérdate, mañana es domingo». Su sentido me pareció en ese momento indescifrable. Llegué a pensar que solo había tratado de demostrarme que sabía escribir. Con el papel entre las manos volví a quedarme dormido.

El castigo

A la mañana siguiente, hacía poco que me había despertado, cuando Felipe se acercó a mi cama.

—¿Cómo sigue esa nariz? ¡Ayer te has portado como un valiente! Muy bien, te felicito. Si no vine a verte antes fue para que los humos no se te subieran a la cabeza.

Como yo no respondiera, comenzó a pasearse de la ventana a la puerta sin dejar de hablar. Entre otras cosas, decía que las mujeres no lo dejaban en paz, que dos le habían escrito desde Trujillo y que me autorizaba a contestarles diciéndoles que se había ahogado en el Marañón. De pronto, se sentó rápidamente en la cama y me cogió con fuerza la muñeca.

—Tú sabes algo y me lo vas a decir en seguida —sus ojos me hostigaban de una manera intolerable—. No me gusta la gente que tiene secretos. A Ollanta no le has pegado porque sí. Debes haber tenido alguna razón.

Yo no tenía ningún secreto ni me interesaba guardarlo. Lo único que temía era comprometer a Leticia. Omitiendo cualquier alusión a ella, respondí:

—Le pegué porque le pegó a Alfredo.

—¿Y por qué le pegó a Alfredo?

—Siempre le pega. Al menos, así lo he sabido. A mí tampoco me gusta la gente que abusa.

Felipe me soltó la muñeca y sonrió con malicia.

—Parece... —añadí vacilando— que Ollanta habló mal de tía Ema.

Felipe se levantó para mirar tranquilamente por la ventana. Al cabo de un rato salió de la habitación sin decirme palabra.

Acercándome al espejo observé mi rostro. La hinchazón de mi nariz había desaparecido, pero alrededor de un ojo tenía un anillo violáceo. En ese momento tomé la resolución de aprender a boxear para vengarme algún día de Jisha. El negro Reynaldo se pondría feliz de tener un pupilo.

Cuando salí al patio me encontré con Felipe y Leonardo que se paseaban por las arcadas conversando.

—Ese ingeniero Gonzales es un bicho simpático —decía Felipe—. Pero es demasiado joven para enfrentarse a un hombre mañoso como don Evaristo. El viejo le pondrá una tarifa baja y el otro tendrá que aceptarla porque, entre otras cosas, se va a casar. ¡Qué imbécil! Casarse en la flor de la juventud. Yo que él me dedicaría a coleccionar provincianitas, tan lindas como son las pobres y tan cariñosas.

Me alejé de ellos. Las bromas de Felipe me resultaban cada vez más desalentadoras. Yo admiraba su generosidad, su coraje, pero no le perdonaba el tono mordaz, el poco respeto que mostraba por los sentimientos ajenos. Las palabras amor, mujer, hogar, religión —que eran para mí palabras enormes— tomaban siempre en sus labios un tonillo despreciativo que las volvía ridículas.

Rondando por el patio traté de encontrar a Leticia. En el bolsillo tenía su mensaje y quería que me ayudara a descifrarlo. Pronto me arriesgué a entrar en su habitación, pero estaba vacía. Mientras recorría el oscuro callejón que conducía a la cocina, la divisé emergiendo por una

puerta lateral. Al verme avanzó hacia mí rápidamente y pasó por mi lado sin mirarme. Antes de que pudiera abrir la boca había desaparecido.

Nervioso, angustiado por un presentimiento vago, me dirigí a conversar con Jacinto. Esa mañana, a pesar de ser domingo, lo encontré sin afeitar, con su saco de pijama. Sentado en su escritorio repasaba sus libros de electricidad. Al verme entrar quedó mirando el moretón de mis ojos. Solo después de un largo silencio me preguntó qué me había pasado. Tanto me sorprendió su pregunta que permanecí con la boca abierta. Me resultaba incomprensible que en tan poco tiempo hubiera olvidado lo ocurrido.

—Me he golpeado con la ventana —contesté.

Quedó observándome con desconfianza. Tal vez recordaba algo, pero no se atrevía a decirlo.

—Yo creo que te has pegado con alguien...—comenzó—. ¿No ha sido ayer que te has pegado con alguien...? A lo mejor ha sido una pesadilla.

—Es época de malos sueños —respondí.

—Tengo sueños horribles —añadió, apretándose las sienes. (Su expresión era de tal amargura que me dejó asombrado. Recordé esas pequeñas máscaras terribles que mis primos esculpían en la comba, piedra blanda de los ríos)—. ¿Por qué será tan mala la gente? —exclamó de pronto elevando hacia mí una mirada singularmente lúcida—. Todos hacen daño, nada más que daño... La guerra, las revoluciones, los abusos... ¿No se puede vivir en paz acaso? La gente se ofende entre sí, se fastidia, se pasa la vida persiguiéndose unos a otros, muchas veces por placer, sin necesidad, solamente por no aburrirse... Luego se pone vieja, se muere... ¡Se acabó...! Eso no vale la pena...

Durante un momento continuó su discurso. Al principio me pareció que divagaba, pero luego comprobé que todas sus ideas eran exactas y que su anormalidad residía precisamente en un exceso de sentido común. Este descubrimiento me llenó de estupor y me pregunté si todos los demás no estarían completamente locos y fuera él el único cuerdo. Mucho más peligrosos me parecían en ese momento Felipe y su grosera pasión por las mujeres o Leonardo y su afán de lucrar con el tungsteno.

Jacinto se había levantado.

—Hoy día no iré a misa —dijo—. Me da vergüenza tanta gente hipócrita golpeándose el pecho, empezando por el cura, que cuando se emborracha confiesa que tiene mujer e hijos en Angasmarca. Acompáñame a ver a Marica. Hace tiempo que no la visito.

Yo había escuchado a veces, en las conversaciones, alguna alusión a Marica, pero en una forma tan vaga que nunca imaginé que pudiera tratarse de un ser real. Antes de que tuviera tiempo de interrogar a Jacinto, este se había calado una chompa y había abandonado el dormitorio. A duras penas pude seguirlo. Atravesamos varios corredores. La casa de la hacienda era enorme, un verdadero fortín amurallado. Después de abrir y cerrar puertas llegamos a una habitación penumbrosa. Jacinto abrió una alta ventana y pude ver sobre una silla de estera a un ser extraño construido de huesos y pellejos. Era una vieja cuya edad sería imposible determinar.

—¿Cómo estás, Marica? ¡Soy Jacinto! Aquí te he venido a visitar. He abierto la ventana para que entre un poco de sol. ¡El día está muy bonito!

En la faz de la vieja, que estaba enmarcada por una mantilla, se produjo un desplazamiento de arrugas. Sus labios se crisparon en una mueca dulce y agitó repetidas veces la cabeza para dar a entender que lo había reconocido. Sus ojos, en cambio, hundidos entre

sus párpados rojos, eran viscosos y redondos, como una uva pelada.

—Está ciega —me dijo Jacinto, bajando la voz—. Y sorda también, me parece. Nadie sabe cuántos años tiene.

—¿Quién es? —pregunté al fin.

—La abuela de tía Ema. Hace varios años que está aquí encerrada. Julia, la chica de la cocina, se encarga de darle de comer, de acostarla, pero a veces se olvida. Es triste, ¿verdad? Pero, ¿qué se puede hacer con ella? No puede caminar y aquí no hay silla de ruedas. Si la sacamos al patio a lo mejor se enferma. A veces pienso que debía morirse. ¿Te han traído tu manzanilla? —preguntó volviéndose hacia ella.

La vieja no hizo ningún signo. Con la cabeza vuelta hacia mí parecía manifestar cierta curiosidad, como si se hubiera percatado de la presencia de una persona extraña.

—Este es Lucho, mi sobrino —prosiguió Jacinto—. Ha venido desde Lima para visitarte. Dice que está muy contento de verte. Te va a dar la mano.

Pronto sentí contra mi palma el contacto de aquella garra fría. Instintivamente la solté. Me parecía haber sido tocado por la muerte. Algo había en aquella vieja que ya no pertenecía al orden de los vivos, y comprendí por qué se hablaba siempre de ella como de un ser ambiguo, acostado a medias entre el mundo y la sepultura.

Jacinto le conversaba nuevamente. Le contaba lo que había hecho en los últimos días, sus entretenimientos, sus pequeños problemas. Al final comenzó a hablarle de motores, a explicarle cómo funcionaba una dínamo. La viejita movía la cabeza afirmativamente, pero era evidente que no comprendía nada.

Poco a poco me fui retirando hacia la puerta. Ese espectáculo me resultaba penoso. Por momentos me parecía que Jacinto, al hablar, se dirigía a sí mismo o satisfacía, sobre esa muda interlocutora, su necesidad de comunicación. Cuando llegué a la puerta, la abrí y me esfumé.

Fue solo cuando me encontré en el patio, deslumbrado por ese radiante día que invitaba a la excursión, cuando descubrí el sentido del mensaje de Leticia: se refería a su desafío de correr hasta el riachuelo. Este descubrimiento me produjo un enorme entusiasmo, pero al mismo tiempo me inquietó. Me sentía aún magullado por la contienda del día anterior, los músculos doloridos. Fue inútil buscar a Leticia para pedirle un aplazamiento. No había trazas de su persona.

A la hora del almuerzo pude verla. El cura, como de costumbre, comenzó a beber cerveza y a discutir con Felipe. Yo apenas escuchaba ese violento diálogo sobre los dogmas, sazonado a menudo con groserías. Mi intención estaba concentrada en Leticia, que comía sin levantar la cabeza del plato. En sus cabellos había una brizna de paja, lo que me hizo suponer que había estado en el granero. Solo en una ocasión se arriesgó a mirarme y lo hizo con tanta resolución que mis ojos se doblegaron. Mi tío Leonardo, por su parte, estaba serio y conversaba por lo bajo con tía Ema. A veces repasaban con la mirada a todos los comensales, como si tratasen de identificar a alguien. Al final de la comida impuso silencio golpeando sobre la mesa, y dijo que iba a comunicar un asunto muy grave.

—Ha desaparecido de mi escritorio una fuerte suma de dinero —empezó—. Parte de lo que guardaba para el pago de los peones de la mina. Si alguno tiene un indicio, debe comunicármelo. En realidad, el robo debe haberse producido hace algunos días, pero solo esta mañana, al hacer el arqueo, me he dado cuenta.

Un silencio enojoso sucedió a estas palabras. Todos los comensales se miraban entre sí. Jisha, que en ese momento entraba con el café, quedó inmóvil en la puerta. El único rostro en

el cual había algo más que la mera sorpresa era el de Daniel: recostado contra el espaldar de la silla, miraba silencioso el techo. Recordé, entonces, el día de la cacería, su andar a la zaga, sus miradas insistentes hacia atrás. Pronto la conducta de Leticia también me sorprendió: levantándose abandonó precipitadamente el comedor.

Una hora después estaba sentado bajo una arcada, con los píes en el patio y mis ojos no se desprendían del portón que conducía a los potreros. A Leticia no la había vuelto a ver desde el comedor, pero si nuestra apuesta se mantenía en pie, ella debía cruzar ese portón que era el camino obligado hacia el río. La noticia del robo había alterado el ánimo de todos, lo que no impidió que se comenzara a beber en abundancia. Detrás de mí se paseaban Leonardo y Felipe, y me extrañó oír hablar a este último de Ollanta y Alfredo en términos paternales.

—No hay que descuidar su instrucción —decía—. Debes enviarlos a la brevedad al colegio de Santiago.

Pronto Leticia salió de su cuarto y se encaminó rumbo al portón. Cuando lo hubo cruzado me levanté y comencé a seguirla. Ella había ganado ya el sendero y caminaba distraídamente, recogiendo piedrecillas. Cuando sintió mis pisadas se detuvo y volvió la cabeza. A pesar de que el aire estaba templado, tenía dos flores rojas en las mejillas.

—¿Has traído mi papel? —preguntó, estirando la mano.

—No lo he dejado un solo momento —contesté, y le cogí la punta de los dedos.

Ella los retiró con presteza.

—No te estoy saludando —se había puesto bruscamente seria—. Te estoy pidiendo mi papel.

Yo se lo entregué y ella sin leerlo lo estrujó en su mano. Luego se entretuvo en hacerlo pedazos que dejaba volar al viento. Mientras realizaba esta operación su frente vacilaba y se ensombrecía.

—Felipe es mala gente —dijo—. Es un viejo abusivo.

Una de estas noches, como tú duermes junto a él, debes darle con un palo en la cabeza, pero fuerte, hasta abrirle un hueco muy grande.

Ya en otras ocasiones lo había observado, pero fue en ese momento cuando comprobé hasta qué punto Leticia tenía una propensión a la crueldad. La posibilidad de perder la carrera y de recibir el castigo pactado me aterró.

—Estoy un poco cansado —empecé—. Las piernas me duelen. Debíamos hacer un paseo.

—¡Ah! ¡Conque tienes miedo! Yo también cuando subí al cerro estaba enferma y sin embargo...

—¿Qué tenías?

Se puso roja.

—Nada. Había comido mucho.

—Hagamos un paseo —insistí.

—Nada de paseos. No me gustan los paseos acompañada. Fíjate, caminaremos hasta esa curva y cuando pasemos el árbol empezaremos a correr. ¡Y acuérdate del castigo! —añadió, entreabriendo los labios para mostrar sus pequeños dientes blancos.

Comencé a seguirla, un poco perturbado. Hasta la curva caminamos uno al lado del otro, sin decir palabra. Cuando llegamos al árbol, Leticia exclamó «¡Ya!», y se lanzó a correr como una poseída. Yo iba detrás y pronto me di cuenta de que haciendo un esfuerzo podría alcanzarla, pero preferí contenerme para darle provisoriamente la ilusión de la victoria. En los

tramos difíciles, sin embargo, aumentaba su ventaja, pues sorteaba los charcos y los pedregales con una agilidad endemoniada. El cansancio comenzaba a dominarme y aún no se veía la falda del cerro que contorneaba el riachuelo. Leticia seguía distanciándose, todo el cabello al viento, sin molestarse en volver la cabeza. En ese momento apuré la carrera y la distancia se fue acortando. Los primeros arbustos de la ribera aparecieron. Tenía a Leticia casi al alcance de mi mano cuando, al doblar un recodo, una rama de maguey emergió del muro y al tratar de esquivarla me fui de bruces contra el suelo. Durante unos segundos quedé inmovilizado por el dolor, sin poder levantarme. Cuando lo hice, vi que tenía una herida en la rodilla. A pesar de ello reemprendí la carrera. El sendero estaba desierto delante de mí. Quizás Leticia había aprovechado la coyuntura para saltar el muro y correr a través del potrero: lo cierto es que cuando llegué al río la vi reclinada en la orilla, remojándose la cara en la corriente.

—¡Te gané! —gritó volviéndose para salpicarme agua con las manos—. ¡Ahora no podrás decir nada! ¡Esta noche se lo contaré a todo el mundo! ¡Te gané! —y comenzó a saltar en torno de mí dando palmadas de júbilo.

Al reparar en mi aspecto maltrecho, se interrumpió. Yo remangué mi pantalón para mostrarle mi herida y conmoverla.

—Nada de excusas —protestó—. Después podrás hacer lo que quieras. Pero ahora debes acordarte de nuestro pacto.

—¿Qué pacto? —pregunté tratando de hacerme el desentendido.

—El castigo.

Al decir esto había perdido todo su encanto. En vano busqué en su expresión, en ese momento inapelable, el indicio de un juego. Traté de huir, mientras Leticia avanzaba, pero apenas pude arrastrarme hasta un árbol y quedar recostado en su tronco. Leticia fue acercándose lentamente. Estaba pálida y jadeaba como si la fatiga de la carrera retornara.

Cuando puso sus manos sobre mis hombros, cerré los párpados, considerándome perdido, pero pronto una sensación dulce me invadió. Sus labios estaban apoyados en mi mejilla, pero no me hacían daño, sino que buscaban mi boca y la encontraron y la penetraron, como la pulpa de una fruta que busca ser devorada. Estirando los brazos traté de retenerla, pero fue imposible. Desprendiéndose de mí, saltó una tapia y se perdió a través del alfalfar.

El retorno del agrónomo

Los días siguientes los viví en un perpetuo estado de sonambulismo y apenas me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Pasaba largas horas encerrado en mi cuarto para luego lanzarme a los potreros y extenuarme en caminatas absurdas. Había regresado varias veces hasta la orilla del río, hasta el árbol aquel bajo cuyo ramaje sufriera tan extraño sortilegio. El paisaje solitario no hacía sino aumentar mi desazón.

Leticia rehuía constantemente mi presencia. Cuando estábamos en grupo se comportaba con la mayor naturalidad, me sostenía la mirada con cinismo y hasta se arriesgaba a dirigirme la palabra con una mezcla de familiaridad y de insolencia que me confundían. Pero apenas surgía la posibilidad de una conversación a solas se ponía nerviosa en extremo y pronto se ingeniaba para desaparecer.

Mi encantamiento había despertado, probablemente, la curiosidad de Alfredo, porque en varias ocasiones vino a visitarme a mi dormitorio. Merodeaba, entonces, entre mis cosas, cogiendo mis libros, examinando mi ropa. Yo tenía la impresión de que él sentía por mí una admiración creciente. A menudo me pedía que le contara una historia o que le leyera un libro, a lo que yo accedía por distracción, mi espíritu entretenido en otros asuntos. Durante el curso de una de estas lecturas rompió bruscamente a llorar. Ovillado sobre la cama temblaba como un palúdico. Como yo lo interrogara, me replicó que su papá pensaba mandarlo dentro de poco a la escuela de Santiago.

—Yo no quiero ir a Santiago —se quejaba—. Y menos todavía con Ollanta. Él me pegará todo el tiempo y yo terminaré por matarlo. Mi tío Felipe tiene la culpa de todo. Él le ha metido a mi papá esta idea en la cabeza.

—Pero ya es tiempo de que estudien.

—Sí, pero yo quiero hacerlo en Mollepata, que está solo a media hora de caballo. Si voy hasta Santiago, en cambio, tendré que pasar allá los nueve meses de colegio durmiendo en casa de Mabila. Lo que pasa es que quieren alejarme, a mí y a Ollanta, quieren tenernos lejos, muy lejos...

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡No lo sé! Felipe, que es tan macho, me tiene miedo... ¡Pregúntaselo a él! Pero si me quieren alejar, no necesitan mandarme a Santiago. Yo mismo me iré a otro sitio. Ya lo hemos pensado.

Estas confidencias me dejaban pensativo. Yo sos- pechaba que algo sucedía, subterráneamente, pero disponía de muy pocos indicios para tejer una sólida conjetura. Yo observaba a mi tío Felipe, cuya conducta me parecía singularmente equívoca. La franqueza, la espontaneidad de sus actos, me parecían guiadas por el más refinado cálculo. Sus gestos, sus palabras, no eran jamás inútiles y tenían un sentido ulterior que solo podía entender quien estuviera en posesión de la clave.

Una noche creí que esta clave se me iba a revelar cuando, tarde ya, después de la cena, estando los dos solos en el dormitorio, me solicitó un favor.

—Vas a ir donde la «gringa» —me dijo —y le vas a transmitir un mensaje.

Esperé con gran ansiedad el contenido de aquel mensaje.

—Dile que esta noche va a llover y que debe cuidarse de las goteras.

Esta frase era clara, pero al mismo tiempo con una serie de trasfondos que la volvían confusa. Lo que más me desconcertó fue que esa noche se desató, en efecto, una violenta tempestad que me mantuvo despierto hasta tarde. Antes de medianoche se escucharon unos golpes furiosos en el portón, seguidos de injurias y de gritos. Por las arcadas sentí pasar ladrando a los perros y luego al sereno que se dirigía a inquirir qué pasaba. Al abrirse la puerta, el bullicio redobló. Felipe, que dormía plácidamente, despertó sobresaltado. Poco después ingresaron al cuarto Leonardo, que llevaba una linterna, y Ema, en bata.

—Es Daniel que regresa borracho —dijo Leonardo—. Partió con una comisión para Angasmarca, pero parece que la tormenta lo obligó a regresar.

Lo que más me sorprendió fue el rostro de mi tía Ema, que estaba extrañamente pálido.

La única que permanecía invulnerable a todos estos incidentes era Leticia. Su vida constituía un orden especial donde las pasiones ajenas tenían difícilmente acceso. Podía ser una forma de egoísmo o una ausencia total de sutileza. En esos días se había puesto anteojos —probablemente de lunas corrientes— y pasaba horas íntegras leyendo un tomo de *El tesoro de la juventud,* sin que el tránsito de su rededor la hiciera levantar la cabeza. Todo intento por aproximarme a ella había resultado infructuoso. Su última táctica fue aparentar no escucharme.

Aprovechando mi repentina familiaridad con Alfredo, traté de averiguar algo acerca de ella. Lo acosaba a preguntas que él empezaba a responder con cierto recelo. Por él me enteré de que Leticia había guardado absoluta reserva sobre nuestra excursión al río. La posibilidad de compartir un secreto con ella me pareció ya una primera conquista. Luego supe que, informada por Alfredo de que yo conocía muchas historias, había comenzado a devorar cuanto libro encontraba a su alrededor.

—Ahora —me dijo Alfredo— sabe tantas historias como tú.

Este espíritu de emulación me resultaba incomprensible.

Exasperado, al fin, por no poder abordarla, decidí hacerle llegar un mensaje. Yo había encontrado el gusto por los mensajes enigmáticos, por las fórmulas cerradas que expresaran una multitud de cosas a la vez. Durante muchas horas me entretuve componiendo y destrozando frases. En realidad, no sabía concretamente lo que quería decir, a tal punto me encontraba embarazado de ideas. Por otra parte, temía ser cursi porque en Lima había adquirido un pavor incurable por el ridículo. Por último, compuse una fórmula que me satisfizo. Sobre una hoja de cuaderno, escribí: «Todas las tardes hay alguien a la sombra de un árbol, esperando un castigo». Alfredo me sirvió de mensajero.

Nada en la conducta de Leticia me hizo presumir que hubiera recibido o comprendido el mensaje, a no ser la forma glacial y, sin embargo, ligeramente ausente como aquella noche me observó durante la cena. Yo me inquietaba pensando que a lo mejor mis palabras no habían sido suficientemente claras o que ella no fuera lo suficientemente inteligente. A pesar de ello, al día siguiente me dirigí al río y permanecí una hora merodeando entre los arbustos. Nadie apareció. Fue solo al segundo día cuando escuché un ruido de pisadas en el sendero. Al volverme divisé a Julia que me espiaba. Julia era, en realidad, una especie de sirvienta particular de Leticia, pues en San Gabriel, como en un pequeño reino, la hija del patrón tenía su dama de compañía. Su presencia me alarmó y luego de perseguirla por el alfalfar logré derribarla al suelo. Su pequeño cuerpo se debatía bajo las amplias polleras y yo proseguí la lucha sintiendo un ardiente placer en dominarla. Pronto ella dejó de hacer resistencia, sus

músculos se aflojaron y quedó inerme, las mejillas abrasadas, los ojos cerrados. Me di cuenta, entonces, de que sus facciones eran muy finas y se ordenaban hasta componer la expresión de un animal raro y hermoso.

—¿Quién te ha mandado aquí? —pregunté.

—La niña Leticia.

Me incliné sobre ella hasta sentir su respiración agitada sobre mis cabellos. Haciendo un vivo esfuerzo me levanté y me alejé a grandes zancadas. Cuando volví el rostro, ella seguía tumbada sobre la alfalfa, como si hubiera quedado dormida.

Un suceso imprevisto conmovió esa tarde a todos los habitantes de la hacienda y yo mismo me vi arrancado de mis asuntos y confundido en la excitación general. A raíz del robo mi tío Leonardo había emprendido sus pesquisas, pero ellas no habían conducido a ningún resultado. Por un tiempo se sospechó de Jisha y se le brutalizó con tanta saña que, a pesar de lo detestable que me resultaba su figura desde nuestro combate, tuve lástima de él. Fue luego el sereno quien sufrió las humillaciones de la inculpación. Pero era evidente que ninguno de estos dos servidores allegados a la casa tenía nada que ver con el delito. Fue entonces cuando mi tío Leonardo comenzó a sospechar del ingeniero Gonzales. El robo se había producido precisamente durante los días de su hospedaje, y enterado además de su próximo viaje a Lima y de los dispendios a que lo obligaría su matrimonio, sus sospechas redoblaron. Yo acogí este rumor con indignación y no dejaba de creer, en el fondo, en la culpabilidad de Daniel, quien se había convertido en el más serio detractor del agrónomo.

Lo cierto es que esa tarde se escuchó en el patio el repiqueteo de unos cascos y pronto una yegua con arnés, pero sin jinete, hizo su ingreso. Deteniéndose frente a su cuadra, comenzó a cabecear para desasirse de las bridas. Era la cabalgadura en la cual hacía seis días partiera Gonzales.

De inmediato se congregaron a su alrededor señores y vasallos y se conjeturó hasta el hartazgo. Lo más verosímil era que la yegua hubiera desmontado a su jinete en un mal trecho del camino. Daniel aducía, sin embargo, que Gonzales debía haberla abandonado para emprender el retorno a Lima con el botín por el callejón de Huaylas. Felipe se portó con mucha entereza y afirmó que si su amigo no aparecía hasta el atardecer iría a buscarlo. Podía haber caído en una quebrada.

Tres horas más tarde Felipe, Leonardo y el negro Reynaldo ensillaron sus caballos y emprendieron el camino de Cabana, llevando sogas y linternas. Quise acompañarlos, pero Felipe, que se mostraba preocupado, se opuso. No tuve otro remedio que refugiarme en la habitación de Jacinto y comentar con él el incidente.

—No te alarmes —me dijo—. Yo conozco bien el tramo hasta Cabana y hay pasajes muy difíciles. La yegua debe haberlo desmontado y, al verse libre, ha trotado hasta la hacienda. A mí me ha sucedido varias veces. Una vez hasta me rompí dos costillas.

Como yo le hablara del robo y de los rumores que corrían, quedó pensativo.

—No sé qué decirte —respondió—. Esto del robo me parece absurdo. ¿Se ha cometido realmente un robo? ¿No será un error de contabilidad? En todo caso es mejor esperar y no inculpar por el momento a nadie.

Su respuesta me pareció excelente. Yo lo encontré esa noche particularmente lúcido. Sería tal vez porque estábamos en época de luna llena. Durante unos minutos me entretuvo hablándome de cosas turbadoras. Decía ver en sueños un rostro que era y que no era el de su madre. Habló luego de la muerte en términos familiares, como de un amigable jinete que nos

invita a subir a la grupa de su caballo.

—Cuando yo desaparezca te quedarás con uno de mis anillos —dijo de improviso—. Me quedan tres anillos, mi mandolina y algunos trastos viejos. Una vez leí que por pobre que sea uno siempre deja algo al morir.

Al salir de su habitación estuve paseándome largo rato por las arcadas de la hacienda. El sereno había cerrado ya el portón y con su farol en la mano daba la vuelta al claustro. Las palabras de Jacinto habían despertado en mí un aluvión de sentimientos tristes. Pensaba en mi madre, en Lima, en cosas que me era imposible comprender. Pensaba en otras tierras, en otros países donde nunca se ponía el sol. Solamente el recuerdo de Leticia me producía una aguda excitación. Yo la sentía de mi estirpe y me atraía por lo que conmigo tenía de común.

La luna había salido. Ingresé en la sala y encontré allí a Ema y a la «gringa» que reñían no sé a propósito de qué. No tuve más remedio que salir. Mis primos estaban ya acostados. Hubiera querido, por lo menos, conversar un rato con Alfredo o con Ollanta, cuyo aspecto montaraz e hipócrita comenzaba a interesarme. Abrumado de soledad erré un momento más por el patio. Al llegar al portón que conducía al río vi una silueta que se deslizaba en silencio. Debía ser una persona descalza porque no hacía ruido alguno. Al acercarme reconocí a la india Julia.

Había quedado contra la pared, las manos juntas. Yo creí que portaba para mí algún encargo y permanecí a su lado largo rato, observándola con curiosidad. Estirando la mano toqué su mejilla y me entretuve acariciando su trenza. Yo aspiraba su olor donde se confundían la mugre y la yerbabuena. Sin saber por qué, tuve miedo —tal vez porque el sereno se aproximaba— y dándome la vuelta me encaminé precipitadamente hacia mi dormitorio.

Me sentía afiebrado, inquieto y sin desvestirme comencé a esperar el retorno de mi tío Felipe. Los perros ladraban furiosamente en el patio y hacia medianoche me quedé dormido. Debía estar ya amaneciendo o sería tal vez el resplandor de la luna, pues cuando la puerta se abrió una claridad muy fina penetró en la habitación. Pronto se encendió la luz y pude ver a mi tío Felipe. Estaba sudoroso, la ropa desgarrada, las botas sucias de barro. Encendiendo un cigarrillo quedó inmóvil, bajo el foco eléctrico, sin quitarse el sombrero. Sus ojos, ligeramente bizcos, me miraban sin verme.

—¿Y? —pregunté levantándome de la cama—, ¿qué ha pasado?

—Ya lo hemos traído —respondió lentamente.

—¿Está durmiendo?

—Lo están ahora vistiendo. Lo verás mañana, durante el velorio.

Quedé petrificado. Las manos de Felipe estaban cubiertas de placas negras. Vertiendo agua en la palangana, comenzó a lavárselas.

—¿Está muerto? —pregunté.

—¡Sí! —exclamó volviéndose bruscamente—. ¡Está muerto! ¡Lo han matado, le han dado cuatro golpes de pico en la cabeza y luego lo han tirado a una acequia! ¿Es eso lo que quieres saber?

La expresión de mi tío Felipe me produjo tanto temor como la noticia. Retrocediendo caí sentado sobre un baúl, luchando contra esa sensación de náuseas, de congelación en el cerebro que, cuando era colegial, en la misa, precedía a los grandes vértigos. Felipe continuó observándome un rato, las mandíbulas apretadas, el ojo chispeante. Luego regresó a la palangana y se remojó la cabeza, los brazos. Cuando terminó de enjuagarse se sentó en el

borde de la cama y permaneció pensativo. Yo no me atreví a hacerle ninguna otra pregunta. Luego lo vi dirigirse a un rincón y coger una pequeña valija que Gonzales había dejado allí para recoger a su retorno. En su interior había corbatas, peines, fotografías. Felipe cogió un paquete de cartas y comenzó a hojearlas distraídamente. A veces se detenía en una y la recorría hasta el extremo. Debían ser las cartas de la novia.

—¿Para qué sirve todo esto? —murmuraba con ese tono mordaz con que siempre se refería a los sentimientos ajenos—. ¿Qué objeto tienen todas estas palabras? Escucha...: «Te he extrañado mucho», «cuando nos casemos...» ¡Bah!, ¡qué sarta de mentiras...!, ¡pérdida de tiempo...! ¡ganas de complicarse la vida...! ¡Todo esto es una idiotez...!

Durante un largo rato continuó leyendo y comentando desdeñosamente las cartas. Una indignación violenta lo hacía, a veces, levantar la voz o reír con amargura. Su excitación llegó a tal extremo que me increpó, amenazándome con el puño, como si me cupiera alguna responsabilidad en todos esos asuntos. Al final terminó tirando las cartas al fondo de la valija.

—¡Un muerto más al hoyo! —exclamó, y dejándose caer vestido en la cama quedó inmóvil, de bruces, como si hubiera pasado bruscamente de una vigilia atormentada al sueño más profundo.

Los inocentes

En la mañana siguiente se realizó el velorio. Esa misma tarde se le enterró en el cementerio de San Gabriel, que estaba situado sobre una pequeña colina, cerca del acueducto. Desde Mollepata había venido el cura para celebrar las exequias. La ceremonia fue muy sencilla. El ataúd —que Tobías, el carpintero, construyera en pocas horas— fue transportado por algunos peones de la hacienda. Antes de llegar al camposanto, Felipe se ofreció cargarlo un trecho. Las mujeres estaban envueltas en grandes mantillas oscuras que atristaban sus ojos. Cuando el cura salmodiaba, antes de la primera paletada de tierra, se desató un fuerte aguacero, por lo cual el ministro abrevió los latines y echó sus bendiciones a vuelamano.

Yo apenas pude echar una mirada al cadáver, esa mañana. A los menores no se nos permitió verlo. Le habían puesto un terno viejo de mi tío Leonardo. Su rostro estaba envuelto en un trapo blanco. Con sus efectos personales, que eran muy pocos —su gran maleta había desaparecido—, se hizo un paquete que se remitió a Trujillo, a la dirección que figuraba en el dorso de sus cartas. Mi tío Leonardo escribió aparte una breve esquela comunicando el accidente.

Las primeras pesquisas para encontrar al criminal fueron emprendidas. Se envió un telegrama a Santiago y esa misma noche, los grandes caballos exhaustos, llegaron dos guardias civiles, los fusiles enfundados en la montura. Así pude enterarme de algunos detalles del crimen. En un tramo del camino de Mollepata a Cabana, en tierra de una comunidad indígena, unos campesinos habían encontrado el cadáver. De este modo, difundida la noticia por la región, no fue difícil a mis tíos ubicar el cuerpo. En el lugar del crimen fue hallado un pico de labranza con el extremo manchado de sangre. La víctima había sido despojada de su cartera, su reloj y su maleta.

Los guardias civiles reposaron en la hacienda y pertrechados por Leonardo de aguardiente prosiguieron viaje. En ese valle perdido de la sierra, cuyo nombre ni siquiera figuraba en los cartogramas, la única justicia que se conocía era la policial. Los guardias civiles eran quienes arrancaban las confesiones, establecían la culpabilidad, componían los expedientes y solo al cabo de un largo tiempo el asunto llegaba a su verdadera jurisdicción, a tal punto enredado, que era necesario iniciar de nuevo todas las pesquisas o proseguir las iniciadas a riesgo de tomar una pista falsa. Por este motivo, los errores judiciales eran frecuentes y muchas veces sucedía que, muchos años después de haber sido condenado un reo, el verdadero culpable aparecía. Esto desconcertaba a los jueces de provincia y, como no podían abrir un nuevo proceso por el mismo delito ni incurrir en el bochorno de anular el primero, había que dejar libre al delincuente legítimo o inventarle alguna falta que justificarasu detención.

Durante algunos días no se habló en San Gabriel de otra cosa que del crimen. Todos estaban trastornados, y mis tíos, cuando salían a inspeccionar los sembríos, lo hacían armados hasta los dientes. Se redobló, por otra parte, la vigilancia de la hacienda y un nuevo sereno fue ubicado en la puerta falsa. En el curso de las comidas se contaban historias de asesinatos, de bandoleros. Se habló de los Benel, que durante muchos años asolaron la región que va de Jaén a Cajabamba. Pronto las conversaciones se desviaron hacia las historias de penas y aparecidos. Me di cuenta, entonces, del trasfondo de superstición que existía en el alma de la

provincia. Hasta las personas más serias creían ciegamente en estos fenómenos y todos habían tenido algunas experiencias que no dejaban margen a dudas. Leonardo contaba que su hermano Aníbal, que se hallaba a cientos de kilómetros de distancia, se le apareció momentos antes de su muerte y lo besó en la mejilla. En estas conversaciones, en las cuales participaban hasta los sirvientes, se ahuecaba la voz, se encendían los candelabros del armario, se caminaba de puntillas y todo aquello parecía formar parte de un rito muy antiguo donde intervenían las fuerzas paganas de la tierra.

Leticia, contagiada por el genio de su casta, participaba en estas charlas con un ardor de iniciada. Nunca vi sus ojos tan oscuros, tan impenetrables: el miedo ponía en ellos una hondura sobrenatural. Entre nosotros, el incidente había producido una suspensión de hostilidades y muchas veces me sorprendí de verla dirigirse a mí para relatarme una historia, como si fuera para ella un extraño o, por el contrario, un antiguo confidente. Solo al observar que mi atención estaba concentrada más en su rostro que en sus palabras, se cortaba y, volviéndose hacia su vecino, proseguía su relato.

Todos estos acontecimientos coincidieron con una recaída de Jacinto en uno de sus periódicos accesos de melancolía. Como en los primeros días de mi llegada a la hacienda, estuvo encerrado en su cuarto, tocando por momentos la mandolina. Una de las cocineras le llevaba la comida que él, sin probar, amontonaba bajo su cama. Sin embargo, salía a menudo al patio, ordenaba que le ensillaran su caballo y partía al galope hacía Santiago. Esto no parecía inquietar a nadie.

—Ya parte Jacinto —decían, mirando por la ventana.

Una hora después regresaba al paso, la cabeza hundida sobre el pecho. Dejando su caballo en manos de un peón, se arrastraba hasta su dormitorio. Cuando tardaba demasiado, mi tío Leonardo se calaba su poncho y salía a buscarlo. Poco después lo traía a la grupa, medio borracho, de una taberna que había a pocas leguas de la hacienda. A veces bebía demasiado y regresaba cantando o lanzando injurias. Jacinto era multiforme y yo estaba asombrado de descubrir cada día nuevos rasgos de su temperamento.

Uno de aquellos días pude introducirme en su habitación. Lo encontré como la primera vez: el sombrero puesto, la barba de siete días sombreándole la cara. Parecía no haberse enterado en absoluto del crimen.

—¿Y dices que lo han enterrado con botas? —preguntó—. Con la humedad se le hincharán los pies y reventarán bajo la tierra.

En una de sus escapadas hacia Santiago, Leonardo se aprestaba a ir en su búsqueda, y como yo estaba a su lado me pidió que lo acompañara. En realidad, yo hablaba poco con Leonardo porque había algo en él, quizás su ceño o su definitiva adultez, que me intimidaba. Durante largo rato caminamos juntos y en silencio. Él andaba mirando las puntas de sus botas. A veces, sin embargo, levantaba una ceja para lanzar una mirada furtiva, de clandestino amor, a las tierras de la hacienda.

—Quizás un día tenga que dejar todo esto —me dijo, de pronto—. El bosquecito aquel, donde jugábamos los tres a los montoneros, cuando teníamos siete años...

Una legua más allá dijo:

—La agricultura aquí y en muchos sitios es una lotería. Hasta el momento de la cosecha no sabes si te forrarás bien de plata o si te irás al diablo... Tengo sembradas diez hectáreas de papas y cada noche tiemblo con el temor de que caiga una helada. Además, la mano de obra está cada día más difícil. La gente de la comunidad de Angasmarca parece que se enrolará este

año con don Florencio Huertas o con don Evaristo. Tengo que conquistarla a fuerza de regalos. El año pasado les construí una capilla. Este año no sé qué me pedirá el jefe de los comuneros.

Luego añadió:

—Por momentos me provoca vender el fundo y trasladarme a Lima. Allí puedo comprar algunas casitas y vivir de mis rentas.

—¿Y qué harás con Alfredo y con Ollanta?

—No tienen ninguna pasión por el campo. Echarán a perder mi trabajo. Alfredo, sobre todo, me preocupa. ¿No lo notas un poco raro? A veces ronda por mi alrededor, como si quisiera decirme algo, y luego se escapa. Desde que sabe que lo mandaré a Santiago no me dirige la palabra... ¡Y Leticia es otro problema! No veo las horas de que se case.

Estas últimas palabras me dejaron helado.

—¿Con Tuset? —pregunté tímidamente.

—Sí, con Tuset. Es un buen chico este, aunque un poco campechano todavía. Pero Leticia creo que no lo quiere. Aún no he hablado con ella. ¿A ti no te ha dicho nada?

Me puse colorado y mi tío quedó mirándome curiosamente.

—¿Qué?, ¿te ha hablado ya del asunto?

—No —respondí con sequedad, y no volví a abrir la boca.

Llegábamos, además, a la taberna. En la puerta estaba la cabalgadura de Jacinto. Cuando ingresamos lo vimos acodado en una mesa, un enorme porongo de chicha por delante, rodeado de varios indígenas a los que había, probablemente, invitado. Esta vez se comportó con docilidad y sin protestas se dejó conducir. Leonardo lo colocó a la grupa y tomó el camino de la hacienda. Yo regresé rabioso, metiendo a propósito los pies en los charcos de agua y destrozando las retamas.

Cuando ingresé al patio estaba decidido firmemente a hablar con Leticia. La busqué en vano por todas las habitaciones de la casa. Recordé, entonces, que en una ocasión, luego de buscarla inútilmente, la vi reaparecer con unas briznas de paja en los cabellos, y me lancé por las escaleras del terrado.

Entre el cielo raso de las habitaciones y el tejado de la casa había un extenso recinto por donde era necesario caminar agachado para no romperse la cabeza contra las vigas del techo. Allí guardaban semillas, granos, forraje, viejos arneses, cosas inservibles. Unas pequeñas ventanas que daban sobre el camino permitían el ingreso de la luz. Aquel lugar, que servía de depósito y de granero, era llamado por todos el terrado.

Luego de recorrer varios compartimientos, me topé de bruces con Leticia, quien al sentir pasos se había levantado de su hato de paja. En su mano tenía un puñal de madera.

—¡No des un paso más o te lo clavo! —exclamó levantando la mano—. ¿Para qué has subido? A este lugar solamente yo puedo venir.

Su amenaza, lejos de atemorizarme, redobló mi valor y torciéndole la muñeca le arrebaté su instrumento. Como me disponía a tirarlo por la ventana, ella levantó la voz:

—¡No, por favor, no seas malo, no botes mi puñal! ¡Me he demorado tres días en tallarlo!

Me contenté con arrojarlo en un rincón.

—Quiero hablar contigo —dije resueltamente.

Después de recoger su puñal, se sentó sobre el hato de paja. La firmeza de mi actitud debía haberla sorprendido. Con el dedo pulgar recorrió lenta e íntegramente la hoja de su cuchillo.

—¿Qué quieres? —preguntó, mirándome con esa insolencia que disimulaba, habitualmente, su temor.

—Es necesario que no te cases con Tuset.

Dando un salto se precipitó hacia la ventana y sacó por ella la cabeza. Yo solo veía su cintura, sus caderas, presas de un movimiento espasmódico, como si riera con fuerza hacia el camino. Por fin se volvió. Estaba muy grave. Su ceño —el ceño de tío Leonardo— exageradamente fruncido.

—Tuset es muy simpático y yo lo quiero mucho. A fin de año me casaré con él.

—¡No es cierto! —protesté fuera de mí.

—¿Por qué no?, ¿qué tiene de menos que los otros? Además es rico. Esta misma noche hablaré con mi papá.

Quedé mirándola con odio, tentado de saltarle al cuello y golpearla. Ella se percató quizás de mis propósitos, porque se puso extremadamente pálida.

—Si me haces algo, grito —dijo—. Grito tan fuerte, que vendrán todos y te molerán a palos por abusivo.

Yo le di la espalda y me alejé a la carrera del terrado. En la escalera resbalé y estuve a punto de precipitarme al vacío. Ya no era odio lo que sentía, sino un salvaje afán de destrucción. Tenía ganas de gritar, de romper cosas, de ejercer algún acto de crueldad. Cerca de la escalera estaba el cuarto de Marica. Sin saber cómo, me encontré de pronto frente a ella. Estaba en la misma silla de la semana anterior, sin haber cambiado de posición. Diríase que en todo ese tiempo no se había movido. Yo me abalancé sobre ella como un loco, pero un paso antes de tocarla me detuve. Había notado tal expresión de ausencia en su semblante que mi ardor se apaciguó. Me di cuenta de que ella no estaba allí, que su cuerpo era solo un pretexto porque su corazón latía a muchos años de distancia. La paz, la infinita calma de su semblante, la deshumanizaban, la volvían abstracta como una idea o una plegaria. Mis rodillas se doblaron y, de pronto, me encontré inclinado sobre su falda, la mirada impávida, como a la orilla de mi propia tumba.

Hacia el atardecer se escuchó un alegre trote en el camino, los perros de la hacienda ladraron y poco después los guardias civiles hicieron su aparición. De la montura de uno de los caballos salía una cuerda en cuyo extremo, amarrado por la cintura, un indio se esforzaba por seguir el paso de las bestias, los yanquis ensangrentados.

De inmediato se arremolinaron en torno de él los habitantes de la hacienda, Felipe y Leonardo a la cabeza. Yo pude abrirme paso entre ellos y llegar así a la primera fila.

—¡Aquí lo tenemos! —gritó uno de los guardias.

Pude, entonces, observar al asesino. Su aspecto era repelente. Tenía la camisa empapada de sudor, el chaleco sin botones. Su cabello le caía sobre la frente como un cerquillo de mujer y sus ojos ligeramente estrábicos miraban estúpidamente a su alrededor. De sus labios entreabiertos chorreaba un hilo de baba verde.

—Es un tipo además que no ha hecho su servicio militar —añadió el otro guardia—. No tiene papeles y se hace pasar por un imbécil. Sin embargo, nos hemos enterado de que solo se trata de una treta, pues cuando nadie lo ve canta y hasta zapatea el huaino con su mujer.

—¿Ha confesado? —preguntó Leonardo.

—Todavía no. No quiere abrir la boca. Pero a media legua de su casa hemos encontrado una correa de maleta que debe ser la del viajero. Aquí la tengo —el guardia extrajo una correa carcomida por la humedad. Leonardo la examinó y se la pasó a Felipe.

—Esta noche haremos un alto y mañana seguiremos para Santiago. Estamos verdaderamente molidos.

El detenido, que se había agachado hasta quedar en cuclillas, resollaba como un animal acosado. Agitando los brazos, comenzó a gruñir señalando a los guardias. Con sus manos enormes se golpeaba el pecho y movía la cabeza haciendo un gesto negativo.

Uno de los celadores tiró de la cuerda.

—¡Ya empieza otra vez con sus trucos! Es ladino el cholo, e insolente. En el camino se tiró al suelo y tuvimos que arrastrarlo.

Observé, entonces, que tenía el pantalón de pana agujereado en las rodillas y los codos magullados.

—Llévenle al calabozo —ordenó Leonardo—. Voy a traer la llave.

En San Gabriel había un calabozo. Era una de las habitaciones que daban sobre el patio y delante de la cual yo había muchas veces pasado sin sospechar su destino. Su puerta tenía unos gruesos barrotes formados por troncos naturales de eucaliptos. El reo fue introducido a empellones y se echó llave al candado.

—Pasemos a tomar una copa —dijo Leonardo, y los guardias lo siguieron.

Yo quedé un rato contemplando por la rendija el ojo del delincuente. Era un ojo irritado y terrible que me llenó de estupor, porque me pareció que por él miraba, no una persona, sino una multitud de gente desesperada.

Una decisión importante

Pasaron tres semanas. Yo las recuerdo como las más recogidas, las más caviladas de mi residencia en San Gabriel. Los incidentes anteriores habían dejado su larva y mi corazón comenzaba a pudrirse.

Fue, en primer término, la muerte del agrónomo la que me enseñó a mirar la vida como un espectáculo incoherente. Yo lo recordaba aún conversando con Felipe acerca de su matrimonio, del alegre porvenir que lo aguardaba. Yo había sufrido, tiempo antes, la muerte de mi madre como un incurable desgarramiento, pero esta muerte vino a pausas, como corolario de una larga enfermedad, luego de haber presentado su carta de visita. El agrónomo, en cambio, había caído en un recodo del camino, con todos sus sueños a la grupa. Yo pensaba que podía haber tenido hijos, que podía haber sido feliz, que tal vez lo merecía. Ahora se descomponía bajo una tierra extraña, sin que nadie se acordara de él. De Trujillo no había venido ninguna respuesta a la carta que enviara mi tío Leonardo. Muchas veces me acerqué al cementerio, cuyo sosegado recinto me atraía. Era un cuadrilátero rodeado de una muralla, una cruz en cada arista. El portón de madera siempre abierto invitaba al acceso. Sus goznes crujían en el silencio del campo despertando una población de pájaros salvajes. Se veían cruces inclinadas, con tristes coronas a manera de collares, y una sola lápida: la del padre de Leonardo. La muerte era bella en aquel rincón, pero era también imperdonable. Yo regresaba de esas caminatas con un gran vacío en el alma y unas ganas invencibles de maldecir el cielo.

La captura del reo, por otra parte, lejos de reconfortarme, aumentó mi congoja. Yo sospechaba que era inocente. La misma noche de su encierro mi tío Leonardo me pidió que acompañara al guardia al calabozo y me entregó un farol. Cuando ingresamos, el indio estaba tendido de espaldas, las manos atadas, sobre la banqueta que corría a lo largo de la pared. El guardia llevaba un pote con chicha y un pedazo de pan. De un tirón lo hizo caer al suelo y allí lo pateó con sus botas.

—¿Así que te haces el imbécil? —gritaba—. ¡Ya verás cuando lleguemos a Santiago!

El indio solo gruñía. Una de las cocineras lo reconoció y dijo que era Seferino Trigo, sordomudo de origen. Pero nadie le prestó atención. La justicia se administraba en la sierra genéricamente. Los individuos no interesaban. Se presumía que un indio había matado al viajero y era necesario conducir uno a Santiago, no importaba cuál. Los guardias eran mestizos con autoridad y odiaban a los comuneros, que eran indios sin mandato, así como temían a los blancos, que eran señores con poder.

La imagen de Leticia, además, se había infiltrado hasta en mis sueños. Su decisión de casarse con Tuset me llenaba de rabia, de perplejidad. Después de nuestra entrevista en el terrado la veía circular por la casa y en mis ojos el rencor estrangulaba al deseo. Había atado a su cintura el puñal de madera y no se desprendía de él ni a las horas de las comidas, diciendo que era para «defenderse de los criminales». Sin embargo, yo tenía la certeza de que me temía, de que me espiaba. Julia andaba siempre a mi alrededor, siguiéndome los pasos.

En ese tiempo mi trato se redujo a Jacinto y a Alfredo. El primero estaba recuperado de su depresión y cumplía con diligencia todos los pequeños encargos que constituían el grueso

de sus obligaciones: vigilar el ordeño de las vacas, ir a Mollepata por cigarrillos. Por distracción acepté que me diera clases de mandolina. Él afirmaba entusiasmado que yo tenía «condiciones». Empecé a sentir cierto placer en correr la uña de carey sobre las cuerdas. Pero pronto me aburrí, como me aburría todo lo que no se presentara a mí bajo la forma de una pasión.

Alfredo, por su parte, me preocupaba. Cada día lo veía más transparente, más tembloroso. Sus orejas parecían cáscaras de cebolla y a través de ellas se filtraba la luz. Por compasión hacia él me decidí a hablar un día con Leonardo y le dije que yo podía darles clases a sus hijos y que más tarde los enviaría a Santiago. Leonardo aceptó, luego de examinar mis libretas de estudios, donde se veían muy buenas calificaciones, muchas de ellas falsificadas.

Empezó, entonces, mi breve magisterio. Las clases se realizaban en el comedor, después del almuerzo. Yo les hablaba de historia, de geografía, de botánica, sin ninguna disciplina, a medida que afloraban mis recuerdos escolares. Alfredo me escuchaba con los ojos abiertos de admiración. Ollanta, en cambio, comenzaba a jugar con las migajas y pronto se quedaba dormido. Leticia asomaba a veces al umbral, quedaba un rato observándome y, haciendo una mueca, terminaba por retirarse.

En una de estas clases, hablando del imperio de los incas, Alfredo me preguntó si esos indios que trabajaban en la hacienda eran los mismos que habían constituido tan poderoso reino, y al responderle yo que sí, él sostuvo que era imposible, porque los indios de antaño eran guerreros, fuertes, sanos, alegres y los de ahora, en cambio, estaban llenos de piojos, no tenían zapatos y solamente comían «papas y quinua».

Yo quedé desconcertado, sin saber qué contestarle. Días más tarde pensé sobre este mismo asunto y lo consulté con mis tíos. Mis preguntas les parecieron escabrosas, pues se limitaron a darme respuestas vagas o tontas. Esto me comprobó que ellos se habían convertido en los custodios de una verdad que no se atrevían a revelar, pero que yo algún día descubriría, por mí mismo, al ver cómo caían las horas allí, cólera sobre cólera.

Mi tío Leonardo, entretanto, continuaba preocupado por la suerte de su cosecha. Era el único en la hacienda que vivía plenamente los problemas de la tierra. Felipe era un mercenario, sin ningún lazo sentimental con San Gabriel. Él había trabajado en todas las provincias del Perú sin echar jamás raíces y no le costaba nada, en último término, levantar sus tiendas y partir en busca de otros horizontes; Leonardo, en cambio, antes de acostarse, cavilaba con el termómetro en la mano, y su ojo espiaba el cielo seco donde no se veía una nube.

El precio del tungsteno, además, seguía bajando. La guerra terminaba. Era curioso ver cómo vivíamos en la hacienda ese fenómeno. A miles de kilómetros de distancia de los campos de batalla, protegidos por un océano, por una selva virgen, por una cordillera, lejos de los apetitos de las grandes potencias, la guerra era para nosotros un juego de ajedrez, una esplendorosa novela de aventuras. Cuando llegaban los periódicos de Lima nos los arrancábamos de las manos para leer los grandes titulares. Había discusiones apasionadas. Felipe era partidario de los alemanes. Leonardo, en cambio, que en su juventud había soñado con París, amaba a los franceses y se le hacía agua la boca hablando de las francesas. Yo seguía estas discusiones adoptando tan pronto una posición como la otra. Todos los argumentos me parecían razonables y, al mismo tiempo, ineficaces para despertar una convicción. Mi gran preocupación era saber de qué hablarían los periódicos cuando la guerra terminara, cómo llenarían esas enormes páginas que, desde que tenía uso de razón, había visto

siempre cubiertas de batallas y de aparatos de destrucción. Jacinto, a quien hice esta consulta, me respondió con la clarividencia que a menudo lo caracterizaba:

—¡Bah!, ¡no te preocupes! Hablarán de la paz.

En esos días habían llegado nuevos huéspedes a la hacienda. Entre otros, dos hacendados que viajaban hacia el interior y el gobernador de Cachicadán. Este era un indio de pura estirpe, pero con un barniz criollo que lo hacía pintoresco. Tenía toda la dentadura de oro y usaba un hermoso poncho de vicuña. Era, además, letrado, gracioso, ladino, terrible cuando discutía, despiadado cuando quería burlarse de alguien. Había estado en Lima algunos años y hablaba con suficiencia de varios diputados amigos suyos a quienes nadie conocía.

Cachicadán era una aldea de las inmediaciones, célebre por sus aguas termales que brotaban de la tierra a una temperatura de 70 grados. Mi tío Felipe decía que no había nada mejor que un baño en esas aguas después de una borrachera. Contaba también el caso de un amigo suyo que, yendo borracho a bañarse, había caído en un surtidor de agua hirviendo y se había «cocido como un pollo».

Mi tío Leonardo había hecho venir al gobernador para utilizar su influencia en la obtención de mano de obra, llegada la época de la cosecha. Por este motivo lo agasajó con magnificencia. Aparte de las grandes comilonas, se le obsequió una yegua fina de la cuadra, cajones de naranjas, los mejores jamones ahumados. Yo comencé a comprender que esos cargos de provincia, en apariencia insignificantes, gozaban de una serie de regalías que los volvían codiciables. El cholo prometió el oro y el moro, dijo que hablaría con el jefe de la comunidad de Angasmarca y que comunicaría sus resultados. El único que no creía en esas promesas era Jacinto.

—Hará lo mismo en todos los fundos de los alrededores —decía—. Y cuando tenga tantas yeguas como para formar una manada se reirá a toda mandíbula de nosotros.

Una tarde Leonardo recibió una carta de Santiago. Durante la cena comunicó que Tuset anunciaba su próxima visita. Yo, que para protegerme de Leticia había levantado una muralla de pequeñas y pacientes ocupaciones, me vi atacado en mi reducto y mis temores redoblaron. Por Alfredo supe que Leticia aún no había hablado con Leonardo sobre el noviazgo, pero la venida de Tuset precipitaría ese suceso. Lo que más me mortificaba era el semblante de alegría con que Leticia recibió la novedad y desde el día siguiente comenzó a coserse un traje nuevo.

Sin fuerzas para librar una batalla, busqué compensación en la lectura. Yo había leído ya todos los libros de la hacienda, incluyendo gruesos tomos de veterinaria que me aburrieron. Con el dinero que había ahorrado —propinas de Felipe y de Leonardo— encargué un lote de libros a Santiago y cuando me llegaron me encerré en mi habitación y empecé a vivir por procuración las emociones que no me brindaba la vida. Eran, en su mayoría, novelas de Dumas. Durante muchos días me entusiasmé con las aventuras de D'Artagnan, me enamoré de Andrea de Taverney y aprendí la dinastía de los Capetos a través de sus intrigas palaciegas y de sus mosqueteros. Mi entusiasmo duró poco, sin embargo, y muchas veces quedaba pensativo, el libro abierto entre las manos, convencido de que la vida real era distinta, que en la vida real, por ejemplo, Porthos no hubiera llegado a ser jamás barón de Pierrefonds. La vida real estaba llena de trampas, de oscuras amenazas contra las cuales no podían ni la virtud ni el heroísmo. La gente moría sin saber por qué, los amantes eran traicionados, y los pobres de espíritu no veían nunca el reino de la justicia. Mi desesperación tocaba uno de sus límites. Fue entonces cuando un suceso imprevisto vino en mi auxilio y yo vi en él la posibilidad de

una salvación.

En la carpintería de la hacienda habían construido unos complicados aparatos para cribar el mineral de la mina. Mi tío Felipe estaba encargado de transportarlos y partiría dentro de breves días. Yo le rogué que me llevara consigo. Durante la cena mi proyecto cobró envergadura y le dije a Leonardo que pensaba quedarme una larga temporada en la mina para aprender algo del oficio.

—Te vas a morir de frío —me respondió—. Ni yo mismo, que estoy acostumbrado, puedo resistir más de tres días. Allí no hay estufa, ni siquiera botella de agua caliente. Hay que meterse en la cama con un ladrillo calentado al horno.

Todo esfuerzo por disuadirme fue inútil. Argüí que quería trabajar, ganar dinero, llegar a ser capataz. Por último Leonardo, para darme gusto, terminó transigiendo.

—Haremos la prueba. Vete por unos días, pero si te sucede algo no me eches después la culpa.

Yo inicié los preparativos con el mayor júbilo. En mi maleta coloqué mi ropa más gruesa, los libros que no había leído. Jacinto me regaló un par de botas que le quedaban pequeñas, las que empecé a usar días antes de la partida, sintiéndome ya una persona importante.

En uno de esos días de agitación, Alfredo penetró en mi cuarto. Estaba visiblemente nervioso y bajo su chompa parecía ocultar algo.

—Te voy a dar a guardar esto —dijo entregándome un paquete—. Te lo llevarás a las minas. Pero eso sí, júrame que no lo abrirás.

Yo estaba acostumbrado a las extravagancias de Alfredo y, prometiéndole cumplir su pedido, guardé el paquete en mi maleta. La atención que requerían mis asuntos hizo que pronto me olvidara de él.

Por fin llegó la víspera del viaje. El entusiasmo que había desplegado me tenía rendido, y como al día siguiente partiríamos al amanecer, me recogí temprano en mi dormitorio. Estirado en la cama, veía entrar y proliferar las sombras por la ventana, cuando observé que alguien estaba a mi lado, contemplándome. Era Leticia. La sorpresa me hizo dar un grito.

—¡Calla! —murmuró ella—. Entré despacio porque creí que estabas dormido —y se retiró hacia la ventana.

El corazón comenzó a arderme en el pecho y me pesaba de tal manera que no podía incorporarme ni abrir la boca. Leticia había apoyado sus manos en el alféizar y contra el atardecer veía recortado su perfil, como una sombra china.

—He sabido que te han llegado unas novelas de Santiago —continuó— y quiero que me prestes algunas.

Me levanté de un salto y me dirigí hacia el conmutador para encender la luz. En la oscuridad me tropecé con Leticia y sentí que su mano me cogía las muñecas. Su rostro estaba muy cerca del mío y apenas distinguía el óvalo de su cara y sus ojos terriblemente grandes y líquidos en la penumbra.

—No debes irte a la mina —dijo, cogiéndome la otra mano.

Quedé un momento desconcertado, no sabiendo si se trataba de una orden o de una súplica, pero luego, obedeciendo a un impulso ingobernable, la tomé por la cintura y la oprimí con tanta fuerza que su talle pareció quebrarse entre mis manos. De su garganta salía un gemido. Tuve la impresión de que estaba llorando.

—No quiero quedarme sola —murmuró, golpeán-dome el pecho con los puños cerrados.

No supe qué decir. La besé en los cabellos, en las sienes, cuando, de improviso, se

encendió la luz en el compartimiento de Felipe. Leticia se apartó de mí y se retiró con presteza. Debió cruzarse con Felipe, porque este apareció en el umbral y quedó mirándome, con una expresión cómica, mientras ensayaba un silbido.

—¿Listo para el viaje? —preguntó.

No le contesté. Sin desvestirme caí nuevamente en la cama. Al ver mi maleta preparada tomé la decisión de no partir. A las cuatro de la mañana, sin embargo, cuando Felipe despertó, ultimé mecánicamente mi equipaje y pronto estuve listo para la jornada.

Cuando partimos comenzaba a amanecer.

En la barraca

Mis decisiones más importantes eran siempre dictadas por sentimientos oscuros. Nunca supe concretamente por qué partí hacia la mina. Durante algún tiempo me repetí que alejarme de Leticia era una manera de aproximarme a ella, pues la distancia no haría sino exasperar mi pasión. Me dije también que ya era tiempo de hacer algo útil, de aprender un oficio, de ganar dinero con mi propio trabajo. Pronto comencé a sospechar que mi partida era tan solo una represalia ejercida contra mi prima por los pequeños desaires que de ella había recibido.

Recuerdo que en un momento del viaje estuve a punto de desistir. A media hora de la hacienda volví el rostro y pude ver al fondo de la quebrada los tejados de San Gabriel. El presentimiento de que jamás retornaría me oprimió y sofrené violentamente mi mula. Felipe, que iba delante, me pasó la voz y yo seguí cabizbajo la marcha.

Pronto las dificultades de la ruta solicitaron mi atención y me distraje. Primero atravesamos un bosque muy apretado, para abrirse paso en el cual era necesario utilizar el machete. Daniel, que también era de la partida, preparó su fusil diciendo que por allí merodeaban osos y pumas. A la zaga iba el arriero halando dos mulas con las máquinas cribadoras.

Luego del bosque comenzamos a remontar la falda de una montaña cuya cima penetraba en el techo de nubes. Felipe me decía que «allá arriba» se encontraban las minas. Me parecía imposible que pudiésemos ascender por ese parapeto donde no se veía camino alguno. La huella de herradura era tan estrecha que teníamos que viajar en fila india. A nuestra izquierda crecía el abismo.

Llegamos por fin a un paraje donde todo vestigio de vegetación desapareció. Cabalgábamos sobre roca viva. El abismo había doblado en profundidad y al fondo se veía una laguna verde de aguas inmóviles. Daniel me decía que una piedra tardaba un minuto en llegar a la laguna. Ese día estaba de buen humor y me ofreció cigarrillos, lo que yo rehusé.

Al llegar al pasaje más difícil, íbamos Felipe delante, Daniel al medio y yo a la zaga, muy cerca unos de otros. Fue entonces cuando ocurrió un incidente que estuvo a punto de tener consecuencias fatales. ¿Sería una ilusión? Yo andaba un poco distraído, pero me pareció que Daniel se inclinaba sobre el pescuezo de su mula, alargando el brazo hacia delante. De pronto, la mula de Felipe se encabritó, hizo un extraño movimiento, sus patas traseras vacilaron un instante sobre el abismo y solo por un milagro logró mantenerse en el sendero, tirándose contra las rocas. Durante un momento Felipe permaneció sin aliento, abrazado al cuello de su bestia. Cuando volvió el rostro lo vi increíblemente pálido, un anillo violáceo alrededor de los ojos.

—¡Me vi al fondo de la quebrada! —exclamó, tratando de sonreír.

—Debe haberle entrado una astilla en la pezuña —respondió Daniel fríamente, señalando su mula.

Yo quedé pensativo. Recordé aquella excursión a la laguna de los patos cuando una bala escapada del fusil de Daniel rozó el hombro de Felipe. Una serie de cosas comenzaron a parecerme repentinamente claras: el mensaje que Felipe enviara a la «gringa», el súbito retorno de Daniel borracho, las miradas que estas tres personas cambiaban a la hora de las comidas, la

rivalidad secreta que existía entre mi tío y el contador, entre la «gringa» y las otras mujeres de la hacienda. Felipe, recuperado, prosiguió su camino y para liquidar su saldo de temor comenzó a cantar. Daniel, en cambio, había quedado silencioso. Fue solo al llegar a la mina cuando, examinando el anca de la mula que montaba Felipe, descubrí una imperceptible quemadura, hecha con la punta de un cigarro. Por el momento no dije nada. No creía estar aún suficientemente seguro.

Al día siguiente, sin embargo, antes de retornar a San Gabriel, Felipe se acercó a mí para darme algunos consejos y despedirse.

—Cuando te aburras, regresa —me dijo—. Pero haz lo posible por aguantar unas semanas. Así le demostrarás a Leonardo que eres un hombre. Tal vez suba dentro de quince días. ¿Algún encargo para la hacienda?

—¡Felipe! —exclamé, sin poder contenerme—. ¡Cuídate de Daniel!

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—¡En el anca de tu mula hay una quemadura! Felipe se puso serio y me examinó con severidad.

—No me gusta la gente observadora —respondió, saliendo de la barraca.

Yo le seguí hasta que subió a la cabalgadura. Daniel lo esperaba a la cabeza del sendero.

—¡Parte! —gritó Felipe—. ¡Yo te alcanzaré en el desfiladero!

Mis ojos debían expresar aún cierta ansiedad.

—Tranquilízate —agregó Felipe—. No pasará nada. ¿No quieres que le diga algo a Leticia?

Yo traté de descubrir en esta pregunta alguna intención, pero ya Felipe había comenzado a reír. De un manotazo me despeinó.

—Te voy a dar un consejo —dijo—. Las mujeres son como las frutas del árbol. Quiero decir que solo caen en tus manos las maduras. Las otras, hay que estirar los brazos y arrancarlas.

En seguida espoleó su mula y se perdió sin voltear la cabeza.

Empezó, entonces, mi irreal, mi inolvidable vida de minero. Yo la llamaba así a pesar de que toda mi tarea consistía en cabalgar por los alrededores de la mina, inspeccionar de vez en cuando el trabajo de los socavones y, muy rara vez, dar una mano a los peones en la criba del mineral. Por esa labor mi tío Leonardo me pagaba un sueldo que depositaba en la caja de la hacienda.

De inmediato trabé amistad con el capataz cuya barraca, que era la única habitable, compartía. Este era un mestizo de unos sesenta años, sordo como una tapia y a quien faltaban por añadidura tres dedos de la mano derecha. En su juventud había sido carpintero, hasta que inutilizado para ese trabajo tuvo que buscar otra manera de ganarse la vida. Mi tío Felipe lo había encontrado vagando por Lima y compadecido de su suerte lo había enrolado como capataz. Sus funciones de capataz eran, sin embargo, muy limitadas, pues pasaba la mayor parte del día encerrado en la barraca muriéndose de frío, lanzando carajos contra los indios, extrañando a su mujer que residía en Lima y reviendo las figuras de algunos periódicos viejos que ya conocía de memoria. Usaba una bufanda amarrada a la cabeza y que le cubría las orejas, lo que le daba un aspecto pintoresco. El grueso gabán roído no se lo quitaba ni para dormir.

Mi llegada le produjo mucho regocijo, pues tendría al fin con quien comunicarse. Al principio tuve dificultad para hacerme escuchar, pero luego se fue acostumbrando al

movimiento de mis labios y nuestro diálogo se volvió cómodo.

Al enterarse de que uno de mis proyectos era llegar a ser capataz, cambió de semblante, pero luego comenzó a despotricar contra su trabajo diciendo que ya estaba harto de ese exilio y que no veía la hora de estar en Lima, en mangas de camisa, caminando bajo el crudo sol. Yo le presté algunas novelas que había traído, pero noté que no despertaban su interés. Se le caían de las manos. Después me confesó que no sabía leer.

La barraca era bastante estrecha y estaba atiborrada de cajones y herramientas. Había también una fuerte provisión de coca y de aguardiente, pues a los peones se les pagaba parte de su trabajo en especias. Como yo me sorprendiera de no ver una estufa, el sordo quitó la piel de vaca que cubría el piso y me mostró una trampa.

—Allí abajo está el depósito de dinamita —dijo—. En esta barraca hasta es peligroso encender un cigarrillo. Lo peor es que no podemos guardar la dinamita en otro lugar, porque los indios la robarían. Tú no los conoces, hay que estar con el ojo alerta.

Desde entonces, cada vez que había una tormenta y los relámpagos zumbaban sobre la barraca, veía al sordo saltar de la cama y, envuelto en su frazada, pasearse de un extremo a otro de la pieza echando maldiciones, espiando por la ventana el curso de las aguas y lanzando miradas aterradas a la piel de vaca.

—¡Un día de estos volaremos hechos pedazos! —exclamaba persignándose.

Fue poco tiempo después cuando comencé a encontrar interés en observar de cerca a los peones. La mina era pequeña y en ella trabajaban una cuarentena de obreros, todos indígenas de la región. Los métodos de trabajo eran rudimentarios y el mineral se extraía a golpe de barreta. No había estatutos ni horarios de ningún género. Cuando el sordo se despertaba jalaba una cuerda que pendía en su cabecera y una campana resonaba en el exterior. Al cuarto de hora salía para ver si los peones estaban listos. A los retrasados se contentaba con insultarlos o con amenazarlos con no pagarles su jornal. Por la tarde el trabajo se suspendía según el estado del tiempo o, lo que era más imprevisible, el humor del capataz. Si ese día le dolían los muñones o la añoranza de Lima era más poderosa, podía oscurecer antes de que sonara la campana.

Yo había hecho algunas tentativas de acercarme a los indios. Su taciturnidad, su aparente sumisión, despertaban mi curiosidad. A menudo visitaba sus barracas construidas con piedras del lugar. Dormían en el suelo, sobre pieles de carnero o ponchos de lana. Algunos habían traído a sus mujeres, que pasaban el día hilando, cocinando o ayudando a sus maridos. Ellas, al verme, se reían de mí, se secreteaban, se daban de empujones, hablando siempre en quechua. Ellos, en cambio, me consideraban con desconfianza. Eran muy pocos los que hablaban español y ninguno había visto jamás el mar. A veces tomaba en su compañía un trago de aguardiente y veía sus rostros animarse un poco. Pero luego una helada reserva los dominaba y solo veía sus ojos oblicuos, sobre los pómulos duros, posados impasiblemente en mí. Yo sentía, entonces, que jamás los podría comprender ni ellos tampoco a mí. No solo era el idioma y las costumbres lo que nos separaba, sino cientos de años de cultura. Y era algo más: mi situación aparente de patrón. Yo formaba parte de los «señores» de la hacienda y si bien por el momento no les hacía daño, su instinto les advertía que algún día, barbado ya e investido de poder, me convertiría fácilmente en su opresor. Esto no era cierto, pero era posible, y bastaba esta posibilidad para mantener entre nosotros un estado constante de guerra fría.

Uno de los efectos de este género de vida fue el olvido en que poco a poco se fueron

sumiendo San Gabriel y sus personajes. Solamente a veces evocaba con simpatía a Jacinto, a Alfredo, a Felipe, a quien consideraba valeroso a pesar de ser corrompido. Me preguntaba qué estaría haciendo, si se acordaría de mí. En cuanto a Leticia, hacía maromas para no pensar en ella. Para alejarla de mí le inventaba defectos o exageraba los que ya tenía. Me decía que su voz era chillona como la de tía Ema o que se volvería ceñuda como su padre.

A las cuatro semanas, sin embargo, la imprevista visita de Leonardo y de Jacinto despertaron en mí un tumulto de recuerdos y me dejaron inquieto durante varios días. Ellos solo estuvieron unas horas, pero yo no me cansé de abordarlos a preguntas. Leonardo había venido para traer el dinero destinado a la paga de los peones. Entre otras cosas supe que Daniel y la «gringa» habían abandonado San Gabriel, en circunstancias confusas que Leonardo no me explicó.

Pero la gran noticia era la llegada de Lola, la hija mayor de Leonardo. Hacía quince días que residía en la hacienda. Jacinto se expresaba de ella con un desusado entusiasmo.

—Debes bajar a conocerla. Es muy buena. Felipe no ha venido porque está mostrándole los alrededores de San Gabriel.

Por Leticia, en cambio, me resistía a efectuar cualquier averiguación. Al fin no pude más y pregunté, como si bromeara, si continuaba usando su puñal.

—Ya no —respondió Leonardo—. Ya cumplió dieciséis años y ha crecido un poco, aunque sigue delgada.

—¿Y Tuset? —añadí—. ¿También él ha crecido?

Leonardo rio.

—Llegó al día siguiente de tu partida. Desde entonces no se ha movido de la casa. Dentro de poco cambiará aros con Leticia.

Ya no volví a abrir la boca en el resto de la mañana. Leonardo, sobre su mula, listo para el retorno, me felicitó por mi permanencia en la mina.

—Pero me parece suficiente —agregó—. Para bromas, basta. Es tiempo de que regreses.

Me opuse con ardor y dije que hasta fin de año no lo haría. Quería ahorrar dinero bastante para pasar unas vacaciones en Trujillo.

—Pues bajarás para el noviazgo de Leticia— añadió Leonardo, y partió.

Sucedieron unos días angustiosos. El capataz se asombraba de verme tendido en la cama, con los ojos inmóviles sobre las vigas del techo. Merodeando por mi alrededor me preguntaba si estaba enfermo y quería a toda costa ejercer sobre mí el arte de la curandería, pues lo había practicado de joven y era experto, según decía, en restituir los brazos dislocados en su lugar mediante la colocación de una naranja en la axila.

Para librarme de él ensillaba mi mula y salía al descampado. Más arriba de la mina había parajes de una virginidad absoluta. No había rastros de vida, a no ser el alto vuelo de los gavilanes. El paisaje, de tan espléndida soledad, me daba el efecto de un espejo en el cual me contemplara por primera vez. Mis relaciones con la naturaleza cambiaban de signo y en mis oídos parecía resonar una nueva voz. Eran momentos terribles en los cuales algo se desnudaba dentro de mí, no cabía la posibilidad de la hipocresía, y era fácil descubrir que era un imbécil o un predestinado, o que podía tranquilamente quitarme la vida sin vacilación.

Un día recordé que era mi santo, que yo también cumplía dieciséis años. ¿Qué hacía perdido en esos lugares malvenidos?

Pensé en Lima, en otros cumpleaños con tortas, velas, pitos estridentes y viejas tías empolvadas que al despedirse me dejaban un sol de plata en la palma de la mano. Hasta las

ocho de la noche guardé el secreto de este aniversario, pero llegó un momento en que no pude más. La única persona con quien podía comunicarme era el sordo.

—¡Hoy es mi santo! —grité acercándome a él.

Cuando me oprimió entre sus fuertes brazos lloré como una mujer. Luego bebimos una botella de aguardiente y, estimulados por el alcohol, charlamos hasta entrada la noche. Cuando me acosté estaba completamente borracho.

Esto me liberó. En los días siguientes trabajé al lado de los mineros y recuperé la calma. Comenzaba a notar, además, que algunos de los peones, sobre todo los menores, me cobraban confianza. Con ellos bromeaba y cambiábamos palabras quechuas por españolas, como quien cambia juguetes o prendas de amistad.

Regresando una tarde de una de esas jornadas, vi dos caballos en la puerta de la barraca. Reconocí los arneses de San Gabriel. El sordo les quitaba los frenos y los desensillaba.

—Ha venido visita —dijo al verme.

Al ingresar a la barraca vi a Leticia y a Tuset, sentados en la cama, esperándome.

El fin de una aventura

Durante unos segundos permanecimos mirándonos con fijeza. Al fin Leticia se levantó y, avanzando hacia mí con una desenvoltura admirable, me abrazó.

—Has cambiado —dijo, y, al igual que el primer día de mi llegada a San Gabriel, me besó en la mejilla.

Su gesto constituyó un ejemplo para mí y me esforcé en mostrarme cortés. Al poco rato de conversación me sentía dueño de mí mismo. Tuset, a quien veía de muy buen humor, me explicó el objeto de su visita. Aparte de presentarme sus saludos, habían venido por dos motivos: para inspeccionar la mina —pues Leonardo pensaba transferir su administración y él estaba interesado en recibirla— y para anunciarme su próximo noviazgo con Leticia. Esta última novedad, estando ya prevenido por Leonardo, la recibí con una frialdad ejemplar.

—Mis felicitaciones —murmuré.

—Espero que no dejarás de asistir —añadió Leticia.

Yo prometí bajar la víspera de su celebración.

Durante un rato más continuamos conversando de cosas indiferentes. Yo había notado que Leticia empezaba a perder un poco la serenidad al percatarse del tono seco y expeditivo de mis respuestas. Como la tarde comenzaba a caer y la conversación tendía a extinguirse, propuse hacer un paseo por la mina. Los tres salimos de la barraca.

Mientras caminábamos observé el traje de amazona que Leticia llevaba con tanta gracia. Era nuevo y evidentemente formaba parte de ese vasto plan de elegancias prenupciales que las mujeres saben administrar con tanta coquetería. Se esforzaba, además, por asumir modales de señorita y esto me producía una viva melancolía. Por momentos deseaba encontrar en ella otra vez al muchacho en pantalones que corría por los potreros y aventajaba en audacia a todos los mozos del lugar.

Tuset, entretanto, me abrumaba con preguntas que yo absolvía con la precisión de un experto. Con él analicé el mineral, hice funcionar las cribas, descendí al fondo de los socavones. Leticia empezaba a aburrirse.

—Regresa a la barraca, si quieres —le pidió él, y nosotros dos continuamos la inspección. Cuando empezaba a oscurecer emprendimos el retorno. En el trayecto encontramos al sordo y Tuset se entretuvo conversando con él. Yo seguí mi camino.

Cuando ingresé a la barraca vi que Leticia estaba sentada al lado de la mesa, la barbilla apoyada en la mano, la mirada perdida. Mi presencia no la hizo pestañear. Quedé frente a ella indeciso, sin saber cómo aprovechar esa momentánea soledad. Ella tampoco decía nada y sus ojos me exploraban con esa expresión de distancia que le era peculiar, mientras sus dedos jugaban distraídamente con el fuete. De pronto, por sus labios apenas entreabiertos, salió un murmullo:

—Eres un imbécil.

Yo di un paso hacia la mesa y ella se incorporó con rapidez. En su mano el fuete se balanceaba. Sus pupilas ardían, sus dientes destellaban con esa ferocidad que ya en una ocasión me había aterrado.

—¿Qué quieres? ¡No te acerques! Sería capaz de azotarte.

Quedé inmóvil, los brazos caídos. Ella levantó lentamente la mano y la punta del fuete rozó mi mejilla. De inmediato empezó a reír.

—Te asustaste, ¿no? ¿Creíste que te iba a marcar? ¡Te has puesto pálido como un ánima del purgatorio!

Leticia se había aproximado a la ventana y miraba el campo apoyada en el alféizar.

—Allí viene Tuset —murmuró—. Lo veo crecer poquito a poco..., mueve la cabeza de un lado para otro..., tic, tac, tic, tac... —súbitamente se volvió hacia mí—. ¿Por qué partiste? ¿Por qué no me hiciste caso esa noche? A la mañana siguiente entré en tu cuarto y quemé tu ropa con un cigarro.

Tuset entró sacudiéndose las botas. Su presencia transformó inmediatamente a Leticia en otra persona.

—Estoy un poco cansada —dijo—. Debemos quedarnos aquí hasta mañana.

Tuset fue de su misma opinión. La mina le había interesado y quería conocer aún algunos otros detalles. Los tres nos acomodamos en la mesa. Destapé una botella de aguardiente y comenzamos a charlar. Un repentino entusiasmo me impelía a vaciar en mi garganta borbotones de licor. El descubrimiento de que Leticia reservaba para mí un aspecto primitivo, montaraz, de su carácter me había restituido una confianza ilimitada en mis propias fuerzas. En ese momento tuve piedad por Tuset, sentí casi simpatía por él. Para no quedarse atrás, él sorbía también su aguardiente sin reservas. Se había puesto alegre y comenzaba a hablar de sus proyectos. Yo veía en estos planes no sé qué de quimérico que me impedía creer en ellos. Mis ojos solo escrutaban el semblante de Leticia, que se esforzaba en compartir el entusiasmo de su amigo. Me parecía, con frecuencia, que nos bastaba una sola mirada para comprendernos, que con un solo gesto revelábamos miles de secretos y que nosotros, con nuestro silencio, éramos quienes conversábamos, y Tuset, con su parloteo, quien estaba al margen de nuestra intimidad. Estimulado por esta idea y por el coraje suplementario que me daba el licor, avancé resueltamente mi mano por debajo de la mesa y cogí la suya. Tuset bebía en ese momento y hablaba de negocios. La mano de Leticia se mantuvo un momento entre la mía, pero pronto sentí que sus uñas me taladraban lenta y profundamente el dorso. Al retirar mi mano vi una huella pálida que comenzaba a colorearse. Recordé, entonces, aquel alto en la choza del cerro, cuando sobre la mano de Tuset vi un signo parecido. Y no sentí cólera alguna, sino un extraño reconocimiento. Comprendí que Leticia solo marcaba aquello que, de una u otra forma, habría de pertenecerle.

Por fin llegó el momento de acostarse. El sordo fue enviado a dormir al depósito de herramientas y nosotros comenzamos a sospechar que sería difícil acomodarse sobre las dos camas. Por último, Tuset, a pesar de mis esfuerzos, se empecinó en dormir sobre la piel de vaca, con el objeto de no privarme de mi lecho.

Hasta entrada la noche no pude dormir. En la penumbra veía el cuerpo de Tuset estirado en el suelo y más allá la cama donde reposaba Leticia. Un aroma sutil, donde se confundían la exhalación de las ropas femeninas, los misterios del sexo, flotaba y enriquecía esa miserable barraca. Antes de dormir pensé que para acercarme a Leticia hubiera tenido que pasar sobre el cuerpo de Tuset. Aquello, en las circunstancias, parecía algo más que una simple metáfora.

Cuando a la mañana siguiente me desperté —el sol de la puna metía por la ventana su huella fría—, Leticia, jugando a la mujer hacendosa, se había ya levantado para preparar el desayuno. Sus mejillas pálidas me revelaron que su sueño había sido también intranquilo. Tuset, en cambio, se desperezaba con un gran despliegue de bostezos. Una hora después

estaban listos para el retorno.

Mientras los acompañaba a sus cabalgaduras, Tuset me repetía que la mina le había interesado y que conversaría sobre ello con Leonardo. Leticia, por su parte, insistía en que no dejara de asistir a la ceremonia del noviazgo. La despedida me parecía demasiado larga. Tenía necesidad de quedarme solo y meditar. Estando con un pie en el estribo, Leticia se acordó súbitamente de un encargo de Alfredo.

—Me dijo que no me olvidara de pedirte los deberes que te dio para corregir.

Quedé desconcertado. ¿Qué deberes eran esos? Solo después de una larga reflexión pude acordarme del paquete que me encargara la víspera de mi partida. Después de revolver toda mi maleta pude encontrarlo. Era algo así como un libro envuelto en papel de periódico. Recordé mi promesa de no abrirlo, pero mi curiosidad fue mayor. Precipitadamente, con el temor de que Leticia entrara y me descubriera, deshice el paquete: un fajo de billetes muy arrugados apareció. No tuve tiempo de contarlos; no lo necesitaba, además. El robo, que despertara tantas conjeturas en San Gabriel, quedaba en ese momento esclarecido. Después de rehacer el paquete, le pasé una cuerda y salí de la barraca.

Leticia y Tuset partieron. Quedé en el umbral observándolos. Ninguno de ellos volvió la cabeza.

Todo aquel día estuve repasando los mínimos incidentes de aquella visita inesperada. Sentía la necesidad de forjarme un plan de acción. Nunca había visto a Leticia tan esbelta, tan dueña de su papel, con un registro tan rico de imprevistos y de medios de seducción. Tuset, en cambio, comenzaba a pulverizarse en mi memoria. Yo tenía la impresión, antes de su partida, de haberme reconciliado con él, en virtud de su simpleza y de su buena fe, pero algunos detalles suyos que fui recordando me lo volvían ridículo, odioso. En muchas ocasiones, al referirse a Leticia había dicho «mi futura novia». Otras veces la había cogido de la barbilla con una expresión babosa. Yo no quería creer en la espontaneidad de aquellos detalles y veía en ellos un énfasis singular dirigido contra mi persona. Seguro de su novia, seguro de su porvenir, seguro de su fortuna, Tuset era el hombre feliz en vísperas de coronar todos sus sueños. A mí me parecía admirable que un hombre llegara a ser feliz, pero lo que no podía tolerar era que me echara su felicidad al rostro, sobre todo cuando esta felicidad implicaba el sacrificio de la mía. Todo en su conducta invitaba a la revuelta. En ese momento sentí más que nunca la necesidad de impedir ese noviazgo.

Sin embargo, no sabía de qué medios valerme ni en qué terreno librar la lucha. Bien sabía yo que mis recursos eran precarios. Por la edad, por la fortuna, por la consideración a la gente mayor, Tuset me llevaba una ventaja considerable. Yo no podía oponer contra él sino mi pasión. Pero esta misma pasión me inspiraba desconfianza. Yo no estaba seguro de querer a Leticia, ni estaba seguro tampoco de ser querido por ella. Nuestras relaciones se habían desarrollado siempre bajo el signo de la anarquía, de la imprevisión. Además, cuando yo pensaba en mi futuro a largo plazo no veía a Leticia a mi lado y no sentía la necesidad de que allí estuviera. Y ese detalle me parecía un indicio revelador.

Al llegar la noche estaba rendido. La reflexión había estrangulado al sentimiento y solo quedaba en mí un rescoldo de egoísmo, de prudencia. Trabajar en la mina, ahorrar dinero, me parecían las únicas cosas razonables. Para el noviazgo de Leticia, que se realizaría dentro de veinte días, bajaría oportunamente y luego retornaría a mi trabajo en la mina.

Al día siguiente me levanté temprano y desplegué una terrible actividad. Revisé el libro de planillas, ordené las cuentas, quise establecer reformas. Me di cuenta de que el trabajo podía

asumir la forma de un vicio, de una espantosa droga. El sordo estaba asombrado de mi movilidad. Inspeccionando los alrededores había encontrado un lugar donde construir una cuadra y un refugio más abrigado para los peones.

Cuando a mediodía regresé vi a la entrada de un socavón un espectáculo que me heló la sangre: uno de los peones se había volado la mano izquierda y la mitad del antebrazo con un cartucho de dinamita. Sobre los ojos le faltaba un pedazo de frontal. La sangre manaba como de un surtidor. Sus compañeros trataban inútilmente de contener la hemorragia. Al verme quedaron silenciosos, mirándome fríamente. Yo tuve miedo: me pareció leer en sus miradas una inculpación.

Corriendo hasta la barraca, penetré en ella como un loco. El sordo se había quedado dormido sobre su silla, un periódico doblado entre las manos.

—¡Un botiquín! —grité zamaqueándolo—. ¿Dónde está el botiquín?

Él despertó sobresaltado y me dio a entender que no había botiquín, que lo único que había era un pomo con mercurio cromo. Enseñándome su mano mutilada, añadió:

—Cuando yo perdí estos tres dedos tampoco había botiquín.

Sin responderle salí de la barraca. Recordé que el campamento minero más próximo estaba a una hora de distancia. Una hora para el regreso serían dos. Afiebradamente comencé a ensillar mi mula. El sordo, que había salido tras de mí para cerciorarse del accidente, regresó cuando yo ajustaba las chinchas. Poniéndome una mano en el hombro, me dijo:

—Ya no hace falta.

Yo me volteé y él quedó mirándome a los ojos. Tal vez se sorprendió de mi expresión, tal vez tuvo lástima de mí, porque no se atrevió a abrir la boca. Era la primera vez que lo veía acongojado.

—A veces pasan estas cosas —dijo, y dándome la espalda regresó a la barraca.

Esa misma tarde, mientras sentados uno frente al otro devorábamos en silencio nuestro plato de papas, sentí que la comida se me atracaba en la garganta. Algo así como una maldición había caído sobre esa comida que yo ganaba con tanta facilidad. De un salto me levanté y comencé a echar en mi maleta todos mis trastos.

—¿Qué pasa? —preguntó él, pero yo no le respondí.

Media hora después emprendía el retorno a San Gabriel.

Cuando llegué, todas las luces de San Gabriel estaban encendidas y por el patio circulaba multitud de servidores y de personas que yo no conocía. Parecía una movilización para dar una gran fiesta o para librar una batalla. A tal punto estaban todos atareados que mi entrada pasó desapercibida.

A quien primero encontré, al ingresar a mi dormitorio, fue a Felipe. Estaba delante del espejo, recortándose el bigote. Por primera vez lo vi despojado de su traje de campo, vistiendo un elegante terno gris. Una mezcla indefinible de sorpresa y de desagrado le produjo mi presencia.

—¿Cómo? ¿Ya de vuelta? —preguntó echándome una mirada de reojo, y prosiguió su pulimento, sin dirigirme otra vez la palabra. Yo lo noté alterado. En Trujillo le había conocido, a veces, una expresión semejante, en el curso de sus expediciones nocturnas.

—¿Qué cosa pasa? ¿Por qué hay tanta gente?

—¿A qué llamas tú tanta gente? Lo que sucede es que se acerca la época de la cosecha y hay un poco de tráfico por los caminos. Tenemos cerca de doce huéspedes —dilatando las narices añadió—: debes bañarte. Hueles a carnero —y ajustándose el sombrero de fieltro abandonó la habitación.

En efecto, yo estaba completamente sucio después de mi permanencia en la mina. Como, a pesar de que ya se había puesto el sol, la temperatura estaba agradable, decidí tomar un baño. En la hacienda los servicios higiénicos eran defectuosos y cuando alguien quería bañarse debía advertirlo con tiempo, a fin de calentar unos cubos de agua con los cuales se llenaba un tonel de madera. En varias ocasiones había adoptado ese absurdo procedimiento, pero al final había optado por bañarme en el río. Cuando crucé el portón, camino de la ribera, me encontré con Alfredo, que regresaba de hacer un paseo solitario. De inmediato me saltó al cuello y me acompañó cuesta abajo. Estaba increíblemente flaco y más atolondrado que de costumbre. Recordé la cuestión del robo y traté de sondearlo, pero él mantuvo una invencible reserva. Solamente cuando le dije que «sus deberes» eran excelentes se encolerizó y trató de escabullirse.

—Me juraste que no abrirías el paquete. ¡No tienes palabra de hombre!

Cogiéndolo del brazo conseguí retenerlo. Siguió el camino a contrapelo, sin abrir la boca. No le hice pregunta alguna, porque sabía ya que esos silencios presagiaban sus repentinas confidencias. Cuando llegamos al río me desvestí mientras él se acuclillaba en la ribera.

—¿Sabes que Daniel se fue? —me preguntó de pronto.

—Sí. Sé que se ha ido con la «gringa».

—La «gringa» es una mala mujer... pero Felipe es peor todavía.

Mientras yo me remojaba tiritando en la corriente, él quedó callado.

—¿Quién de los dos crees tú que tiene la culpa?

—me interrogó nuevamente.

—¿La culpa de qué?

—De todo. Tú debes saberlo bien. Al final, todo el mundo lo sabía, hasta los sirvientes. Felipe y la «gringa» se entendían, se veían de noche, cuando Daniel salía o estaba borracho, se

besaban...

—La culpa es de la «gringa»...

—¡No! ¿Por qué echarle la culpa a ella? Felipe la perseguía... Me he dado cuenta de que los hombres tienen siempre la culpa.

—¿Y qué pasó luego?

—Una tarde la «gringa» apareció en el patio con la cabeza rota, perseguida por Daniel. Corriendo llegó hasta el cuarto de Felipe. Estaba como loca. Felipe salió y tuvo que defenderla. «¿Por qué te metes tú en esto?», decía Daniel. «¿Acaso eres tú su marido?» «Sí, pues, soy su marido», contestó Felipe y se empezaron a pegar. Como en el patio no podían hacerlo porque Leonardo y las mujeres gritaban, se fueron los dos hasta el bosque, uno al lado del otro, cogidos del brazo, como para una cacería. Después de una hora regresaron, mejor dicho, regresó Felipe cargando sobre el hombro a Daniel. Felipe estaba hinchado, pero la cara de Daniel era para morirse de susto. Estuvo una semana en cama. Creo que tenía algún hueso roto, porque no podía mover los brazos.

—¿Y por qué se fue?

—No sé. Leonardo y mi mamá hablaron con él. Para evitar más líos era mejor que se fuera. La «gringa» no quería irse, pero Daniel se la llevó a la fuerza.

—Mejor es que haya pasado esto. Así se vivirá más tranquilo en la hacienda.

—Al contrario. Ahora Felipe se ha quedado solo... Felipe no puede estar solo y esto lo vuelve loco.

—Es verdad —respondí, recordando el pésimo humor de sus días solitarios de Santiago.

—Pero ¿tú crees en realidad que esté solo? —Al preguntar esto Alfredo se puso de pie. Yo salí del agua y me froté el cuerpo con una toalla. Alfredo cogió una piedra y señaló una lagartija.

—¡Así lo aplastaría! —exclamó, tirando la piedra sobre el animal, y en seguida se fue rápidamente, sin atender mis llamadas.

Cuando regresé del baño me dispuse a ingresar en la sala, pero antes juzgué oportuno hacerle una visita a Jacinto. Al verme se puso contento, pero de esa manera tan suya, tan extraña, de comprometer en sus emociones solo partes aisladas de su rostro. Sus ojos rieron esta vez, pero en su boca había una atadura amarga. Me pareció que en esos dos meses había envejecido. Tenía el rostro ajado y amarillo y el sombrero tirado sobre la frente. Sobre su mesa seguían reposando los libros de electricidad.

—Me olvido de todo —me dijo—. Hoy leo un capítulo y mañana no me acuerdo de nada. Tomo notas en un papel, pero los papeles se me pierden o no los puedo descifrar.

—Estudia otra cosa —le sugerí.

—Todo me aburre. ¡Hasta la mandolina! Hace dos semanas que no toco. No sé qué me pasa. ¿Has visto a Lola? —preguntó súbitamente.

—Todavía no.

—¿Y a Felipe?

—Lo he visto muy elegante.

—¡Cuándo no! ¡Muy elegante! Hace tiempo que no hace otra cosa que ponerse elegante. ¿Para qué? Aquí en la hacienda no hace falta estar elegante. Un pantalón y una chompa bastan. Pero desde que ha venido Lola él solo piensa en ponerse elegante.

—Tú también debías ponerte elegante.

—Yo no. Esta noche no iré a la sala. Comeré en la cocina, con los sirvientes. La sala está

llena de gente. Además, no tengo ganas de conversar. ¿Tú verás a Lola? Quiero que le des un encargo.

—¿De qué se trata?

—Nada. Me dijo que quería aprender mandolina. Pero de esto hace tiempo y no me ha vuelto a hablar. Se debe haber olvidado.

La sala estaba atiborrada de gente y me fue difícil distinguir a Leonardo. Un compacto núcleo de hacen-dados y de comerciantes lo rodeaba. Había muchos intermediarios y mayoristas de Huamachuco y Santiago. Se veía también al gobernador de Cachicadán con un bastón en la mano, probablemente algún distintivo de su cargo. Se bebía aguardiente y se discutía con calor.

—Yo ya me los he apalabreado —decía el gobernador—, pero usted debía ir a hablar con los comuneros. Parián, el jefe, me ha prometido ciento veinte peones, entre hombres y mujeres, pero creo que puede conseguirse más. Usted ha ofrecido un toro, pero ellos quieren ahora una escuela.

—¿Y de dónde diablos voy a sacar una escuela? —protestaba Leonardo—. Lo único que puedo hacer es regalarles las carpetas.

—No importa. Eso ya es algo. Pero es mejor que usted se apersone. He visto a don Evaristo rondando por la comunidad.

—Ese don Evaristo es un desgraciado —se quejaba un hacendado—. Él tiene suficiente dinero para traer peones desde Chiclín, pero en lugar de eso prefiere quitarnos la poca mano de obra que hay en el lugar. El año pasado me la quitó y mis naranjas se pudrieron debajo de los árboles.

—Prometido —dijo Leonardo—. En estos días iré a Angasmarca para hablar con los comuneros. Pero, eso sí, tú debes ir preparando el terreno. Si el buen tiempo sigue, la cosecha será excelente y voy a necesitar por lo menos doscientos braceros.

En ese momento Leonardo me divisó y me hizo un saludo con la mano. En un rincón Felipe y Ema conversaban. Me acerqué a ellos.

—Hoy día el termómetro ha bajado dos grados —decía Felipe—. No hay que fiarse demasiado.

—¡Calla! No hay que tentar al diablo —respondió Ema—. Leonardo me ha dicho que si la cosa sale bien comprará este año una casa en Trujillo. Así se empieza. El año próximo será en Lima...

Felipe parecía distraído. Ema me distinguió y me atrajo a su lado, preguntándome por la mina. Felipe aprovechó para retirarse. Ema continuó hablando conmigo, saltando de un tema a otro sin respiro. Esto me extrañó, porque por lo general nosotros siempre cambiábamos monosílabos. Al hablarme, sin embargo, miraba a su alrededor y muy pocas veces posaba en mí la mirada. Yo me sentía solo un pretexto y tenía la certidumbre de que Ema se escuchaba hablar o hablaba por alguna razón que yo no comprendía. Lo cierto era que no le convenía estar callada o que le convenía aparentar una amena charla. A veces reía en alta voz por cualquier frase mía, así fuera completamente desposeída de gracia o me abrumaba con referencias que yo no le había pedido, afectando la voz y haciendo muchos gestos con las manos. De pronto quedó súbitamente callada. Yo me volví y divisé a una mujer joven y robusta que penetraba en la sala. Su fisonomía me recordó de inmediato otra que yo había visto en alguna parte.

—Parece un mono pintado —murmuró Ema entre dientes, y de inmediato comenzó a

reír palmeándome la espalda mientras me preguntaba «ey, qué más?, ¿y qué más?», como si yo hubiera interrumpido un gracioso relato. No le hice caso. Mis ojos no se desprendían de la mujer que acababa de entrar. Felipe estaba a su lado hablándole en voz baja. Al verme me llamó.

—Te voy a presentar a Lola —me dijo, señalando a su compañera.

Yo le estreché la mano y ella me examinó con curiosidad.

—Yo te conozco muy bien —me dijo—. Alfredo, Jacinto y Leticia me han contado muchas cosas de ti.

No era a Leticia a quien se parecía. Tampoco a tío Leonardo. Pero ese rostro no me era desconocido.

—Jacinto me ha dado un encargo para ti —dije.

—¿Jacinto? —preguntó sorprendida.

—Debe ser por el famoso asunto de la mandolina —intervino Felipe—. ¡Que se vaya con su música a otra parte! Ya estamos hartos de ejecutantes. Aprende cosas más útiles. Aprende, por ejemplo, a besar, a enamorar a los hombres.

—¡Pobre Jacinto! —susurró Lola.

—Déjate de tonterías —repuso Felipe—. Él es más feliz que nosotros, porque no se da cuenta de nada.

Me aprestaba a intervenir en defensa de Jacinto cuando Leonardo y Ema se aproximaron.

—Parece que falta trago —comentó Felipe, mirando a su alrededor—. Voy a preparar algo —y se retiró hacia el comedor.

—Se te ve muy sano —me dijo Leonardo—. Vamos a ver, cuéntame algo de la mina.

Yo le hice una breve exposición que él escuchó risueño. Tan solo cuando le hablé del accidente cambió de figura.

—El año pasado sucedió algo parecido —respondió—. Son accidentes de trabajo.

—Debería haber un botiquín —sugerí.

—No tiene importancia. Además, no me interesa hacer ninguna mejora. Quizás Tuset acepte el traspaso. Esa mina es para mí un dolor de cabeza. Si él quiere, que ponga hasta una botica.

Felipe reapareció portando en un azafate varios vasos con una bebida oscura. Era un trago cuya fórmula le había granjeado una reputación. Adentro, él solo sabía lo que debía ponerse. Pero un sorbo era suficiente para derribar a un buey.

Como en la mina me había acostumbrado al alcohol, bebí varios tragos sin chistar. La conversación se hizo animada. Empezaba a encontrar nuevamente el placer de la sociedad, de las réplicas inesperadas, de las conversaciones inútiles. Pensaba que en la sierra los señores vivían bien, con frivolidad y abundancia, y que lo único que los perdía eran los vicios de unos, la pereza de otros, la negligencia de algunos y la ambición de la mayoría.

Cuando bebía uno de esos tragos, Leticia y Tuset aparecieron. Estaban cogidos de la mano, las mejillas arrebatadas. Al verme Leticia se sobreparó en el umbral, pero luego prosiguió su camino con ese dominio que una larga experiencia en la representación le había conferido.

—Tenemos de regreso al minero —murmuró sonriendo.

Yo me creí en la obligación de mostrarme frío, y mientras estuvimos en grupo no le dirigí la palabra. Todo el tiempo me entretuve en hablar con Lola, a quien me esforzaba por hacer reír. Aquello no fue difícil: Lola era de una simpleza espiritual extraordinaria y me daba la

impresión de ser mucho menos que Leticia. Cuando me tomó confianza comenzó a hacerme una tediosa descripción de su vida en el Marañón, que yo resistí con estoicismo.

La cena se desarrolló con una animación exagerada, donde intervenían los espíritus del alcohol. Yo me sentía un poco mareado y veía a los comensales a través de un vidrio opaco. Leonardo, de buen humor, dirigía la conversación y contaba anécdotas. Felipe hacía con Lola brindis particulares. Tuset se sentó a mi lado y tuve que sufrir sus atenciones. Desde su anunciado noviazgo con Leticia se creía obligado a una reparación para conmigo y me abrumaba con palabras amables que yo no sabía cómo corresponder.

Hasta el final de la comida sucedió un accidente extraño. Lola dio un grito y se desvaneció sobre la mesa. Felipe la cargó y la trasladó hasta su dormitorio mientras los comensales estallaban en comentarios. Se hablaba de un ataque. Ema decía que era el tercero que sufría en quince días.

Fui enviado a buscar un frasco de Thimolina y luego, al lado de la cama, vi cómo Felipe le hacía fricciones en el pecho, mientras Leonardo le ponía paños fríos en la frente. Fue solo cuando abrió los ojos y parpadeó por efecto de la luz el momento preciso de un descubrimiento: Lola era exacta a las fotografías que Jacinto conservaba de su madre.

La gran cacería

Durante mi ausencia se había proyectado una excursión a Huayrurán, valle cercano donde abundaban los venados.Al día siguiente de mi llegada, el buen tiempo intacto, se resolvió efectuar la cacería. Una veintena de cabalgaduras fueron ensilladas y después del gran desayuno la caravana se puso en marcha. Mi tía Ema se excusó de participar alegando una dolencia. Alfredo tampoco lo hizo.

Luego de atravesar el bosque de eucaliptos, tomamos un sendero que yo no conocía. Era una quebrada por donde antiguamente había circulado un río, del cual solo quedaba el cauce seco. En esa tierra calcárea crecían zarzas, cactos, tunares y bajos arbustos que parecían alimentarse del sol. Al fondo se veían unos cerros bermejos hasta cuya falda debíamos llegar. Leonardo y los suyos, como de costumbre, iban a la cabeza. Cerrando el grupo venían los menores; Felipe y Tuset cabalgaban al lado de Lola y de Leticia.

Las dos hermanas —Leticia vestía de amazona— estaban resplandecientes. Entre ellas existía una secreta emulación. Era Leticia, sobre todo, la que trataba de imponerse. No permitía jamás que Lola se le adelantara y en los parajes más difíciles era siempre la que tomaba la iniciativa y buscaba los atajos más peligrosos guiada por un instinto infalible.

Desde el comienzo me reuní con Lola y Felipe. A pesar del desvanecimiento que sufriera la noche anterior, Lola estaba fresca y alegre. Felipe, a su lado, no dejaba de hablar, de cantar. Yo lo notaba rejuvenecido, prodigando una vitalidad que envidiaría un muchacho. Pronto noté que mi presencia lo importunaba. Yo conocía sus límites, sus pequeñas defecciones, y él se sentía delante de mí como un actor jugando un papel falso. No tuve más remedio que retrasarme y buscar la compañía de Jacinto.

La hermosa mañana, lejos de reconfortarlo, había puesto sobre él un brochazo de triste luz. Por primera vez noté que su rostro rígido y descolorido parecía enjalbegado, tenía algo de mascarilla de muerto. De inmediato comenzó a hablarme del valle de Huayrurán, pero al hacerlo sus ojos no se desprendían de Lola.

—¿Y le diste mi encargo? —preguntó de pronto.

—Sí —respondí.

—¿Qué dijo ella?

No supe qué contestar. Me resultaba embarazoso transmitirle su mediocre interés por aquel aprendizaje.

—Me parece que no tiene tiempo —dije al fin.

—¡No tiene tiempo! —exclamó—. ¡Para eso no tiene tiempo, pero para bromear, para cantar, para bailar, sí! Es una idiota. Se ríe de todo lo que dice Felipe... Sin embargo, monta bien, ¿has visto? ¿Has visto cómo ha saltado ese charco?

En un recodo alcanzamos a Tuset y Leticia. Mi prima había obtenido de Leonardo el permiso de venir armada y se le había procurado una pequeña escopeta de perdigones que ella ceñía en bandolera. Cuando pasamos cerca de un alto tunar divisó una tuna roja que había madurado antes de estación y de inmediato se le antojó comerla. Tuset desmontó para buscar una rama a fin de desprender la fruta de un golpe. Como se demorara, yo me acerqué a la planta y, empinándome sobre los estribos, alcancé la tuna. Sus espinas me penetraron en las

yemas de los dedos. En ese momento me acordé del consejo de Felipe y tiré con fuerza de la fruta. Cuando la desprendí se la entregué a Leticia, la mano ardiendo de escozor.

—¿No te has hecho daño? —me preguntó, mirándome asombrada.

Yo me limpié las espinas en el cabello, como había visto hacer a los indígenas.

—¿Qué importancia tiene? —le contesté.

—¡Claro que tiene importancia! Se te puede infectar la mano y perder hasta el brazo. Yo no quiero tener primos mancos.

—Mis manos no te hacen falta —respondí brutalmente.

Ella me miró irritada y tiró la fruta al suelo. Espoleando su caballo se adelantó. Tuset, distraído, seguía buscando una rama y yo aproveché para seguir a Leticia. La persecución me enardeció. Ella había abandonado el sendero y se internaba por la maleza que brotaba de la cal, levantando una nube de cenizas. Pronto la divisé tratando de saltar una tapia que se interponía en su camino. Su caballo se resistía tirando el pescuezo hacia arriba.

—¡Espera! —grité, y llegando a su lado cogí su bestia por la brida.

Ambos miramos al otro lado de la tapia: se veía una enorme grieta natural. Leticia no se sobresaltó: antes bien, quedó observando la extraña conformación de esa fisura que partía la quebrada y trepaba, incluso, hasta la mitad de la vertiente.

—Siempre debes obedecerme —dije, pero ya Tuset aparecía al galope, radiante, con una hermosa tuna en la mano.

—¡Aquí tengo una mejor! —gritaba.

Leticia parecía fascinada, contemplando la grieta.

—¿Has visto qué honda es? —murmuró pensativa—. Fíjate, Tuset: ni se ve el fondo. Por ella se puede llegar, quizás, al fondo de la tierra, donde dicen que hay candela y plomo derretido. ¿Cómo la habrán hecho? Sería muy bonito irse de cabeza hasta abajo.

—Asombroso —musitó Tuset, y comenzó a seguirla, no sin cierta inquietud.

A mediodía llegamos a Huayrurán. En la orilla del río que mordía la base de la quebrada había una vivienda con gallinero y cuadra. Un mestizo salió a recibirnos, acompañado de su mujer india y de varios rapaces. Era un pequeño propietario de la región amigo de Leonardo. Se llamaba don Casildo. Jisha había salido de San Gabriel una hora antes que nosotros para prevenirlo y sobre la amplia mesa que corría bajo la enramada se veían porongos de chicha, papas sancochadas, ají y muchos platos con cancha. Todos los jinetes habían desmontado y se lanzaron ávidamente sobre este aperitivo. Don Casildo decía que su mujer estaba preparando unos cuyes de chuparse los dedos.

Luego de un breve descanso, Leonardo decidió cruzar el río y empezar la persecución de los venados. Los comerciantes de Huamachuco y el gobernador de Cachicadán fueron de la misma opinión y, envalentonados por la chicha, revisaron sus escopetas y lanzaron sus caballos a través de la corriente. Felipe y Tuset quedaron en el solar, acompañando a las mujeres.

Don Casildo tocaba la guitarra y mientras esperábamos el retorno de los cazadores nos entretuvo cantando huainos festivos y coplas de muleros. Pronto se organizó una pequeña fiesta y los zapateos removieron la tierra. Lola resultó una avezada bailarina, que despertó los celos de Leticia. Al recogerse la falda para girar, enseñaba sus rodillas redondas, tostadas por el sol, y el comienzo de un muslo robusto, que el ojo de Felipe observaba sin descanso. La chicha corría a raudales y hasta Leticia estaba un poco aturdida. Solamente Jacinto permanecía abatido, oculto en la penumbra de un rincón. En un momento se adelantó y le pidió la

guitarra a don Casildo y sus dedos, rasgando las cuerdas, pusieron en medio del jolgorio una inmensa pausa dolorida. Todos habíamos escuchado alelados, y cuando terminó le aplaudimos con tal entusiasmo que Jacinto se confundió y abandonó el cuarto.

Ese fue el signo del desbande. Tuset y Leticia salieron por un lado, Felipe y Lola por otro. Me quedé solo, al lado de los dueños de la casa y de Ollanta. Al júbilo había sucedido el sopor. Pesaba un aire de siesta. Tratando de encontrar un sitio donde reposar, salí al campo.

Cerca de la cuadra encontré a Jacinto sentado en una tapia, la mirada perdida en los cerros, de los cuales venía, de cuando en cuando, una detonación.

—Es mala hora para cazar... —murmuró—. Hay que hacerlo a las cinco de la mañana, cuando amanece. Entonces, los venados se despiertan y comienzan a recorrer el bosque por parejas, por grupos... Los machos van delante, olfateando el camino...

Durante largo rato siguió hablando, sin modular la voz, como si recitara un poema o una letanía. Solamente al escuchar unas risas detrás de él se contuvo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Eran Felipe y Lola, que se perdían entre los melocotoneros.

—¿Adónde irán? No hay que permitir que se vayan muy lejos.

—Déjalos —sugerí.

—No, vamos a buscarlos —repuso él saltando de la tapia.

Los dos ingresamos en la huerta. Jacinto dilataba las narices y extrajo su honda del bolsillo.

—Por acá debe haber palomas.

En la espesura de la huerta nos extraviamos. Yo me había entretenido en arrancar algunos abridores y pronto perdí de vista a Jacinto. Después de errar largo tiempo entre los frutales me detuve súbitamente. Había escuchado un rumor cerca de la tapia que marcaba el límite de la huerta. Avanzando con sigilo alcancé a divisar a Felipe, con el dorso inclinado sobre la yerba. Lola estaba reclinada de espaldas, la falda resbalando sobre sus muslos. Sus manos contenían fuertemente a las de Felipe, pero no lograban impedir la acción de su cabeza, que se abatía en movimientos ágiles sobre su cuello. Quedé largo rato contemplando ese juego. La resistencia de Lola me enervaba, como si fuera yo quien la sufriera. Hubiera querido que aflojara sus músculos y quedara inerme, como Julia, aquella tarde, sobre el alfalfar... Unos pasos me hicieron volver la cabeza. Era Jacinto que se aproximaba.

—¡Toma, estás acá! ¿Les has encontrado?

Yo le corté el paso.

—No hay nadie. Deben de haber saltado la tapia.

—Me lo imaginaba —dijo, y dando media vuelta, emprendió el retorno, con la cabeza caída.

Un gorrión, cantando en una rama, lo distrajo. Aprestando su honda, templó el elástico y le encajó un tiro preciso que le destrozó un ala. Recogiendo al pájaro lo puso en su mano y lo contempló desconcertado.

—Él no tiene la culpa —murmuró, mientras yo me alejaba.

Cuando me acerqué a la casa escuché la voz de Leticia, que hablaba con don Casildo.

—¿Así que tú tampoco crees que yo puedo cazar? Si mi papá me hubiera dejado ir, le hubiera metido un tiro al venado entre los dos ojos.

Al verme quedó silenciosa. Cogiendo la guitarra comenzó a jugar con sus cuerdas. De la cocina venía un olor a guiso que excitaba el apetito.

—¿Dónde está Tuset? —le pregunté.

—Se ha quedado dormido en el bosque.

—La chicha da mucho sueño —comentó don Casildo, e ingresó en la cocina.

Al encontrarse a solas conmigo, Leticia colgó la guitarra y salió a la enramada, su carabina en la mano.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—¡Qué te importa!

Cerca de la casa había un centenar de eucaliptos que formaban un reducto espeso.

—No me sigas —dijo Leticia, volviéndose hacia mí. A pesar de ello la alcancé.

—Quiero decirte una cosa —comencé.

—Tú siempre dices cosas aburridas o estúpidas.

—He venido expresamente de la mina para hacer las paces contigo.

—¿Y por qué las paces? Nosotros no estamos peleados.

—A veces me parece que sí... A veces me parece que me odiaras.

Leticia se echó a reír con tanta desenvoltura que me desarmó.

—¡Qué iluso eres! Yo no tengo tiempo de odiar a nadie. ¡Y no me vuelvas a hablar! Si quieres que te permita estar a mi lado, cierra la boca —y se internó en el bosquecillo.

Yo la seguía a pocos pasos, sintiendo crujir la hojarasca bajo sus botas. Caminaba con cautela, mirando entre los árboles, como acechando una presa. De pronto se llevó el índice a la boca.

—Allí está —susurró, y me señaló a Tuset que, recostado contra un árbol, el sombrero sobre la frente, roncaba con placidez. Durante largo rato lo contempló con esa expresión petulante que ponía en sus labios casi una palabra de insulto.

—Me ha provocado hacer una cosa —murmuró de pronto—. Me ha provocado dispararle un perdigón.

—¿Estás loca?

—No —respondió levantando la carabina—. Yo siempre hablo en serio. Lo voy a despertar de un tiro.

Yo quedé paralizado: el gesto con que Leticia se encaraba la carabina era igualmente fiero, igualmente incontenible y casi instintivo, al que Jacinto, minutos antes, adoptara para abatir al gorrión. El aire de familia fue instantáneo. Cuando Leticia oprimió el gatillo y Tuset gritó, la carabina cayó de sus manos. Yo le di la espalda y hui hacia la casa.

Felipe y Lola regresaban en ese momento, briznas de yerba adheridas a la ropa. Mi rostro debía estar descompuesto porque Felipe avanzó un poco hacia mí.

—¿Qué pasa?

—¡A Tuset le ha entrado un perdigón!

Felipe se dirigió a pasos rápidos hacia el bosque. Yo quedé frente a Lola. La gravedad, el cansancio que expresaba su semblante me recordaron nuevamente al de la madre de Jacinto. Estas extrañas correspondencias entre los rostros, entre los ademanes, me turbaron. Me creí alucinado.

—Me voy —dije avanzando hacia la cuadra.

—¿Cómo? ¿No esperas a los cazadores?

—Estoy harto de cacerías —añadí, y saltando sobre mi mula tomé el camino de San Gabriel.

A la hacienda llegué cuando atardecía. El patio estaba desierto. Sentándome bajo una

arcada traté de poner un poco de orden en mis sentimientos. La vida en San Gabriel comenzaba a parecerme indigna. En el trayecto había tomado una serie de resoluciones, muchas de ellas contradictorias, que una inercia congénita me impedía poner en práctica. Pensaba que sería necesario pasar una temporada en Trujillo. Pero Leonardo aún no me había pagado mi sueldo por el trabajo en la mina. Tal vez era mejor esperar. Después del noviazgo de Leticia la situación quizás mejoraría.

La casa estaba solitaria y comencé a recorrerla. Sus gruesas paredes silenciosas, la penumbra de sus corredores, ejercían sobre mí un hechizo singular. Esa construcción debía de ser muy antigua, databa probablemente de la época de la colonia. El piso era de ladrillo, las puertas estaban gastadas y lustrosas por el uso. Muchas generaciones de terratenientes debían de haberse sucedido bajo ese techo. Leonardo era solo el epígono de una vieja casta. Había en su gravedad, en sus modales, algo de gran señor sobreviviente y desesperado. Marica era el lazo con la tradición. Si ella pudiera hablar contaría seguramente historias terribles.

Sin darme cuenta me encontré, de pronto, en el terrado. Bajo el hato de paja donde en una ocasión me entrevistara con Leticia, descubrí una serie de utensilios extraños: el puñal de madera, unos anteojos, lápices, un cuaderno con dibujos. Comprendí, entonces, que Leticia debía de haber escondido esos objetos allí para librarlos de la curiosidad ajena. Aquel lugar debía de ser algo así como su torre encantada donde ella acudía a revivir los sueños de su infancia.

Cuando descendí, al pasar junto al comedor, sentí un profundo suspiro. Desde el umbral distinguí a mi tía Ema, sentada a la cabecera de la enorme mesa, solitaria, la barbilla apoyada en la mano. La luz del crepúsculo que penetraba por el balcón ponía en su expresión un juego de sombras que la volvían increíblemente vieja. Tan ensimismada se encontraba que no advirtió mi presencia. Me aparté de ese lugar consternado.

Hacía mucho tiempo que había oscurecido cuando en el sendero se escuchó el ruido de una gran cabalgata. Asomándome a la ventana vi el tropel de los excursionistas que penetraban en el portón. La vida renació en el patio de San Gabriel.

Durante la cena solo se habló de la cacería, de los tres venados que yo había visto en la cocina, los ojos vidriados, la fina lengua encarnada asomando entre los dientes blancos. Tuset estaba exaltado. Para extraerle el perdigón del brazo le habían dado medio litro de aguardiente y al lado de Leticia, sin memoria del accidente, era el hombre más feliz de la noche.

Cuando más tarde, en la sala, se avecinaba la hora del baile, una figura apareció en el umbral. Era el sordo, con el poncho rasgado y la bufanda colgándole de la cabeza como una venda. Apenas Leonardo lo vio se acercó a él y ambos se perdieron por el corredor. Poco después Leonardo reapareció, el ceño encrespado, y llamó a Felipe. Los dos se retiraron discutiendo en alta voz.

La pequeña revuelta

Debía de haber sucedido algo muy grave. Al día siguiente, durante el curso de la mañana, Leonardo, Felipe y el sordo tuvieron una larga entrevista en el escritorio. El sordo protestaba diciendo que no quería regresar a la mina y Felipe lo abrumaba con injurias.

—¡Pues entonces iré yo! Ya verás cómo tratar a esa gente. A los peones hay que manejarlos a patadas, si no se nos trepan hasta el codo.

Leonardo le recomendaba calma, pero Felipe no admitía razones.

—Denle una escopeta al negro Reynaldo y los dos subiremos a la mina. ¡Y habrá jaleo, te lo juro!

La discusión continuó hasta mediodía. Luego Felipe apareció en el dormitorio, el rostro congestionado. Sus esfuerzos por eludir mis preguntas fueron vanos. Su propia excitación lo obligó a hablar.

—Los peones se emborracharon y quisieron atacar al capataz. A este le entró miedo y lo primero que hizo fue saltar sobre su mula y picarla para la hacienda. Yo ya lo decía: a ese sordo se lo iban a comer vivo. Hay que tener los pantalones bien puestos.

—¿Y por qué lo atacaron?

—¡Tú no conoces a esa gente! Cuando los indios se emborrachan se ponen pesados, exactamente como nosotros, con la diferencia de que son más numerosos y, por lo tanto, peores. Debe de haber sido por lo del accidente, durante el velorio.

Recordé que durante mi permanencia en la mina los peones me habían preguntado varias veces por el «Colorado», como le decían a Felipe. Todos le tenían ojeriza. La violencia de su carácter había dejado entre ellos muchos malos recuerdos.

—Lo peor de todo es que tengo muchas cosas que hacer en San Gabriel —suspiró Felipe—. Pero de todas maneras subiré mañana. Una advertencia: no digas nada a las mujeres.

Poco antes del almuerzo, estando yo en el patio, Lola se me acercó y me tomó del brazo. Se la veía inquieta, a pesar de lo cual, para disimularlo, canturreaba entre labios con una voz muy fina.

—Vamos a conversar —me dijo, conduciéndome a su dormitorio.

Cuando ingresamos, Leticia estaba extendida en su cama, los brazos debajo de la nuca. Tenía un camisón de dormir extremadamente ligero que se le adhería al cuerpo como una gasa. Al verme cerró los ojos y fingió dormir.

Lola comenzó a hablarme de su vida en «Los Naranjos», como se llamaba la hacienda de su madre. Al hacerlo, se había reclinado sobre la almohada y asumía modales lánguidos que me confundían. Sus ojos me exploraban con amistad, con una condescendencia casi maternal. Yo me sentía mal en su presencia, y no dejaba de observar la forma como su busto se inflaba cada vez que un suspiro interrumpía su relato. Me irritaba, sobre todo, el que me considerara inmune a la provocación. Apenas la atendía. Evocaba su imagen sobre la hierba, el día anterior, al pie de los melocotoneros, y sentía envidia por Felipe.

—¿Qué cosa es lo que sucede? —me preguntó de pronto—. ¿Por qué todos están tan nerviosos?

—No sé —repliqué.

—Algo debe de haber pasado. ¿Ese hombre que vino ayer, no es el capataz? He oído decir que Felipe va a subir
a la mina.

—Quizás.

Lola se dio cuenta de que mi reserva era forzada y cambió de tema. Comenzó a preguntarme por mi vida en Lima. Presentí que me estaba tendiendo una emboscada.

—¿Conoces a tía Herminia? —dijo al fin.

—He vivido tres meses en su casa.

—¿Es cierto que es bastante vieja? Felipe dice que es mayor que él, y que es un lío estar casado con una cincuentona.

—Tal vez. Hasta tiene canas.

Lola quedó pensativa.

—Felipe no la quiere —murmuró—. Dice que es muy renegona, que todo el día no hace otra cosa que chillar.

En ese momento entró Ema. En su rostro había esa mascarilla de impertinencia que siempre adoptaba cuando estaba resuelta a poner en práctica su autoridad, su malicia o su mala fe. Un rato se paseó por el cuarto sobre sus altos tacones. Por último se acercó a Leticia y comenzó a resondrarla por estar aún acostada.

—¡Tuset está en la sala preguntando por ti!

Lola había quedado callada. En el silencio que se hizo sentí que la atmósfera se cargaba de violencia, de malestar. Tuve la tentación de retirarme, pero la presencia de las mujeres, al mismo tiempo que me rechazaba, me retenía. Tenía curiosidad por saber qué podrían decirse a la sombra de los grandes testigos.

—¿Y qué tal estuvo la cacería? —preguntó Ema dirigiéndose a Lola—. No me has contado nada.

—Estuvo bien —respondió secamente Lola.

—Tú no cruzaste el río, ¿verdad? Felipe tampoco... Ah, el pobre Felipe desde que se fue la «gringa» ha perdido la puntería.

Lola se había puesto encarnada.

—Así son los hombres —prosiguió Ema—. Cuando se les va la mujer quedan hechos unos tontos. Yo creo que la «gringa» le dio chamico o alguna otra cosa por el estilo. Ah, pero es verdad, tú no conociste a la «gringa».

—No —dijo Lola.

—Era una mujer horrible. No sé cómo Felipe pudo haberse enamorado de ella. No tiene ni pizca de gusto, el hombre. Así deben de ser de feas todas las mujeres que tiene en Trujillo. ¿No es verdad? —preguntó, dirigiéndose a mí.

El hecho de que me tomara como garante de sus intrigas me irritó.

—¡No conozco a nadie! —respondí.

—¡Ah, te haces el zonzo! Conque quieres apañarlo, ¿no? Pero yo he visto las fotos de ellas y Felipe me ha leído hasta las cartas. En realidad, yo creo que él no las toma en serio. Es un mujeriego y nada más.

Lola se levantó. Tenía el rostro descompuesto.

—Voy a tomar un poco de sol —dijo, y se dirigió al patio.

Ema la siguió con la vista y cuando la vio desaparecer rompió a reír con tanta fuerza que lloró a lágrima viva.

—¡La muy pícara! Y todavía se hace la inocente cuando ya puede comer con su propia mano. No veo las horas de que se vaya a sus montañas... Y eso de los ataques es un embuste. Los finge para que le hagan masajes en el pecho y para sacarle plata a su padre...

Durante un rato siguió hablando, dirigiéndose tan pronto a mí como a Leticia, que continuaba tendida, los ojos entrecerrados. Al ver la poca audiencia que merecían sus palabras, se retiró refunfuñando.

Quedé ovillado en la cama de Lola. La representación de Ema no dejaba de asombrarme. Nunca la había visto tan fuera de sí, acompañando sus gritos de ademanes tan groseros. Hubiera querido salir para buscar a Lola y hacer causa común con ella, pero la presencia de Leticia me detenía. La indiferencia con que había asistido a toda la escena, sin dignarse abrir los ojos, era alarmante. Yo la interpretaba como un signo de insensibilidad.

—Las cosas andan mal... —dijo, de pronto, sin moverse de la cama.

Su voz tuvo un tono de adultez que no le conocía.

—Creí que estabas dormida —observé.

—Sabías que estaba despierta, ¿por qué mientes? Te he visto mirar a Lola con la boca abierta, luego a mi mamá. Lo único que haces es mirar. A mí también me has mirado. Parece que nunca has visto una camisa de noche.

Levantándose, dio unos pasos por la habitación y quedó inmóvil, con los brazos cruzados.

—Las cosas andan mal. Hace mucho tiempo que lo he notado. Desde que tú llegaste. Has traído la mala suerte.

—Por eso me iré de aquí cuanto antes.

—Sería lo mejor. Pero, ¿adónde vas a ir? ¿Acaso tienes casa? ¿Acaso tienes amigos? A veces me das pena.

En ese momento no supe si creerle. La experiencia me había vuelto desconfiado.

—Pero ¿hablas de verdad? —pregunté.

—Yo siempre hablo de verdad. ¿Te acuerdas ayer en Huayrurán, cuando apreté el gatillo? ¡Pobre Tuset! Deberías ir a verlo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Por nada, porque se me antojó. Pero ya es tiempo de cambiar, ¿tú no lo crees? De ahora en adelante voy a cambiar. Me aburro de ser siempre igual... Fíjate, me voy a pintar un lunar.

—¿Para qué?

—Mientras dure el lunar sobre mi cara seré una mujer distinta. Te juro que no me conocerás.

—El lunar no durará.

—Es posible, quizás no dure ni siquiera una mañana...

Quedamos silenciosos. Yo no cesaba de contemplar a Leticia. Advertía en ella, por primera vez, algo de exquisito, de inverosímil, de irreductible a toda definición. Yo apretaba la boca porque sabía que si no mediaba ese esfuerzo sería capaz de decir disparates o de gritar. La emoción debía poner en mis labios algo de convulsivo porque Leticia, a su vez, me examinaba con perplejidad.

—Parece —dijo—, parece que fueras a llorar.

Eso era lo que sentía: un nudo de lágrimas en la garganta. Las hubiera dejado correr si es que Leticia no lo advirtiera. Desde el centro de la habitación me amenazó con el dedo.

—Lamentaciones a la otra esquina. Anda, vete que me voy a vestir.

La obedecí sin objeción y me retiré en puntas de pie como si temiera destruir un hechizo.

El almuerzo fue penoso. Lola estaba meditabunda y apenas podía tragar un bocado de comida. Felipe, a su lado, se desvivía por divertirla y al no conseguirlo comenzaba a perder la paciencia. Leonardo estaba ceñudo y silencioso. Ema, desde la cabecera, sonreía para sí y parecía festejar una victoria secreta. Jacinto, en un rincón, oponía al rumor impreciso de la conversación su rostro imperturbable de yeso. Pero era sobre todo Leticia la que estaba irreconocible. En su mejilla derecha tenía un enorme lunar, y atendía a Tuset con una inhabitual solicitud. Solo tenía ojos para él y se encargaba ella misma de pelarle su fruta y llenarle su copa.

Un pequeño detalle no dejó de sorprenderme. Yo había notado desde el día anterior que uno de los comerciantes de Huamachuco miraba con cierta insistencia a Tuset. Hubo un momento en que no pudo más y, alzando la voz, le preguntó si había estado alguna vez en Huamachuco.

—No —respondió Tuset secamente, y volviendo la cara hacia Leticia prosiguió su conversación.

El comerciante quedó mirándolo un rato con esa expresión estúpida del hombre a quien demuestran un absurdo.

Hacia el atardecer Felipe y yo estábamos en el dormitorio. El mal humor de mi tío no había hecho sino crecer después del almuerzo. Repetidas veces Lola había rehuido su compañía para reunirse con Jacinto o Leonardo y, por último, se había encerrado en la sala para jugar a los naipes con un grupo de huéspedes. Felipe, quien a pesar de su experiencia con las mujeres era expeditivo y no entraba en sutilezas, había abandonado la partida y furioso hablaba de un viaje a Trujillo, de unas vacaciones a Lima. En ese momento Jisha penetró en el cuarto y le dijo que un grupo de mineros preguntaba por él.

—¡Caramba! —exclamó Felipe, y calándose el som-brero salió al patio.

Yo lo seguí. Cerca de la puerta falsa distinguí a Parián, a Molina y a una docena de peones que conociera en la mina. Eran, en su mayoría, los más viejos, los que hablaban español. Dos mujeres los acompañaban. Felipe avanzaba hacia ellos marcando el paso, el mentón levantado, con su aire típico de hombre de carácter. Yo me retrasé y me quedé a una veintena de pasos, observándolo.

Cuando llegó al centro del grupo, los indios se quitaron los sombreros y arquearon el espinazo. Felipe empezó a gritar, levantando un puño cerrado. Su amonestación era cada vez más enérgica. De pronto, en breves segundos, la situación cambió. Parián extrajo un costal de debajo de su poncho y con un movimiento hábil se lo introdujo a Felipe por encima de la cabeza. Luego vi caer a Felipe bajo una lluvia de golpes.

Mi primera intención fue correr en su auxilio, pero el miedo me paralizó. Retrocediendo, me precipité hacia la sala. Leonardo y sus amigos conversaban, bebían, jugaban a las cartas.

—¡Están matando a Felipe! —fue lo único que atiné a decir.

Leonardo saltó fuera de la habitación, seguido de los más decididos. Tía Ema lo acompañaba.

—¡Corre el cerrojo a los portones! —me gritó Leonardo mientras cruzaba el patio.

Cuando me dirigí a cerrar la puerta principal vi que Reynaldo, Jacinto y otra gente de la hacienda convergían desde diferentes puntos al lugar de la brega.

Para cerrar la puerta falsa tuve que cruzar el ángulo del patio donde se desarrollaba la

lucha. Era una confusión de sombreros, de ponchos, de botas que rasgaban el aire, de aullidos, de estertores. Algunos indios estaban armados con garrotes. Reynaldo blandía la tranca de una puerta. Con el rabillo del ojo vi que Felipe, liberado del costal, la frente ensangrentada, estrellaba sus puños en la cabeza de Molina, mientras una india lo tiraba del cuello. Cuando pude cerrar la puerta el combate proseguía. Sus resultados eran inciertos. Jacinto luchaba a brazo partido con un peón. Tía Ema corría de un lado para otro, dando un golpe por aquí, un arañón por allá. Leticia, refugiada bajo un umbral, mordiéndose los dedos, presenciaba la riña, y a veces avanzaba un pie hacia delante como si se aprestara a huir o a intervenir. El gobernador de Cachicadán hacía molinetes con su bastón y sus impactos eran demoledores. Leonardo había corrido hacia la armería. Uno de los comerciantes se arrastraba por el pasillo, sangrando por la nariz.

Al caer la noche el combate estaba definido.

Algunos revoltosos se habían rendido. Otros huyeron hacia las puertas y fueron atrapados con las manos en los cerrojos y molidos a patadas. El único que resistió hasta el final fue Parián. Cuando ya sus compañeros eran introducidos al calabozo por Tuset y Leonardo, que portaban fusiles, él pretendió revolverse y alcanzó a Felipe con un golpe de través. La pelea se reinició entre los dos solos. Trenzados, rodaron por el patio; levantándose, volvían a caer, se estrellaban contra las columnas, hacían crujir las puertas. En una de sus múltiples revolcadas Felipe se levantó y Parián quedó en el suelo. Estaba sin conocimiento. Entre dos personas lo condujeron cargado al calabozo.

Hasta medianoche Ema y Lola estuvieron curando a los heridos. La sala parecía el vestíbulo de un hospital. Todos los combatientes tenían contusiones, a excepción del sordo, quien solo intervino al final, pretextando que no había oído el griterío. El único grave era un comerciante de Huamachuco, que había perdido cuatro dientes de un garrotazo. Felipe tenía una herida en la cabeza, pero eran sobre todo sus puños los que habían sufrido. Bromeando decía que los indios tenían la quijadamuy dura.

La inquietud de Leonardo tardó mucho en disiparse. Temía que el resto de los mineros estuvieran merodeando por los alrededores y esperaran la madrugada para entrar por los tejados. Solamente se tranquilizó cuando un grupo armado inspeccionó los cuatro caminos de la hacienda sin encontrar trazas de personas.

Reforzándose los cerrojos de la prisión, se veló hasta el día siguiente.

Durante toda la noche estuvieron los detenidos desfilando por el escritorio para ser interrogados. Eran en total trece, incluyendo a las mujeres. La mayoría estaban magullados y daban elocuentes muestras de arrepentimiento. Le echaban la culpa a Parián, que los había emborrachado y traído con mañas a San Gabriel. Las mujeres lloraban y hacían escenas sublevantes. Muy pocos fueron los que formularon quejas directas que explicaban en parte el origen del motín. Decían que el sordo los trataba mal, los hacía trabajar hasta caída la noche y no les había permitido velar ni enterrar dignamente a su compañero difunto. El sordo se defendió de esos cargos y acusó a los indios de borrachos, de ladrones, de haber intentado asesinarlo. Al final declaró que no regresaría a la mina y que renunciaba a su puesto de capataz.

El resultado de todo esto fue que los trabajos de la mina fueron suspendidos. Parián —cuyas contusiones no le habían permitido salir del calabozo— y Molina fueron retenidos. Al resto se les liquidó del libro de planillas, a pesar de que algunos se tiraron al suelo y rogaron continuar en el trabajo. Leonardo fue inflexible. Un mensajero fue enviado a la obra a comunicar la suspensión de los trabajos hasta la llegada de un nuevo capataz.

Yo asistí a todas estas escenas dominado por una multitud de sentimientos ambiguos. Durante el curso de la contienda —en la cual me abstuve de intervenir por temor, no por imparcialidad— me había aterrado la idea de que los revoltosos pudieran imponerse. Apenas osaba imaginar lo que entonces hubiera sucedido. Leonardo decía que todos hubiéramos sido degollados. Yo había deseado vivamente el triunfo de la gente de la hacienda y no sin cierta perversidad vi caer a Parián abatido por los golpes de Felipe. Después de todo, era la suerte de las personas con quienes convivía, de quienes me trataban como uno de los suyos, la que se jugaba en ese momento. Era mi propia suerte y por esto el resultado me aliviaba, si bien no lograba enardecerme.

Fue solo después, en el curso de los interrogatorios, al ver a Parián inmovilizado en la cárcel con las costillas fracturadas, cuando comencé a dudar de la legitimidad de aquella victoria. Yo no aprobaba esa sublevación, pero era capaz de comprenderla. En ella había algo de desesperado, de heroico y al mismo tiempo de necesario. Lo que más me extrañaba era que no se hubiera producido antes. Los indios eran indolentes, aceptaban su suerte con una resignada fatalidad, pero al influjo de circunstancias, donde intervenían la embriaguez y la ira acumulada, la conciencia de su destino y el instinto de su fuerza, se volvían osados y eran capaces de las más feroces represalias. Jacinto me hablaba de un levantamiento ocurrido hacía tres años en una hacienda vecina, en el cual el administrador y su familia fueron masacrados.

—Cada cierto tiempo pasa esto —decía—. Hoy por aquí, mañana por allá... Felizmente nunca se ponen todos de acuerdo, porque entonces no quedaría un solo hombre con barba por estos lugares. Pero esto no lo veremos nosotros, ni lo verán quizás nuestros hijos. Es mejor así, ¿no te parece? No me gustan las carnicerías, por justos que sean sus motivos. Prefiero ocuparme de los motores.

Al tercer día la situación se normalizó y, como se aproximaba la época de la cosecha, Leonardo decidió partir para Angasmarca, a fin de reclutar la mano de obra. Lo acompañaban

el gobernador y Tuset, quien se dirigía a Santiago con el objeto de ultimar los preparativos del noviazgo. Leticia, a última hora, resolvió sumarse a la caravana. Acompañar un trecho a Tuset era solo un pretexto, pues lo que en realidad pretendía era pasar una noche en Cachicadán y bañarse en sus aguas termales. Después del almuerzo los jinetes partieron. Felipe, Lola y yo los despedimos en el portón.

Esa misma tarde, los tres hicimos un paseo hasta el molino de agua, situado en una cuesta cercana de la casa. Este lugar era uno de los más hermosos de la hacienda. El agua era traída desde la laguna por medio de un acueducto de madera que volaba sobre las quebradas y los caminos, sostenido sobre los altos postes de eucalipto. El viejo molino de piedra vibraba todo con el movimiento de la rueda y su temblor se escuchaba a cien metros de distancia. Sus compartimientos estaban atestados de sacos de trigo y la harina blanqueaba las paredes.

Lola, después del motín, había terminado por aceptar nuevamente el asedio de Felipe, pero con aparente ligereza, jugando una hábil comedia que consistía en mostrarse, alternativamente, invitadora y esquiva. Durante todo el paseo no hizo otra cosa que provocar las galanterías de Felipe para desdeñarlas luego o incitar avances que no correspondía. Felipe, frente a esta conducta frívola, pero, en el fondo, rencorosa, parecía un poco despistado. Cuando regresábamos, sin embargo, la situación cambió. Alguna maniobra debió realizar Felipe, aprovechando mis distracciones, porque de vuelta a la casa había recobrado su señorío. Lola, en cambio, se encontraba insegura. Como hacía un poco de frío, se desprendió del brazo de Felipe para envolverse en su manta. Al atravesar el portón murmuró, hablando para sí:

—Leonardo y Leticia no regresarán hasta mañana. Voy a tener que pasar la noche sola.

Felipe no contestó. Lo vi acariciarse el bigote como protegiendo un gesto risueño de sus labios. Llegando a la casa se dirigió resueltamente hacia la sala, sin mirar siquiera a Lola, que se refugiaba suspirando en su dormitorio.

La partida de Leonardo no alteró la rutina de San Gabriel, porque esa noche se bebió y se bailó como de costumbre. Jacinto, aprovechando la falta de vigilancia y creyendo, además, actuar en representación de su hermano, agasajaba a los huéspedes con grandes vasos de aguardiente. Regresando del paseo lo encontré bastante picado y animado de una verba poco común. La presencia de Leonardo, por lo general, lo cohibía, lo confinaba a la situación de segundón, pero en su ausencia pasaba a primer plano y él obtenía un partido exagerado de esta coyuntura. Se daba el lujo de dar órdenes a la servidumbre, de disponer libremente de la bodega y de hablar de los problemas de la hacienda con la enjundia de un redomado chacarero. Las personas extrañas, al principio, lo escuchaban con respeto, porque la seriedad de su expresión sorprendía. Además, él siempre empezaba sus discursos con esa lógica irrebatible que consiste en expresarse mediante lugares comunes. Pero al poco rato, cuando su exposición se prolongaba, se producían algunas lagunas en su inteligencia y los desvaríos comenzaban. Los comerciantes, esa noche, lo escuchaban desconcertados, no sabiendo si tomarlo en serio o echarse a reír.

Al distinguir a Felipe lo abrazó ruidosamente y lo introdujo en el grupo.

—¡Yo te quiero mucho! —exclamó—. ¡Tú eres el más valiente de todos! ¡El otro día diste los mejores puñetazos...! ¿Y te acuerdas cuando le rompiste las narices a Daniel? ¡Señores, con Felipe nadie puede! Una vez, por culpa de una mujer...

Felipe lo interrumpió. Se dio cuenta de que Jacinto estaba al borde de la embriaguez.

—Los aburres con esos cuentos. Háblales más bien de tu mandolina. O tócanos mejor

una pieza.

Jacinto se embarcó en un discurso sobre la música, pero al observar las botas de Felipe se contuvo.

—¿Has estado en el molino? Seguramente con Lola. Claro, tú y Lola, los dos, bueno, quiero decir que los dos...

Felipe hizo un gesto de impaciencia y, para evitar las impertinencias de Jacinto, se aproximó a Ema y la sacó a bailar. Ema estaba de buen humor y ni aun la aparición de Lola en la sala —se había puesto un traje de ciudad— la hizo cambiar. Al verla, por el contrario, la atrajo hacia sí con zalamerías y se arriesgó a besarla en la mejilla.

—Estás hecha un figurín. Pareces una limeña.

Yo me acerqué al grupo de los huéspedes. Había divisado al comerciante que en una ocasión le preguntó a Tuset si era de Huamachuco. La cara que puso al recibir una respuesta negativa se me había quedado grabada. Empecé a hablar con él y pronto me ingenié para desviar la conversación hacia la pareja de futuros novios.

—Dentro de una semana cambiarán aros —le dije—. Él ha ido a Santiago para traer a su padre, que ha sido nombrado alcalde.

Solamente cuando le pregunté si había conocido antes a Tuset me miró con desconfianza.

—No sé —me contestó—. Me debo de haber equivocado. Pero juraría que lo he visto antes en Huamacho. De esto hace más de un año.

A pesar de mis esfuerzos no dijo una palabra más. Antes bien se alejó de mí, como si mis preguntas lo incomodaran. Yo busqué con la mirada a Jacinto, cuya voz se había dejado de escuchar. Tal vez él hubiera recibido en este sentido alguna confidencia. Estaba sentado al lado de la victrola, la mirada fija en el centro de la sala y la boca torcida con un gesto peculiar que le daba un aspecto de máscara dolorosa. Parecía derrumbado y cuando me acerqué a él no me concedió atención. Me di cuenta de que miraba a Lola y a Felipe, que no dejaban de bailar. Estaban tocando un pasodoble. Cada vez que el disco terminaba Felipe corría al aparato y lo volvía a poner. Los dos giraban vertiginosamente, y su alegría, su despreocupación aumentaba, por contraste, la expresión desolada y el nerviosismo de Jacinto.

—Esta música, esta música... —lo oí repetir entre dientes—. Es como un gusano que se me hubiera metido en el oído... Esta música...

Cuando Felipe se acercó para poner nuevamente el disco, Jacinto levantó una mano y lo aferró por la muñeca. Su ademán fue tan rápido que Felipe quedó desconcertado. Como la mano no lo soltara, hizo un movimiento enérgico con el antebrazo y se desprendió de ella. El pasodoble comenzó a sonar otra vez. Entonces Jacinto se levantó y de un manotazo corrió la aguja sobre el disco. Un chirrido espantoso sucedió a la música e interrumpió las conversaciones. En el silencio subsiguiente se escuchó el ruido de un disco haciéndose trizas contra el suelo.

La mirada imperiosa con que Felipe se volvió me distrajo un momento, pero luego fue la expresión de Jacinto la que me retuvo. Sus ojos celestes eran dos billas de acero encerradas en un círculo rojo. Yo había visto esa mirada en los perros apestados, en los grandes pájaros carnívoros.

—¡A dormir! —gritaba golpeando con el puño el platillo de la victrola—. ¡Que se metan todos en la cama! ¡Juntos, revueltos, a la cama!

Los discos comenzaron a volar. Unos cruzaban el aire y se estrellaban contra las paredes. Otros salieron despedidos por la ventana y cayeron lejos, en las acequias del camino.

Felipe se había precipitado sobre Jacinto y, cogiéndolo de la chompa, lo aventó contra la pared. Su cabeza avanzó con tanta resolución que creí que le iba a reventar las narices.

—¡Chupas como una mula cuando no puedes ni oler una botella! ¡Con doble vuelta de llave te vamos a encerrar!

Jacinto alzó los brazos y, dejando escapar un grito, atenazó a Felipe por el cuello. La victrola se tambaleó. Ambos cayeron al suelo.

Varios huéspedes y yo nos lanzamos sobre ellos para separarlos. Estaban tan profundamente trenzados que, de pronto, me quedé con una bota de Felipe entre las manos. Al fin logramos desunirlos. Jacinto berreaba echando lágrimas y salivazos.

—¡Aníbal, Aníbal! —chillaba, debatiéndose entre nuestros brazos.

Felipe, en un rincón, se frotaba el cuello.

—Esta bestia me ha metido las uñas —decía, mientras Ema lo atendía.

Después de lanzar una serie de incoherencias, Jacinto quedó callado, los brazos pendientes, la mirada extraviada.

—Aníbal... —susurró y nos miró uno a uno como si buscara un rostro—. ¿Dónde está Aníbal?

—Deben llevarlo a su cuarto —sugirió Ema.

Jacinto inclinó la cabeza sobre un brazo y comenzó a llorar.

—Al matadero, al matadero... —decía—. Me llevarán al matadero...

—Debe ir a su cuarto —dijo Felipe dando un paso.

—Mejor tú no lo toques —intervino Ema—. Entre Lucho y yo lo llevaremos.

Jacinto había levantado la cara y, a pesar de que las lágrimas continuaban resbalando, sonreía torciendo la boca dolorosamente hacia una oreja, como bajo el efecto de una contracción nerviosa. Esa misma expresión conservó mientras Ema y yo lo conducíamos a su cuarto. Ema corrió el cerrojo de la ventana y al salir trancó la puerta.

—Aníbal es su hermano menor, el que murió —dijo Ema, mientras regresábamos a la sala—. Se desbarrancó en la época en que se viajaba a Trujillo en caballo. Estaba un poco trastornado y lo llevaban donde el médico.

La reunión se disolvió en pocos minutos. Ema se fue a acostar y los huéspedes la imitaron luego de haberse cerciorado si Jacinto estaba a buen recaudo. Lola y Felipe quedaron un rato en la sala.

—No queda música para seguir bailando —observó Felipe, pateando con sus botas los pedazos de discos rotos.

Lola estaba muy pálida y no se atrevía a levantar la mirada.

—Me voy a acostar —dijo, y abandonó la sala.

Felipe quedó pensativo, con las manos en los bolsillos. Al reparar en mi presencia encrespó el ceño.

—Y tú, ¿qué haces aquí? Deberías irte a la cama.

—No tengo sueño —contesté.

—Debes estar enamorado.

Pasándome un brazo por el cuello me condujo hacia el dormitorio.

—Ya es hora de dormir —decía—. Después de un escándalo de estos no hay nada mejor que un buen sueño.

Felipe tardó mucho en apagar la luz. Durante mucho rato lo sentí revolverse en la cama.

Yo no había escuchado caer sus botas, por lo cual supuse que estaba aún vestido. Su insomnio era contagioso y, además, Jacinto tampoco dormía, porque a través de la pared sus pisadas resonaban. El resplandor de una cerilla me indicó que Felipe fumaba. Muchas otras cerillas se sucedieron. Como yo hiciera un poco de ruido sentí que me pasaba la voz.

—¿Estás despierto?

Yo no le contesté y quedé inmóvil bajo las cobijas. Los minutos se deslizaban con una lentitud atroz. A la media hora lo sentí levantarse y abrir la puerta del dormitorio. Una ráfaga de aire frío me golpeó la cara. La puerta se cerró.

De inmediato salté de la cama. Mi desvelo encontraba una justificación: había presentido que Felipe saldría. Al regresar del paseo, Lola había tenido frases claras sobre su soledad nocturna, que eran casi una invitación.

Descalzo me deslicé por el pasillo. En la penumbra vi la silueta de Felipe avanzando con sigilo. La puerta del cuarto de Lola era la tercera del claustro que conducía a la cocina. Por las ranuras salía un fleco de luz.

Lola tampoco dormía. Con gran sorpresa mía, sin embargo, Felipe cruzó de largo, sin sobrepararse siquiera, y se perdió en la profundidad del corredor que comunicaba con las habitaciones interiores. Apresurando el paso traté de ganar terreno para que sorbiera mi curiosidad hasta las heces de este espionaje. De pronto, una sombra surgió tan repentinamente que no pude contener un grito. Era Alfredo, en pijama como yo, que se interponía en mi camino.

—¿Adónde vas? —masculló levantando un brazo—. ¿Qué cosa buscas? ¡Anda, vete de aquí!

Su gesto era tan resuelto que comprendí que para avanzar hubiera tenido que librar una batalla. Sin decirle una palabra me di la vuelta y retorné al dormitorio.

Durante un rato permanecí despierto escuchando los pasos de Jacinto, pero pensando en el destino de Felipe.Me daba cuenta entonces de que una quinta persona debía estar desvelada, con ese desvelo tenaz que produce la espera. Y esta quinta persona debía ser tía Ema.

Un fugitivo

Leonardo llegó radiante de Angasmarca. Había logrado reclutar ciento veinte braceros, de modo que la mano de obra para su cosecha estaba asegurada. Le habían informado además que en Otuzco hacía dos días que llovía y ya el cielo de San Gabriel comenzaba a encapotarse. Estos sucesos mejoraban las perspectivas de la hacienda y permitían afrontar el porvenir con optimismo.

A poco de llegado, sin embargo, recibió la mala noticia del estado de Jacinto. Felipe le hizo una breve relación del incidente, en un tono gracioso, tratando de eximirse de toda responsabilidad.

—Estaba borracho como un caballo. Tuvimos que encerrarlo a la fuerza en su habitación.

Leonardo no hizo ningún comentario, pero era evidente que la nueva lo contrariaba. Más tarde, al cruzar delante de su escritorio, sentí que me pasaba la voz. Estaba solo, escarbando un alto de papeles.

—Quiero hablar contigo —dijo, sin interrumpir su trabajo—. He pensado que me puedes ser útil en la hacienda. La partida de Daniel me ha dejado sin contador. ¿Quieres encargarte de las cuentas de la cosecha? Hay miles de papeles que necesito ordenar. Naturalmente, te pagaré un sueldo. Lo que te debo de la mina se acumulará. Ahora me encuentro sin fondos.

Yo acogí su propuesta sin mucho entusiasmo. Hubiera preferido, en todo caso, un trabajo en el campo que me permitiera familiarizarme con la tierra. A pesar de mi larga residencia en San Gabriel yo continuaba siendo un ciudadano perdido en los potreros, que no sabía diferenciar la cebada del trigo y que veía solo paisajes donde los demás reconocían la metamorfosis de una fuerza maternal.

—Si te desempeñas bien —añadió— tal vez ocupes este cargo de una manera permanente. Después de todo, tú eres de los nuestros y debo ir pensando en tu porvenir.

No sé por qué esta declaración suya me produjo malestar. Mi reacción natural hubiera sido alegrarme desde que gran parte de mi angustia venía de mi inactividad y mi pereza. Pero quizás este mismo hecho de disponer de mi porvenir me fastidiaba. Mi porvenir era para mí mi único tesoro y yo lo respetaba a tal extremo que no me atrevía jamás a profanarlo con algún proyecto importante. Solo las pocas veces que era cegado por la pasión disponía groseramente de él y era capaz de consumirlo en el instante de un sueño. Pero habitualmente mi actitud natural era la espera. Yo la consideraba como una virtud que me permitía reconocer en cada suceso favorable un legado del destino.

Leonardo había quedado también silencioso, la mirada exánime sobre sus papeles. Cuando él se ensimismaba parecía sumergirse a cien brazas bajo la vida y lo único que quedaba de él en la superficie, como la chimenea de un barco que se hunde, era la punta humeante de su cigarrillo.

—Hay muchas cosas que me preocupan —dijo al fin—; lo de Jacinto, por ejemplo. ¿Por qué le permitieron beber tanto? Él no es belicoso, es incapaz de atacar a nadie... ¡No lo comprendo! ¿Tú estuviste cuando ocurrió el lío?

Yo le relaté las cosas tal como las había presenciado. Cuando mencioné el nombre de Aníbal sonrió con cierta melancolía.

—Aníbal siempre lo defendía cuando los chicos nos trompeábamos —explicó—. Los dos andaban siempre juntos, se comprendían sin cruzar una palabra. Mi madre y Aníbal murieron casi por la misma época. Eso fue terrible. Desde entonces Jacinto quedó mal. Jacinto es muy sensible. Lo que no comprendo es por qué le habrá cobrado antipatía a Felipe.

—¿No será por Lola? —sugerí.

—¿Qué tiene que ver Lola en esto?

—Lola se parece a los retratos..., se parece a su madre.

—¿Tú también lo has notado? —su mirada me exploró con desconfianza—. Debes saber una cosa: muchas de esas fotografías son en realidad de Lola, no de nuestra madre. Jacinto las sacó de mi álbum y ha confundido todo.

No había aún reaccionado ante esta revelación, cuando Leonardo añadió:

—Habrá que devolver a esta mujer cuanto antes a su chacra. Acompáñame a ver a Jacinto.

La habitación estaba en tinieblas. Cuando Leonardo abrió la ventana vimos a Jacinto descalzo, en pijama, acuclillado cerca de la cama. De inmediato se levantó y se puso de cara contra la pared. Mientras permanecimos en el cuarto él conservó esta posición y solo de cuando en cuando volteaba un poco la cabeza para mirarnos de soslayo. Era extraño: su barba había crecido rápidamente, como alimentada por el dolor o el sufrimiento.

—Salgamos —ordenó Leonardo.

Recorrimos el claustro silenciosos.

—Me temo que tenga que regresar al sanatorio —murmuró Leonardo, y se perdió en las habitaciones interiores.

Permanecí un rato en las arcadas viendo el atardecer. «Zarco», «Colla» y los demás perros de la hacienda corrían por el patio, vigilando el vuelo de los halcones. Pensaba en Jacinto, en su opresivo y triste destino. Su soledad me pareció horrible; horrible también su ausencia de mujer; pero peor aún la fatalidad de morir sin descendencia. Me decía que a veces bastaba un hijo para devolverle sentido y grandeza a la vida más inútil. Pero Jacinto tenía todas las apariencias de ser un fin de raza, una de esas tentativas donde la especie humana se extravía y se extingue.

Esta reflexión me produjo un estremecimiento. Sentía la necesidad de buscar a los otros, de refugiarme a la sombra de una conversación. Mi soledad comenzaba a parecerme como una enfermedad o un mal augurio. Me disponía a levantarme cuando vi a Leticia apoyada en una columna, a pocos pasos de mí. Sus apariciones eran siempre imprevistas. Yo estaba seguro de que surgía del viento, que tenía un pacto con las cosas.

—¿Qué piensas? —preguntó–. Hace rato que miras las nubes. Nunca hay que mirar mucho rato a las nubes ni a la luna, porque uno puede volverse loco.

Regresé la mirada al patio. Los perros se revolcaban en la tierra.

—Pienso que Jacinto no tendrá hijos.

—¡Siempre pensando en cosas raras, cuando hay cosas tan alegres en las cuales pensar!

Dando unos pasos se sentó a mi lado. Sus ojos exploraron el cielo.

—Va a llover.

Me volví hacia ella. Su rostro, en el atardecer, tenía una palidez nacarada, parecía hecho de una materia translúcida, como las mascarillas de cera. No era, sin embargo, una palidez enfermiza, como la de Alfredo, sino una palidez privilegiada: la palidez de la vida contenida y castigada por la delicadeza de las formas. Solamente el lunar ponía en su mejilla una nota

mundana.

—En los baños de Cachicadán no te debes haber lavado la cara —murmuré.

—¿Por qué? He estado más de media hora metida en la poza y salí porque ya estaba a punto de desmayarme.

—El lunar todavía no se te ha borrado.

Leticia se cogió la mejilla y sonrió.

—¡Qué necio eres! Todas las mañanas me lo vuelvo a pintar.

—Así nunca desaparecerá.

—Uno de estos días me olvidaré.

Quedé callado. Seguía oscureciendo. Las primeras gotas de lluvia cayeron levantando polvo.

—¿Tú quieres que desaparezca?

Volví a mirarla. En su pregunta no había ninguna malicia. Desde hacía algunos días la dulzura, la serenidad presidían todos sus actos.

—Quisiera que nunca desaparezca —contesté—. Has cumplido tu promesa de cambiar y ahora eres distinta. Siento como si te hubieras alejado de mí, pero eso no me importa. Eres mejor así y eso es suficiente.

Leticia quedó pensativa. Recogiendo sus piernas para protegerlas de la lluvia entrelazó sus dedos sobre sus rodillas. Su perfil se disolvía en la penumbra.

—Y te voy a decir algo más. Te voy a decir que si antes me molestaba que te pusieras de novia, ahora lo deseo, lo quiero verdaderamente. Sería muy triste que llegaras a la edad de Lola y siguieras soltera, sin saber qué hacer con tu vida, con tus manos, en fin, con todo lo tuyo.

—Yo también lo quiero —dijo Leticia—. Fíjate: tendré un enorme traje de novia. Su cola será tan larga que todos los sirvientes juntos no podrán sostenerla. La iglesia debe estar llena de flores y se verán muchos candelabros. Si tengo doce hijos los llamaré como los apóstoles. Si tengo catorce, como los incas. ¿Para qué tantos, sin embargo? Tres serán suficientes. ¡Serán los tres reyes magos!

Al decir esto rio con fuerza. Antes de que el eco le devolviera su voz, había quedado callada. El silencio se prolongó. Al mirar hacia su lado solo veía una profunda oscuridad. Estiré temerariamente la mano, con la certeza de que ya no estaba allí, de que solo tocaría un vacío que me haría daño. Contra mi previsión sentí la forma de su brazo. Leticia, en lugar de protestar, cogió mi mano entre las suyas y la colocó sobre su falda.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó. Con sus finas yemas me acariciaba los dedos—. Tienes una mano pequeña, una mano de mujer. Es casi como la mía. ¿Tú has visto las manos de mi papá o de Tuset? Son manos grandes, rojas, llenas de pelos. Son manos que han trabajado. Las tuyas, en cambio, parece que las hubieras tenido escondidas y las guardaras no sé para qué...

Estas palabras, pronunciadas en un tono distraído, que las volvía casi indiferentes, me tocaron profundamente. Hubiera querido abrazarla movido por un sentimiento turbio donde intervenía, sobre todo, la gratitud, pero temí que mi gesto fuera interpretado como un mezquino pago de amor.

—Leonardo me ha dicho si quiero quedarme en la hacienda trabajando como contador —murmuré—. Yo todavía no le he respondido, pero creo que aceptaré.

Leticia dejó caer mi mano pesadamente y quedó callada. El primer relámpago rescató de

la oscuridad el perfil de los cerros.

—¡Vámonos! —dijo, levantándose—. Ese rayo podía habernos caído, como al pastor Pauca, el año pasado. ¿Qué hubieran pensado al encontrarnos muertos cogidos de la mano? Tengo los pies mojados.

Cuando me incorporaba, unos pasos resonaron en el corredor. Pronto una sombra apareció. Durante un rato se desplazó en torno nuestro con movimientos irresolubles. Reconocimos a Lola.

—¿Son ustedes? ¿Dónde está la luz del corredor?

Avanzando a tientas la encendí. Lola estaba envuelta en su mantilla, los párpados rojos, el rostro sufriente.

—¿Por qué quieren que me vaya de San Gabriel?
—preguntó—. ¿Es que los molesto demasiado? Acabo de hablar con tía Ema y con mi papá y dicen que debo irme el sábado, después de la ceremonia.

Claramente escuchamos en ese momento el ruido de unos cascos en el camino.

—¡Qué raro! —dijo Leticia—. Parece que alguien viene a la hacienda a estas horas.

—Tengo apenas un mes —dijo Lola— y no me dejarán quedarme ni siquiera para la cosecha.

Traté de consolarla, pero no encontré las palabras apropiadas. Pensaba que Leonardo no había tardado mucho en tomar sus precauciones. Leticia y Lola permanecían silenciosas, como si se estorbaran.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Lola—. Hace frío, pasemos a la sala.

Los tres empezamos a caminar.

—Anoche no pude dormir —prosiguió Lola—. Alguien caminaba por el corredor. ¿Quién podría ser?

—Serían las penas... —replicó Leticia, distraídamente, mientras entrábamos en la sala.

Los huéspedes habían partido y solo se encontraban las personas de la familia. Leonardo y Felipe conversaban, de pie, junto a la ventana. Me pareció entender que hablaban de Jacinto. Todo indicaba que Leonardo estaba decidido a resolver en la forma más perentoria los problemas internos de la hacienda. Felipe asentía, la copa en la mano, la ironía flotando en las guías de sus bigotes. Era admirable el aplomo con que soportaba la presencia de Leonardo. En un momento lo palmeó con tanta desenvoltura, que la duda me asaltó y pregunté si su salida nocturna no habría tenido otro destino. ¿Por qué habría de ser precisamente donde tía Ema? El único que podía saber algo era Alfredo. Comenzaba a explicarme su conducta esquiva, sus cóleras, sus tormentos. Sería necesario esperar la hora de la cena para abordarlo.

Tía Ema, en un rincón, tejía. Tampoco en su rostro podía adivinarse algo. Lo único que noté fue que nos miró a Leticia y a mí alternativamente, con insistencia. ¿Sospecharía algo? Yo la sabía penetrante, intuitiva. Por precaución me alejé de Leticia, que, desde que entráramos a la sala, permanecía silenciosa a mi lado.

En vano busqué a Alfredo a la hora de la cena; su sitio estaba vacío. Los demás parecían no darse cuenta. Fue solamente a mitad de la comida cuando Leonardo preguntó por él.

—Debe estar comiendo en la cocina —respondió Ema.

Jisha, que ingresaba con los platos, fue interrogado y respondió negativamente. Se pensó que jugando en el campo se había retrasado. Terminamos de cenar y no había trazas de su persona.

Hasta las diez estuvimos en la sala, esperando. Jisha había salido por los alrededores, un farol en la mano, acompañado de «Zarco». Su pesquisa fue inútil. Leonardo, preocupado, ordenó que no se cerraran las puertas de la hacienda. Ema había quedado hundida en su sillón, la mirada perdida. Felipe fumaba mirando por la ventana.

Fue entonces cuando Ollanta —que como de costumbre asistía mudo e indiferente a todos nuestros problemas— abrió la boca.

—Debe haberse ido a Santiago —dijo.

Leonardo quedó mirándolo desconcertado.

—O a Trujillo —añadió Ollanta—. Hace tiempo que está con ganas de irse.

—¿Qué dices? —preguntó Leonardo, avanzando hacia él.

—¡Debe estar hablando disparates! —intervino Ema.

—¡Continúa! —le ordenó Leonardo.

Ollanta, al ver esa súbita importancia que se acordaba a su persona, quedó turbado.

—¡Yo no sé! —exclamó—. Yo no sé nada. Lo único que sé es que a las seis salió del cuarto con una bolsa y ya no lo he vuelto a ver.

Leonardo se echó un poncho sobre los hombros y abandonó la sala.

—Es raro —murmuró Felipe echando su colilla al suelo.

—¡A Santiago! —repitió Ema en voz baja.

Los seis quedamos en silencio. Contra el tejado sentíamos rebotar la lluvia. Se produjo una guerra fría de miradas. Los ojos giraban como faros, se encontraban en el aire y luego de una breve escaramuza buscaban caminos diferentes. Una especie de inexplicable vergüenza pesaba sobre nosotros.

Leonardo apareció jadeante.

—¡«Chicuelo» no está en la cuadra! ¿Cómo diablos se le ha ocurrido coger mi caballo? ¡Con el trote que ha tenido ayer hasta Cachicadán está sin cascos! ¡Habrá que ir a buscarlo!

—Hacia el atardecer sentimos pasar un jinete —murmuró Leticia, pensativa.

—¿Vas a ir tú? —preguntó Ema, de quien se había apoderado una violenta excitación—. ¡Estás muy cansado...! Que vaya mejor Felipe.

—Sí —intervino Felipe—. Denme la yegua «Flor» y lo alcanzaré antes de que llegue al puente para traerlo de las orejas.

—Este es asunto mío —contestó Leonardo—. Anda tú mejor a Mollepata y pon un telegrama a Santiago, a tía Mamila. Hay que preverlo todo. ¡Y los demás deben irse a la cama! Quizás no pueda regresar hasta mañana.

Ambos jinetes partieron al galope en dirección contraria. Nosotros, sin obedecer a Leonardo, perma-necimos en la sala. Fue inútil provocar una conversación. Cada cual parecía estar sumergido en sus propios asuntos. Ema había encendido un cigarrillo —cosa inhabitual en ella— y echaba humo por la nariz.

—¿Quién sería la persona que caminaba anoche por el corredor? —preguntó Lola.

Por toda respuesta Leticia se levantó, sonrió, se desperezó y abandonó la sala sin dar las buenas noches.

Cuando me fui a dormir solo quedaron Ema y Lola, cada una en un extremo del sofá, sin mirarse, separadas por un silencio lleno de malos presagios.

Preparativos

La proximidad del noviazgo transformó la fisonomía de San Gabriel. Toda la gente de la hacienda estaba movilizada en los preparativos de la fiesta. Se había arreglado una habitación para recibir al novio y a su padre. El empapelado de la sala, cuyos colores estaban desvaídos, había sido renovado y las alfombras eran sacudidas en el patio con varillas de naranjo. Un especialista en pachamancas fue contratado y Felipe hizo un viaje expreso a Pallasca para comprometer a la banda de músicos.

El acontecimiento más extraño de estos cuatro días fue el retorno de Leonardo y Alfredo. La noche de la fuga la pasé inquieto, presintiendo que se avecinaba algún escándalo. Al día siguiente me levanté muy temprano y constaté que Felipe no se había acostado. Vistiéndome apresuradamente me dirigí a la sala. Tía Ema seguía sentada en el sofá, el rostro demacrado por la vigilia, una torre de colillas en el cenicero. Felipe, con la cabeza hundida sobre el pecho, se había quedado dormido en un sillón. Más tarde despertó y se encaminó a su dormitorio. Al poco rato reapareció afeitado, lavado, el cigarrillo colgando de los labios, y para disimular su turbación comenzó a pasearse por las arcadas.

Fue solo después del desayuno cuando escuchamos el trote de los caballos. Leonardo y Alfredo aparecieron en el patio. Ambos, con el rostro cubierto por el polvo del camino, estaban sonrientes. Leonardo puso el pie en tierra y se acercó a nosotros.

—¡Qué buena carrera me ha hecho pegar este muchacho! Lo he alcanzado más allá del puente. ¡No le digan nada que ya le canté unas cuantas cosas en el oído! La culpa de todo la tenemos nosotros. Aquí el chico se aburre y necesita pasar una temporada en Trujillo. Ya hemos discutido sobre eso.

Alfredo asintió con la cabeza. Su conformidad, sin embargo, me pareció un poco ficticia. Dándonos la espalda se retiró a su habitación.

—¡Bueno! —agregó Leonardo al ver que Ema y Felipe lo miraban sin darle mucho crédito—. ¡Asunto concluido! No perdamos un minuto. Hay mucho trabajo pendiente —y sin ningún otro comentario se alejó del grupo para encerrarse ensu escritorio.

Felipe y Ema quedaron mirándose desconcertados. Cuando la puerta del escritorio se cerró, Ema levantó los hombros para testimoniar su indiferencia o su asombro. Felipe echó una lenta bocanada de humo y se dirigió a la sala, donde se sirvió un vaso enorme de pisco.

A partir de ese momento me entretuve observando a Leonardo. Nada parecía haber cambiado en su temperamento, a no ser esa súbita y casi obsesiva pasión que cobró por el trabajo. No hacía otra cosa que echar guarismos, dar órdenes a Tacuri —el capataz de los campesinos—, vigilar los trabajos de refacción de la casa y cabalgar hasta dos veces diarias al lugar de los sembríos. Por las mañanas era el primero en estar de pie y después de la cena, por la noche, sorbía a las volandas el café para refugiarse en su escritorio y proseguir sus solitarias faenas. La consecuencia de esta política era que no tenía tiempo de conversar con nadie y, cuando lo hacía, durante las comidas, lo hacía de labios para afuera, como si se tragara el jugo de sus respuestas y dejara caer solo palabras mascadas.

Nuevamente pensé que Alfredo debía tener, en este caso, la punta de la madeja. A raíz de su frustrada fuga se había reincorporado con aparente docilidad a la vida familiar, pero

continuaba siendo en el fondo un huraño que aceptaba sin pizca de gracia las caricias y que aprovechaba la primera coyuntura para evadirse de los grupos. Estuve acechando la ocasión de entrevistarlo a solas y esta se presentó en el curso de una de sus habituales excursiones al bosque de eucaliptos.

En el lindero del bosque había una pequeña pendiente donde las moras silvestres brotaban sobre la yerba húmeda. Cuando llegué, Alfredo estaba reclinado, echando la fruta en la copa de su sombrero. Sentándome a su lado, le hablé de cosas sin importancia, mientras esperaba el momento propicio para abordarlo.

—¡Alfredo! —dije al fin—. No te voy a preguntar por qué la otra noche quisiste escaparte...

—¡Yo tampoco te lo voy a decir! —me interrumpió vivamente.

—No necesitas decírmelo. Lo único que quiero saber es qué cosa has conversado con Leonardo. Yo creía que te iba a castigar, que te iba a pegar, pero los dos han regresado muy campantes, como de un viaje de vacaciones.

Alfredo quedó pensativo, dilatando al respirar su frágil nariz.

—¡Tú quieres saberlo todo! —replicó—. Tú eres un espía, como Ollanta. Estás todo el tiempo mirando a los demás... ¿Qué hacías la otra noche en el corredor?

—Estaba siguiendo a Felipe.

Alfredo se levantó. Su palidez se había acentuado.

—¡Felipe iba esa noche a la cocina a prepararse un café!

—Te creo. Eso no me interesa.

Alfredo se volvió a sentar.

—A prepararse un café... —repitió entre dientes.

No era el momento de insistir. Alfredo había quedado silencioso, la mirada extendida sobre los cerros de Hauyrurán, mientras sus dedos exprimían distraídamente las moras. La calma crecía a nuestro alrededor hasta hacerse insoportable. Yo había contado por cuatro veces el canto de una tórtola en el bosque vecino.

—A Leonardo no le he dicho nada... —empezó al fin—. Él tampoco me ha preguntado nada. Cuando me alcanzó más allá del puente, tuve miedo de él y salté del caballo para esconderme tras una tapia. Pero él solo se acercó y me abrazó muy fuerte. «Regresemos, que en el camino vamos a hablar», me dijo. Y regresamos.

—¿De qué cosa hablaron?

—Me dijo que el próximo mes me iba a mandar a Trujillo o a Chiclayo, donde hay un colegio muy grande. Me dijo también que cuando en las vacaciones regresara a San Gabriel iba a encontrar todo cambiado, todo más bonito que siempre, todo igual a muchos años atrás...

—¿Y de la plata?

—¿De qué plata?

—No te hagas el zonzo. De la plata que sacaste una vez del escritorio. ¿De qué ibas a vivir entonces cuando te escaparas? Tú tenías todo un plan bien pensado.

—Se la devolveré.

Al decir esto se levantó y quedó mirando con atención los tejados de la casa, como para darme a entender que nuestra conversación había terminado.

—¿No regresas?

—Todavía me quedo —respondió, y extendiendo sus manos manchadas por el jugo de

las moras, me las mostró—. Fíjate, parece que hubiera desollado un carnero.

Al llegar al bosque me volví. Alfredo seguía de pie contemplando sus manos con una especie de fascinación dolorosa.

La cocina era el lugar de la casa donde, en los días que precedieron a los esponsales, la agitación se había concentrado. Hacia esa habitación eran atraídos, como por una fuerza centrífuga, todos los habitantes de San Gabriel. Yo mismo sufrí este magnetismo y pasé muchas horas al lado del fogón, viendo intervenir a las mujeres. Las cocineras —dos indias gordas que parecían gemelas— rodaban de un lado para otro desplumando una gallina, removiendo un perol con manjar blanco. Ema, Lola y Leticia estaban empeñadas en la preparación de turrones, de empanadas, de rosquitas y de mil dulces, menudencias sobre cuya fabricación guardaban el secreto. Felipe aparecía de vez en cuando para beber un vaso de chicha al pie del fuego o para roer una presa de ave. Los cuyes corrían muy alborotados entre los pies de los concurrentes, presintiendo, sin duda, una de esas celebraciones que diezmaban su colonia. Los más gordos apenas asomaban la cabeza a la puerta de sus cuevas construidas con adobes. En la penumbra se veían brillar sus pupilas coloradas.

Mi papel se reducía al de un espectador complaciente que parecía encontrar un placer reposado en la contemplación del trabajo ajeno. Solo en muy contadas ocasiones, cuando se trataba de realizar una tarea mecánica, era solicitado mi socorro. Yo me sentía bien en aquel lugar, comenzaba a comprender toda la majestad que tienen las cocinas de provincia en el dominio de la leyenda, su piso de tierra, sus espesos aromas, sus paredes ennegrecidas por cientos de años de uso, el crepitar de su fuego en las gruesas hornillas. Mi curiosidad encontraba, además, en aquel lugar, un campo fecundo para la observación. Las tres mujeres estaban a mi merced y la distracción que les aportaba el trabajo manual parecía suprimir en ellas una censura porque sus rostros reflejaban con una admirable fidelidad sus más sutiles estados de alma. Las tres permanecían, por lo general, calladas y lo sorprendente era cómo, a pesar de tener muchas veces las manos en la misma masa, sus espíritus estaban distanciados y cada cual vivía su propio ritmo secreto. Yo me complacía en comparar a Lola con tía Ema, las oponía como dos rivales y esta oposición me permitía avizorar rasgos que la observación aislada me hubiera sustraído. La preferencia de Felipe me resultaba, por momentos, incomprensible. Es cierto que Lola, aparte de sus ojos tristes, velados por gruesas pestañas, no tenía ningún otro rasgo bello, pero era robusta de cuerpo y su salud constituía su más precioso atributo. En esos días había sufrido otro ataque, pero ya nadie los tomaba en serio, pues se atribuían a un exceso de vitalidad y no a un defecto. Ema, en cambio, era menuda, ágil, nerviosa. Había pasado largamente los treinta años y su rostro parecía ya temerle a la luz del mediodía. Cuando la penumbra esfumaba sus rasgos, en cambio, se veía en ella cierto carácter, cierta fuerza interior que atraía poderosamente. Su cuerpo, además, que yo trataba de reconstruir bajo su traje, conservaba cierta flexibilidad y su carne esa morbidez extraña que presagia el crepúsculo del sexo. Cuando Felipe entraba —siempre con su aplomo un poco forzado—, Ema parecía no percatarse de su presencia o, en casos extremos, lo interpelaba con indiferencia. Lola, en cambio, no abría la boca, pero sus grandes ojos le seguían y cuando él desaparecía quedaban posados largamente en el umbral.

Leticia, al lado de su madre y de su hermana, parecía un ser de otra creación. En su trabajo ponía una atención tenaz que le agudizaba los rasgos. Yo tenía la certeza de que una atmósfera la rodeaba y la protegía de toda contaminación. Era una atmósfera real, una especie de emanación de su cuerpo que me permitía presentir su presencia en una habitación antes de

cruzar el umbral o que me revelaba su paso por un lugar que poco antes hubiera atravesado. Era quizás por eso que aun en la proximidad parecía conservar cierta distancia y en la confusión de un grupo, cierta inatacable soledad. La actividad que había desplegado en esos días la tenía rendida y su palidez había adquirido una fuerza casi luminosa que hacía resaltar más la oscuridad de sus ojos y el contorno de su lunar. De las tres mujeres era la única que hablaba, en un tono siempre distraído, sin preocuparse en obtener respuesta, como obedeciendo a una necesidad de expansión. Por eso es que sus silencios subsiguientes parecían más graves y como impregnados de un sordo tormento. Yo intuía que disimulaba con gran consumo de energía una secreta excitación nerviosa. Sus manos, sobre todo, que laboraban con una velocidad desesperada, parecían emitir chispas al contacto con las cosas.

Mis presentimientos se confirmaron cuando, una tarde, recibimos en la cocina una visita inesperada. Súbitamente, la figura de Jacinto apareció a través del umbral. Estaba envuelto en una bata negligentemente amarrada que dejaba al descubierto sus piernas velludas. Su rostro sin afeitar, su mirada de una vivacidad sobrehumana y esa sonrisa entre irónica y trágica que le desgarraba los labios, lo hacían verdaderamente aterrador.

Leticia, al verlo, pegó un grito que me cortó el aliento. Era un grito que parecía haber sido pronunciado con todo el cuerpo y que la dejó exhausta, las manos suspensas, los labios descoloridos. Jacinto, mientras tanto, después de repartir puntapiés a los cuyes, de derribar una silla, se precipitó sobre el perol de manjar blanco y metió en él las manos con riesgo de desollárselas. De inmediato Ema corrió a llamar a Leonardo, mientras el alboroto alcanzaba su clímax. Solamente cuando entre Leonardo y Felipe arrastraron a Jacinto fuera de la cocina, Leticia reaccionó con un movimiento de cólera contra sí misma.

—¡Qué idiota soy! ¡Estaba tan distraída! Ni que hubiera visto al diablo.

Poco después recuperó la calma y trató incluso de exagerarla ensayando algunas bromas. Pero su voz la traicionaba y al mirarla pude ver alrededor de sus ojos dos ojeras enormes, donde el miedo parecía haberse atrincherado.

La víspera del noviazgo la actividad de la hacienda degeneró en tumulto. De Pallasca llegó la banda de músicos y de Santiago una nutrida cabalgata. Tuset venía acompañado de su padre y de su hermano mayor. Estaban también don Evaristo y su esposa, los cuales, al enterarse del acontecimiento, habían adelantado su viaje al interior a fin de participar en los festejos. El grupo lo completaban la tía Mabila y el comisario de Santiago. La participación de este último era completamente accidental. Había subido borracho a su caballo y se había sumado a la caravana sin saber de qué se trataba y sin haber sido naturalmente invitado. Al llegar a la pampa sufrió una caída que lo hizo recobrar la lucidez. Pero ya estaba demasiado cerca de San Gabriel para renunciar a la aventura. Con una pierna magullada echaba carajos en la sala y comenzaba a paladear con Felipe los primeros piscos.

Leonardo hubo de abandonar su trabajo para alternar con los huéspedes. Rodeado de ellos lo vi asumir con señorío su viejo rol de anfitrión, aunque no alcanzaba a disimular un malestar que él imputaba a la fatiga. Esa misma tarde, en una breve escapada que hicimos al escritorio para ultimar unas cuentas, tuvo un acceso de cólera irreprimible.

—¡Ya estoy harto de ver tanta gente! —exclamó. ¡Todo el tiempo hablando con unos, sonriendo con otros! Como si no tuviera otras cosas en qué ocuparme. Jacinto sigue peor, ha roto su mandolina y tirado una serie de trastos por la ventana. ¡La cosecha se acerca y todavía no están hechas las planillas...! Menos mal que el próximo mes solo seremos tres en la hacienda.

Estas últimas palabras me dejaron caviloso. ¿Quiénes podrían ser esas tres personas? ¿Y por qué tres precisamente? Cuando le solicité una aclaración, quedó mirándome con impaciencia.

—¡Es un decir! Tres, cuatro o cinco, da lo mismo... ¡Pero no veinte!

Su respuesta no me satisfizo. El resto de la tarde lo pasé intranquilo. En la sala, Leticia, arreglada como para una fiesta, atendía a su futuro suegro con una amabilidad exquisita que me irritó. El padre de Tuset me pareció desde el primer momento repugnante. Era un sesentón de cuyo origen eslavo solo le quedaban el apellido y el color rojizo de los mofletes. Su gordura era vejatoria y para poder acomodar su barriga tenía que sentarse en la punta de la silla, con las piernas muy abiertas. Su nombramiento de alcalde —recompensa de veinte años de absurdas especulaciones— lo había vuelto dichoso y solemne. Hablaba con grandes gestos de los problemas de la comuna, tildaba de bestias a los concejales y se vanagloriaba de haber obsequiado once camisetas al equipo de fútbol de la ciudad. La alianza de su hijo con Leticia, aunque era incapaz de confesarlo, lo enorgullecía. Si bien su sólida fortuna no necesitaba socorro alguno, él no dejaba de sentirse, en el fondo, un encomendero enriquecido, de modo que el parentesco político con Leonardo, pequeño agricultor, dejaba recaer sobre él esa aureola de aristocracia que se desprende siempre de la posesión deuna tierra.

Al terminar la cena, Leticia, que hasta el momento se había comportado con una fineza admirable, comenzó a dar signos de fatiga. Repetidas veces la vi contener un suspiro bajo la servilleta, o quedar pensativa, la mejilla apoyada en la mano, en una actitud de invencible abandono. Al final obtuvo el permiso de Leonardo para retirarse a descansar.

Media hora después salí al claustro. La conversación de los huéspedes se había vuelto tediosa. Me estuve paseando delante del cuarto de Leticia con la vaga esperanza de que tal vez saliera. Sentía la necesidad de hablar con ella, de expresarle, sin saber por qué, mi adhesión. Al fin no pude más y apliqué el oído a su puerta. Se escuchaba el rumor de un llanto que se entrecortaba para renacer luego con mayor tormento. Este descubrimiento me revolvió y golpeé la puerta furiosamente con los nudillos. Sobrevino un silencio. Luego un postigo se entreabrió y Leticia asomó el óvalo de su rostro, los ojos irritados, las mejillas húmedas.

—Sabía que eras tú —me dijo secamente—. ¿Qué cosa quieres?

—No sé. Creí que te sentías mal. Pensé que tal vez necesitabas algo.

—Sí, necesito algo. Necesito que me traigas un cigarro.

—¿Para qué? —pregunté estúpidamente.

—¿Para qué ha de ser? ¡Corre, que te pueden ver rondando por aquí!

Yo volé al cuarto de Felipe y extraje de su mesa de noche un cigarro. Leticia, después de recibirlo, tiró la puerta con tal violencia que estuvo a punto de reventarme los dedos. Solo en el momento de retirarme a mi cuarto me di cuenta de un detalle: de la mejilla de Leticia había desaparecido el lunar.

La comedia

El desayuno se sirvió a las diez y media, con gran solemnidad. Además del jamón cortado, había fuentes con presas de gallina, tajadas de queso fresco, bizcochos pulposos, miel de abeja. Tuset, que desde las ocho de la mañana vestía su dominguero azul, iba de un lado a otro soltando disparates que él solo se encargaba de festejar. Con el rabillo del ojo espiaba insistentemente la puerta del comedor, esperando el ingreso de Leticia. Fue inútil, Leticia no apareció.

Lola llegó con algún retraso a la mesa. Estaba muy inquieta y cuando se le preguntó por Leticia dijo que se encontraba un poco cansada y que se levantaría antes del almuerzo. Después del desayuno cogió a Leonardo de un brazo y lo condujo a un rincón. Durante unos minutos permanecieron hablando en voz baja. Al fin Leonardo, el rostro abotargado, abandonó la sala y se dirigió resueltamente al cuarto de Leticia.

Al cabo de diez minutos reapareció. Haciéndole una seña a tía Ema enfiló hacia el escritorio. Felipe, quien a pesar de estar charlando con don Evaristo no había dejado de observar la escena, los siguió. Lola y yo formamos la retaguardia.

Cuando los cinco estuvimos en el escritorio, Leonardo cerró la puerta.

—El asunto es el siguiente —dijo—. La loca de Leticia no quiere levantarse de la cama. Dice que no quiere ver a nadie y que Tuset, su familia y la banda se vayan con su música a otra parte.

Luego de un breve aturdimiento, Ema puso el grito en el cielo y quiso precipitarse donde Leticia para utilizar su persuasión o su violencia.

—¡Espera! —ordenó Leonardo—. Esto no se puede resolver de esa manera. Hay que tomar las cosas con calma. En primer lugar, hay que esperar a que la chica se serene.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Eso todavía no lo sé. Pero, eso sí, no voy a consentir que esta chica nos tome el pelo. Ya estoy harto de sufrir sus caprichos.

Ema apoyó la tesis de su marido. Con esa inspiración que tenía para el ataque, arremetió en insultos contra Leticia.

—¿Habrase visto? ¡Esperar hasta el último momento, la muy idiota! Podía haberlo dicho antes. ¡Ya tenemos aquí hasta el cura para bendecir los anillos!

—Lo cierto —suspiró Leonardo— es que todo esto me da lo mismo, en el fondo. ¡Que se ponga de novia o que no se ponga de novia, que se case o que se quede soltera, me es igual! Lo único que me subleva es quedar mal ante los demás. No se les puede decir a Tuset y a su padre: «Váyanse, que mi hija ha cambiado de opinión». ¡Habrá de qué rajar durante todo un año...! ¿Y la mina? ¿Qué vamos a hacer con la mina? Todavía no hemos firmado la minuta de transferencia. ¡El negocio se irá al diablo!

El debate continuó durante el resto de la mañana. La cólera de Leonardo había ido creciendo. Al fin, Felipe, que había permanecido callado, abrió la boca.

—Yo creo que la culpa de todo esto la tienen ustedes. Basta tener los ojos un poco abiertos para darse cuenta de que a Leticia nunca le ha interesado Tuset y lo único que ha hecho es divertirse a sus costillas.

Leonardo no supo qué replicar.

—Tal vez —dijo por último—. Pero yo no tengo tiempo de ponerme a estudiar los pensamientos ajenos. Yo me fío solo de las palabras. Si a mis espaldas suceden otras cosas, tanto peor.

Estas palabras parecían llevar una carga subterránea. Felipe quedó callado, ligeramente trémulo.

—Leticia ha estado representando una comedia —se atrevió a responder.

—¡Que la represente hasta el final!

La reunión se disolvió. Leonardo y Ema fueron donde Leticia para obligarla a levantarse. Felipe se reincorporó a la sala. Lola y yo quedamos en el patio.

Durante un largo rato estuvimos sentados, sin pronunciar palabra, dejándonos tostar por el sol. Lola había pasado un brazo alrededor de mi cuello y yo sentía su frente apoyada en mi hombro. Al mirarla de cerca descubrí sobre su labio un fino bozo. De su garganta brotaba una canción. Días antes Leticia había estado sentada en ese mismo lugar, al lado mío, mi mano entre las suyas. La situación se reproducía, uno de los términos de la ecuación cambiado. Era por eso, quizás, que yo observaba a Lola sin temblor y soportaba su peso fríamente, como un pedestal.

—Vamos a ver a Leticia —me dijo, de pronto—. Leonardo y Ema ya salen.

En efecto, ambos se retiraban conversando hacia la sala. Corriendo atravesamos el patio.

Leticia, en camisa de noche, estaba frente al espejo, cepillándose el cabello. En sus rasgos un poco descompuestos, en sus ojos brillantes, quedaban aún los vestigios de la irritación. Sus movimientos, sin embargo, eran lentos, parecían expresar un sereno conformismo.

—¡Así que te levantas! —suspiró Lola.

—¿Por qué no? Después de todo, la tarde será muy divertida. ¡Habrá hasta un discurso! Dicen que mi suegro ha preparado uno.

—Y después, ¿qué harás?

—¿Después? —Leticia dejó el cepillo sobre el tocador y quedó pensativa. Cruzando los brazos dio unos pasos por el cuarto—. No sé qué cosa haré. Meteré el anillo en un sobre y lo devolveré.

Yo me levanté. Me sentía realmente turbado. No solo eran las palabras de Leticia. A través de la gasa de su camisa el sol transparentaba sus muslos con tal nitidez que tuve casi la sensación del contacto físico. El sudor comenzó a resbalar por mi frente. Pensé inmediatamente en el río.

—Me voy a dar un baño —dije—. Hace mucho calor.

—Si vas al río, te acompaño —intervino Lola—. Esta Leticia me ha dado dolor de cabeza con sus asuntos. Necesito refrescarme.

—Se van —murmuró Leticia con una rara entonación, y nos volvió la espalda.

Me dirigí al dormitorio para buscar mi pantalón de baño. La decisión de Lola de acompañarme me incomodaba. Hubiera preferido ir solo. Sentía remontar a mi conciencia un tropel de sentimientos confusos que necesitaba analizar con calma.

En la puerta falsa encontré a Lola cubierta con un enorme sombrero de paja, lo que le daba un aspecto un poco ridículo. Anduvimos silenciosos por el camino que llevaba al río. Ese sendero estaba para mí cargado de presencias. Reconocí el árbol, luego la curva donde perdí el paso y caí. Al fondo se presentía la ribera, entre los árboles y los rumores del agua.

Lola caminaba con cierta dificultad, el rostro sombrío hundido en el pecho. A menudo

levantaba los ojos para impregnarse del paisaje y suspiraba. El sudor resbalaba por sus sienes.

—Mañana me tengo que ir —murmuró al fin—. Don Evaristo viaja hacia el interior y mi papá quiere que aproveche su compañía.

—Es una lástima —respondí, pero de inmediato me di cuenta de que mi frase carecía de convicción, que había resbalado de mis labios como una condolencia de velorio—. ¿Con quién vives allí? —añadí, tratando de mostrar cierto interés.

—Con mi mamá. Las dos solas. Nadie más.

Al mirarla vi sus mejillas arrebatadas, sufrientes en su magnífica madurez. Tuve lástima de ella.

—¿Y no hay visitas? —proseguí.

—No, nunca hay visitas.

En ese momento llegábamos a la orilla. Las aguas serpenteaban alegremente entre las piedras salpicando una espuma blanca que el sol hería e irisaba. La escasa profundidad permitía ver el cauce donde crecía el musgo y refulgían los guijarros. En un meandro mis primos habían construido un embalse para permitir al agua remansarse y formar una especie de estanque artificial. En aquel lugar el nivel del agua subía hasta el cuello de una persona adulta y era posible dar unas brazadas.

Lola se internó entre los arbustos y yo aproveché para ponerme mi ropa de baño. Luego me sumergí en la corriente fresca. Echado de espaldas veía el rudo volumen del cerro de la cruz cubierto de su espinosa vegetación. Por sus estrechos senderos circulaban algunas cabras extraviadas. Contra el cielo purísimo pasaban intermitentemente bandadas de palomas blancas, de pitos amarillos, de guanchacos de pecho colorado. Aquí el paisaje tenía una belleza concreta. Se reconocían las formas, los colores, los límites de las cosas. No era como en las costas donde el mar, los arenales y las brumas ponían mil espejismos e impregnaban todo de vaguedad y de melancolía.

Lola ingresó al embalse. Solo me apercibí de ello cuando la sentí chapalear a mi lado. Hundiendo la cabeza dejó que su espesa crin negra se humedeciera y luego la tiró hacia atrás con energía. Comenzamos a girar uno en torno al otro, como dos peces en la pecera. Nuestros movimientos tenían una extraña gravedad, por momentos se hacían armónicos, rituales, como si estuviéramos representando una alegoría. A veces nos cogíamos de las manos y nos sumergíamos hasta tocar las piedras con el pecho. Al emerger reíamos con fuerza y nuestra risa nos daba placer, como la música. Hubo un instante en que nuestros cuerpos se tocaron bajo el agua y yo sentí contra mi pierna la adherencia tibia, fulminante, de un muslo desnudo. En el acto me alejé a grandes brazadas. El agua comenzó a parecerme fría. Al poco rato salí y me extendí sobre las piedras, protegiéndome del sol con mis dedos que temblaban.

Desde esta extraña perspectiva vi surgir a Lola del estanque. Me di cuenta, entonces, de que no tenía ropa de baño, sino un simple fustán que la humedad ceñía rigurosamente a su cuerpo. Cogiéndolo del borde lo sacudió sobre sus muslos desprendiendo miles de puntos luminosos. Luego vi sus piernas, sus rodillas, por último sus pies acercándose a mi lado. Extendiendo una amplia toalla se reclinó de espaldas.

Yo cerré los ojos. Sin ver a Lola adivinaba su presencia, me representaba la plenitud de su cuerpo. El paisaje había desaparecido. Todo se reducía a un sol que me abrasaba y a un silencio en el cual me sentía precipitar como a un abismo. Por fin no pude más y me erguí enérgicamente sobre un codo.

Lola había cerrado también los ojos y con los extremos de la toalla se había cubierto el cuerpo. Esta precaución me humilló y decidí en ese momento retirarme. Cuando me levantaba Lola entreabrió los labios

—Debo haber hecho mucho ejercicio —susurró—. Me zumban los oídos, me ha comenzado a doler el pecho.

Yo quedé inmóvil, sin saber qué responder.

—Alcánzame tu mano —añadió—. Me vas a hacer un masaje.

Avancé mi mano con cautela y Lola, apartando un extremo de la toalla, dejó al descubierto un seno blanco, robusto, surcado por pequeñas venas azules. Cogiendo mi mano la apoyó en su seno, al principio con suavidad, luego con más fuerza, finalmente con frenesí. Yo sentí bajo mi mano endurecerse y palpitar la carne. Al fin, con un movimiento brusco, apartó mi mano y quedó exánime, los brazos laxos, las rodillas temblorosas. Su expresión me produjo una viva curiosidad y por un momento la creí atacada de un violento mal. Pero acto seguido se irguió, abrió los ojos por primera vez, y me miró como sin reconocerme. Sus pupilas parecían haberse licuificado.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Ya no tardan en servir el almuerzo!

Yo la seguí por el sendero, a pocos pasos de distancia, silencioso, embrutecido, tropezándome con las piedras, como si estuviera borracho.

Solamente la visión de Leticia logró rescatarme de mí confusión. Estaba vestida de blanco, una cruz de oro sobre el pecho, una corona de azahares en el cabello. En su rostro no había una gota de pintura, lo que contribuía a darle a su expresión una pureza que llegaba casi al sufrimiento. Sus modales eran resignados, dulces, por momentos exasperadamente lentos. Sentada en un ángulo del patio, bajo el sol amarillo que la envolvía en un irresistible resplandor, tenía sus dedos perdidos en las robustas manazas de Tuset. Los dos permanecían ligeramente aislados del grupo, como si formaran un conjunto decorativo, y hablaban en un tono confidencial que enternecía a los viejos e invitaba a filosofar sobre el amor.

El resto de los concurrentes estaba diseminado alrededor del gran castillo de piedras que el pachamanquero había levantado. Se habían dispuesto sillas, bancas, mesitas, alfombras y el conjunto parecía, a veces, grotesco, como si se hubiera improvisado un salón en medio del descampado. El ambiente era festivo: se escuchaban risas, palmadas, corchos saltando de las botellas y hasta Leonardo y Ema habían revestido su mal humor de la mañana con sus telas de ceremonia y su bonhomía de ocasión.

Todos los servidores de la hacienda —aprovechando ese clima democrático que crean las grandes festividades— participaban en la algarabía y entre los invitados se veía circular al negro Reynaldo, al carpintero Tobías, a Tacuri, a Jisha y sus respectivos familiares. Los músicos, con sus fajas encarnadas en la cintura y sus grandes sombreros de fieltro, bebían chicha y afinaban sus instrumentos. El olor de las habas, de las humitas, de la carne que se cocía abría el apetito y prometía un festín memorable.

Durante un rato erré de un grupo a otro, sin saber dónde detenerme. Lola, después del baño, se había endomingado y, rehuyendo mi presencia, estaba platicando con don Evaristo y su mujer. El alcalde, blandiendo su bastón, discutía de política, rodeado de Felipe y el comisario. Mi falta de sentido de la ubicación, que recrudecía en sociedad, me hizo vagabundear repetidas veces por el confín donde se encontraba Leticia. En una ocasión ella me hizo un signo con la mano y me indicó que me acercara.

—Tráenos algo de beber —dijo—, Arístides y yo tenemos sed.

Yo me alejé para cumplir la comisión. Era la primera vez que oía el nombre de pila de Tuset. Leticia lo había pronunciado con tal seriedad que en el fondo creí adivinar una pizca de mala fe. Yo encontraba el nombre un poco ridículo, como un traje demasiado largo. Después de examinar la mesa de licores me apoderé de una botella de vino blanco y la conduje donde los novios. Leticia me obligó a beber una copa con ellos y luego me despachó con su silencio.

Al fin, en un rincón del patio, al lado del sordo y de Tacuri, me acomodé y comencé a beber sin interrupción. La alianza que formábamos los tres no era accidental. Diríase que una secreta afinidad nos había reunido. Éramos los únicos que observábamos el curso de la fiesta con una especie de envidia secreta, de íntima repulsión de mezclarnos al júbilo general. Yo ignoraba sus razones, pero al entrechocar nuestros vasos encontraba en sus ojos una muda solidaridad. Al poco rato mi vista se empañó, la multitud devino farándula, el festejo una absurda circulación de colores y yo el eje de un vasto sistema de rostros que hervía a mi alrededor.

Vi, entonces, desarrollarse ese magno, ese esperado almuerzo en el cual se comió con ferocidad. La chicha había encendido los semblantes y batió pronto en retirada cualquier vestigio de etiqueta. Renunciando a los tenedores, se cogieron las presas con la mano. Al final, los hombres se despojaron del saco, tiraron gargajos por el colmillo, contaron historias sucias. A las cuatro de la tarde, mientras los músicos sonaban sus platillos, los comensales devoraban a grandes mordiscos los últimos choclos. Luego Leonardo, a quien el licor enardecía, desafió a los invitados a tirar al blanco. Al fondo del patio fue colocada una hilera de botellas de cerveza sobre altos cajones y desde el otro extremo, vientre en tierra, los contendores se encararon los fusiles. Durante media hora el tiroteo estremeció los claustros, provocando el espanto de las tórtolas y la fuga de los perros. Un olor a pólvora infectó la atmósfera. Las balas sacaban astillas de las puertas, descascaraban las paredes, muy pocas reventaron las botellas. Cuando el sol declinaba y el cuerpo embotado pedía un aguardiente, pasamos a la sala. Era el momento, además, de realizar la ceremonia.

El fresco de la tarde me había devuelto un poco la lucidez. Pude observar, entonces, que los hombres, con esa seriedad acartonada que suelen adoptar los borrachos, se habían congregado en torno al cura y al padrino. Este último sostenía una pequeña cesta en cuyo interior refulgían dos anillos dorados. Leticia y Tuset, frente a frente, cogidos de la mano, parecían esperar algo. Jisha servía el champaña en grandes copas muy abiertas. Los comentarios que escuché me indicaron que el alcalde iba a pronunciar un discurso. El silencio que había sobrevenido al alboroto me parecía irreal.

Al fin el padrino comenzó a dirigir su amonestación a los novios. Era uno de esos discursos de circunstancias en los cuales es tradicional decir cosas graves en un tono ligero. El padrino, sin embargo, por presunción o ignorancia, había invertido los términos del rito y decía las cosas más banales en el tono más solemne. Yo apenas escuché sus palabras y me entretuve en observar el rostro de Leticia. Los ojos sin pestañear fijos en el suelo, parecía estar recibiendo con estoicismo un sermón. Su mandíbula temblaba ligeramente y era imposible decir si reprimía un grito o una carcajada. Solo cuando el padrino habló de «futuro matrimonio» se atrevió a levantar la frente y su mirada recorrió la sala y se detuvo con insolencia en Leonardo, que, en un ángulo apartado, había encontrado refugio. Cuando el alcalde terminó su discurso entre una tormenta de aplausos, Leticia permaneció ensimismada mientras Tuset, a su lado, lagrimeaba de emoción.

Luego de colocarse los aros y de brindar con el champaña, los novios recibieron la

felicitación de los asistentes. Fue una apoteosis de abrazos. La banda ingresó y la fiesta, interrumpida durante la ceremonia, se reinició con furor. Leticia, haciendo un último esfuerzo, trató de contribuir al júbilo colectivo y varias veces la vi sonreír bailando tan pronto con su novio, como su padre o su padrino. Cada vez que terminaba una pieza se efectuaba un brindis, ya sea por la cosecha, por la alcaldía, por los novios, o por cualquier otro motivo que la inspiración del momento producía. En uno de esos silencios alguien observó que los novios no se habían besado y de inmediato un clamor estalló en la sala exigiendo ese testimonio de alianza. Leticia y Tuset fueron forzados a llenar sus copas y lanzados el uno sobre el otro. Los labios de Tuset se proyectaron temblorosamente hacia los de Leticia, vacilaron en el trayecto y por último reposaron sobre ellos con un gesto largo. Los gritos de alegría y el tumulto con que fue acogido este suceso impidieron ver que las manos de Leticia pendían rígidas sobre sus flancos, al extremo que de una de ellas cayó su cartera de mostacillas blancas y de la otra su largo chal encarnado. Los rudos zapatos pulverizaron la gasa y los abalorios. Todos se tambaleaban. La embriaguez llegaba a su cima.

Aprovechando el desorden, Leticia atravesó el gentío y se deslizó hasta uno de los balcones. La atmósfera estaba cargada de transpiración, de polvo, de humareda, y yo sentí también la tentación de refrescarme con el aire del camino. Cuando llegué al balcón, Leticia, que estaba recostada contra el barandal, se volvió. Su rostro estaba verdoso y de sus labios pendía un hilo de saliva. Me di cuenta de que había vomitado sobre la calzada. Traté de ofrecerle mi pañuelo, pero ella lo rechazó y cruzó la sala. Al acercarme al umbral la vi que corría hacia su dormitorio, dejando un reguero de azahares en el corredor oscuro.

Fenómenos naturales

Apoyado en una columna veía caer en el patio los pesados goterones, veía humedecerse la tierra, formarse riachuelos, torrentes, cascadas, verdaderos mares. Unas horas de lluvia bastaban para reproducir en miniatura, sobre un terreno quebrado, los más antiguos procesos geológicos. Mis ojos admirados seguían el curso del agua, veían cómo buscaba con avidez los declives, cómo lograba rebasar un embalse, abrir su lecho a través de un llano, sortear un obstáculo con una ondulación de serpiente, unirse a otra corriente para adquirir ímpetu o dividirse para contornear una isla. Pronto la lluvia había formado en el patio un vasto sistema hidrográfico con sus montañas, sus cuencas, sus inundaciones, sus leyes infalibles. Toda el agua era recogida por el cauce que corría bajo el alero del tejado, cruzaba el portón, remontaba el camino, se precipitaba en una acequia, atravesaba los campos, alimentaba las raíces, destruía los insectos, engrosaba un arroyo y terminaba por morir en un pantano de la floresta o en un brazo enérgico que la transportaba hasta el mar. Acostumbrado como estaba a las garúas de la costa, el espectáculo de la lluvia era para mí fascinante.

Durante esos días torrenciales que siguieron al noviazgo de Leticia, San Gabriel había adquirido una fisonomía tediosa y enlutada. El mal tiempo nos obligaba a errar por las habitaciones que, después de la partida de los huéspedes, parecían privadas de una cuarta dimensión. Al día siguiente de la ceremonia todos se habían desbandado. Tuset y su familia, el comisario, la tía Mabila y el sordo partieron hacia Santiago. Don Evaristo, su mujer y Lola, hacia el interior.

La partida de Lola fue penosa. Hasta el último momento trató de revocar la decisión de Leonardo, pero sus ruegos fueron inútiles. Poco antes de subir a su cabalgadura se decidió a romper el silencio que obstinadamente me guardara y me abrazó con efusión.

—Si tienes alguna vez tiempo, no te olvides de hacerme una visita —susurró—. Mi mamá se pondrá contenta. Son solo diez horas de caballo.

Felipe y yo la acompañamos un trecho, caminando al lado de su bestia. Cuando la vi perderse en el primer recodo sentí verdadera lástima. Más tarde me enteraría que su madre estaba vieja y enferma, que sus cafetales se encontraban infestados de piojos y que en ese escenario ruinoso, tórrido y triste, tendría que pasar, quizás, el resto de su juventud.

Leticia, por su parte, la misma noche de la ceremonia, se había acostado proclamando su decisión de guardar cama por un plazo indefinido. En vano los viajeros, especialmente su novio, insistieron en despedirse de ella. Leticia se negó a recibirlos y, para mayor seguridad, trancó la puerta de su dormitorio. Los únicos que tenían acceso a él eran Alfredo y Julia.

En realidad, aparte de la fatiga que le habían producido los esponsales, no sufría ninguna dolencia, pero ella exageraba su estado, manifestaba que se iba a morir y había comenzado a dictar, con gran espanto de Leonardo, sus últimas disposiciones. Todo esto no le impedía devorar con apetito la comida que Julia le llevaba o por las tardes, cuando el aburrimiento la dominaba, empezar a cantar o a danzar en camisa de noche. Lo que ella pretendía, en el fondo, era recuperar la autoridad perdida durante el noviazgo, hacer sentir por el aislamiento y la extravagancia la importancia de su presencia.

Solamente en una oportunidad me mandó llamar con Alfredo y pude ingresar a su cuarto.

La encontré extendida sobre la cama, enrollada en una sábana, como si quisiera ya habituarse a la experiencia de la mortaja. Haciéndome sentar en una silla, con gran solemnidad, me pidió que le contara una historia. Yo aproveché para inventar un cuento que ella escuchó distraída, los ojos en el cielo raso, las manos debajo de la nuca. Antes de que terminara me interrumpió para mostrarme un cuaderno donde estaban pegadas indistintamente estampillas y figuritas de colores. Decía que aquello era su «colección» y no había sobre de correspondencia o revista que no pasara por sus manos para sufrir la tiranía de las tijeras. Lo extraño era, sin embargo, que yo encontraba naturales sus afectaciones, no veía el menor atisbo de ridículo en ninguno de sus actos y su conducta me parecía perfectamente coherente. Su anillo lo tenía en el velador, junto con otros adefesios que la divertían, y cuando lo cogía era siempre para hacerlo rodar sobre la colcha.

Como yo le pregunté si pensaba siempre devolverlo, quedó largo rato ensimismada.

—¿Cuánto costará? —me preguntó luego—. Si fuera caro lo vendería para darle la plata a mi papá. Ayer supe que no tiene plata y que le ha pedido prestado a don Evaristo... O si no, te lo regalaría a ti para que te compres un caballo. Tú eres el único que no tiene caballo. En el verano es necesario tener uno para vagar por los caminos... Pero ¿por qué me preocupo por estas cosas? ¡Nada de eso me importa! Si ya he dicho que me voy a morir, dentro de un mes exactamente me voy a morir.

Al decir esto, se cubrió el rostro con las manos y quedó inmóvil, sin respirar.

—Así, sin darme cuenta, así me moriré, con los ojos cerrados.

Como quedara silenciosa, comencé a retirarme.

—¡Espera! —exclamó—. Acércate, que quiero ver una cosa.

Cuando estuve a su lado me observó con detenimiento. Sus ojos se retardaban en cada uno de mis rasgos.

—Anda, vete —dijo, volviéndose contra la pared.

Cuando cruzaba la puerta, añadió:

—Parece que después de tu viaje al río hubieras envejecido.

Al cabo de cinco días las lluvias amainaron y acompañé varias veces a Leonardo hasta el sembrío de papas. Tacuri, el capataz que tendría a su cargo a los braceros, venía con nosotros. El sembrío más extenso estaba situado en una planicie ligeramente inclinada, donde brillaba un sol amarillo y se respiraba un aire enrarecido de puna. Era la parte más alta de la hacienda, pero también la única que por su disposición y amplitud permitía efectuar un extenso cultivo. Una hilera de rocas grises la protegía de los vientos helados que bajaban de las minas.

Amarrando los caballos en una estaca nos internábamos en el sembrío. Leonardo se detenía constantemente para examinar una planta, arrancarla, palpar su tubérculo. Tacuri decía que dentro de quince días, a más tardar, debía empezar a cosechar. Entre ambos se ponían a discutir de cosas que yo no entendía. Mí gran entretenimiento era, llegando al centro del cultivo, lanzar la mirada a mi alrededor para sentirme mecido por ese ilimitado panorama de verdor. La superficie del sembrío sufría por efecto del viento como una ondulación que semejaba las marejadas del océano. Luego continuábamos la marcha. Los pájaros levantaban el vuelo al sentir nuestra proximidad y Tacuri los perseguía lanzándoles terrones o imitando el ladrido de un perro.

Una mañana se produjo en el valle una extraña calma. No era solamente el sol que caía con un resplandor calino, ni el cielo que nos clavaba fijamente su limpia pupila azul. Era una especie de inmovilidad, de petrificación que parecía haber sufrido la naturaleza. No circulaba

viento, los árboles no respiraban, las cosas tenían sombras nítidas e impasibles.

Felipe, que en el escritorio me dictaba una carta, se interrumpió varias veces para lanzar la mirada a través del balcón. Una vez se acercó al barandal y observó largamente el bosque de eucaliptos, la nariz fruncida.

—¡Qué raro! —murmuró—. Parece que la tierra hubiera dejado de rodar.

Esa era la impresión, en efecto, que producía el paisaje: detenido, rígido, como un decorado de cartón. Leonardo, que merodeaba por las arcadas, fue del mismo parecer. Los tres permanecimos en el patio mirando insistentemente el cielo por donde sucesivas bandadas de palomas emigraban en desorden hacia oriente.

La calma continuó hasta cerca de mediodía. Jacinto parecía estar nervioso porque sus puños resonaron repetidas veces en la puerta. Leonardo, acostumbrado ya a sus protestas, no le hizo caso. Su proyecto de internarlo en un sanatorio había madurado y solo esperaba tener un poco de dinero para operar el traslado.

Poco antes del almuerzo, los perros, que hasta el momento habían estado dormitando, despertaron inquietos. «Zarco» corría por el patio olfateando el aire, arañando la tierra. A veces gruñía y saltaba a nuestro alrededor, acosándonos con sus ojos fosforescentes. El negro Reynaldo decía que los perros veían al diablo y que si nos untáramos los ojos con sus legañas nos moriríamos de espanto.

Cuando empezó el almuerzo todos sufríamos un malestar impreciso, y doblados sobre la mesa, el oído tendido hacia el campo, engullíamos en silencio nuestras cucharadas de sopa. Felipe, a quien esta situación exasperaba, fue el primero en romper esa pausa y comenzó a contar una historia. Su voz empezaba a distraernos cuando Leonardo, con un gesto vivo, le pidió que se callara. Todos aguzamos el oído y escuchamos, entonces, el nacimiento de un ruido sordo, lejano, como el de un río subterráneo. El rumor fue aumentando. El agua de la garrafa comenzó a oscilar. Al mirar hacia el reloj de pared vi que el péndulo golpeaba con fuerza ambos lados de su caja. Cuando del cielo raso se desprendió el primer cascajado todos nos levantamos y nos precipitamos hacia el patio. La tierra había comenzado a temblar.

La sacudida no duró probablemente un minuto, pero ese tiempo me pareció ajeno a toda medida, sin principio ni fin, y capaz de contener, como el tiempo de la pesadilla, multitud de destinos sucesivos.

Los primeros remezones fueron tan fuertes que la tierra parecía ondular y mientras corríamos a través del corredor yo trastabillé y tía Ema cayó. Alguien la ayudaría a levantarse, porque luego todos nos encontramos en el centro del patio, tan pronto arracimados como dispersándonos sin control, sin dejar de gritar, de tambalearnos, de agitar los brazos como marionetas. El rumor subterráneo crecía sin tregua, al punto que nuestras voces apenas se escuchaban confundidas con los aullidos de los perros. Leticia había surgido envuelta en una frazada y, prendida del brazo de Leonardo, lloraba. Ema, de rodillas en tierra, se golpeaba el pecho y rezaba en alta voz. Leonardo mudo, los ojos aterrados, veía desprenderse las tejas y estrellarse contra el piso. Algunas grietas se abrieron en la tierra y en las paredes. Los cristales de las ventanas estallaron. El griterío que hacían las indígenas era espeluznante. El carpintero Tobías buscaba a sus hijos en el tumulto. Leonardo se acordó de Jacinto y corriendo a su cuarto regresó tirándolo del brazo. El perfil de los cerros parecía desdibujarse y una espesa polvareda rodaba por las faldas. Felipe había encendido un cigarrillo y pedía calma gritando que era un fenómeno natural, pero nadie lo escuchaba y su misma voz parecía traicionarlo. La primera pared en derrumbarse con un espantoso crujido fue la de la carpintería. «¿Quién

falta? ¿Quién falta?», repetía una voz. Alguien se acordó de Marica. El ruido desaparecía por momentos para renacer súbitamente y redoblar nuestro terror. «Hay que ir por Marica», chilló Ema. La polvareda descendía de los cerros, se dispersaba por el aire y se proyectaba hacia la casa en grandes remolinos. El portal de la cuadra se desplomó y los caballos aparecieron relinchando en el patio. Cuando Ema gritó por tercera vez clamando por Marica, Felipe tiró su cigarro al suelo y se dirigió hacia el corredor. La tierra aún temblaba por intermitencias cuando él penetró en la casa bajo una lluvia de cascajos. «¡Estás loco!», gritó alguno. El último zamacón inclinó el campanario de la capilla. Todos vimos cómo lentamente se iba proyectando hacia un costado, sin perder su forma, hasta hacerse polvo contra el suelo. Jacinto había comenzado a reír.

Sus carcajadas fueron lo último en escucharse. Todos habíamos quedado callados sintiendo bajo nuestros pies esfumarse las últimas vibraciones. Mudos, demacrados, nos mirábamos las caras, nos reconocíamos, nos felicitábamos con los gestos, hubiéramos sido capaces de abrazarnos o de llorar. La calma de la mañana había renacido, pero el escenario había cambiado. El sol continuaba brillando a través de un polvo fino que nos hacía toser y lo que iluminaba era solo la parodia de lo que había sido. Por todos lados veíamos escombros, rajaduras, cosas privadas de forma y cuyo destino nos era imposible reconocer.

Los comentarios estallaron simultáneamente. Hablábamos al mismo tiempo, perdida la noción de las jerarquías. Lo que decíamos, sin embargo, no tenía sentido porque el sismo parecía haber remecido nuestras conciencias, haber alborotado nuestro mundo interior y nosotros salíamos a manotazos en medio de palabras arruinadas. Alguien pudo mencionar el nombre de Felipe y volvimos a quedar mudos, mirando el corredor. Nadie se atrevía a dar un paso. Ema fue la primera en ponerse en movimiento, seguida por Leonardo. Antes de que llegaran al claustro Felipe reapareció haciendo crujir bajo sus botas los pedazos de tejas. Tenía la cabeza y los hombros salpicados de yeso y en su brazo derecho, como si se tratara de un pelele, transportaba a Marica.

—Está vivita y coleando —murmuraba nerviosamente.

Pero un grito que venía del otro extremo nos distrajo. Tobías y su mujer husmeaban entre las ruinas de la carpintería. Sus manos removían y escarbaban la tierra. Parecía que algo yacía sepultado y les huía. Cuando un pequeño brazo blanco emergió con sus dedos apuntando el cielo, yo me volví y corrí hacia el portón. Luego me encontré vagando sin aliento sobre las heridas frescas del campo.

La ruta de Mollepata

El primer correo que llegó de Santiago junto con unos periódicos que remitía Mabila nos devolvió en parte la tranquilidad. El sismo solo había comprometido a la sierra del norte y en Lima apenas se había sentido un leve temblor. El número de víctimas aún no podía establecerse, pero se presumía que no pasarían de mil.

Se hablaba de colectas públicas, del auxilio que prestaba la Cruz Roja, de aviones del ejército que lanzaban víveres y medicinas, de voluntarios que se inscribían para ayudar a los damnificados. Al ocuparse de estos temas, los diarios empleaban un lenguaje que conmovía. Yo los leía emocionado y entre tantas declaraciones y prédicas de solidaridad, tenía la ilusión de que nuestro país no era un agregado de pueblos que se ignoraban y se recelaban, sino una perfecta patria herida en el corazón. Nuestro duelo duraría, sin embargo, lo que dura una emoción. Unos meses más tarde, quizás, estaríamos danzando sobre el vientre de nuestros muertos.

A los diez días, cuando Leonardo comenzó a dirigir con vigor las obras de refacción, la catástrofe había perdido entre nosotros su prestigio. Los diarios seguían hablando de ella, pero le dedicaban cada vez titulares más pequeños. Nuestra angustiosa experiencia se iba despojando de todo terror y se convirtió, por último, en lo mínimo a que puede reducirse una experiencia: a una fecha. Cuando llegó el primer chiste —se decía que los japoneses nos habían enviado un terremoto como represalia a los asaltos cometidos poco antes contra las pulperías— lo festejamos alegremente. Nos reíamos del destino en sus propias barbas. Podíamos pasar ya a otra cosa.

Las calamidades, sin embargo, nunca vienen solas. Abierta la brecha, unas llaman a otras y pronto forman legión. A raíz del sismo sobrevinieron unos días secos, sin nubes, cubiertos de un sol ardiente, que abrasaba la campiña. Por las noches, el cielo despejado descubría todas sus constelaciones y nosotros permanecíamos largas horas con el rostro vuelto hacia arriba, recibiendo esa luz lejana que nos palidecía. Leonardo no se decidía a cosechar, esperando que el tubérculo alcanzara mayor peso. Por las noches se encendían fogatas de aserrín y petróleo para abrigar los sembríos. En la sala, la imagen de San Gabriel, patrono regional de la recolección, fue invocada, y Leonardo, con una fe muy particular, se acercaba al santo entre dos copas de pisco para darse un distraído golpe de pecho.

Todo aquello fue inútil. Cuando algunas hojas, en la parte alta del sembrío, comenzaron a ennegrecerse y la cutícula del tallo a partirse, Leonardo hizo traer precipitadamente a los braceros de Angasmarca. Un centenar de peones llegaron y levantaron sus albergues en las inmediaciones de la hacienda. El escarbe de la papa comenzó.

Leonardo y Felipe partían de madrugada, comían en el campo y no regresaban hasta el atardecer. Ambos estaban barbudos y ojerosos. Cuando a la hora de cenar se sentaban a la mesa se les veía con ánimo de discutir. Tacuri, en su condición de capataz, era en esa época un comensal obligado y, sin despojarse del poncho, comía al lado de nosotros y bebía de la chicha señorial. La opinión dominante era que, dado el escaso tamaño alcanzado por la papa, habría que vender gran parte de la cosecha como semilla. Felipe, a menudo, se abstraía de la discusión y permanecía pensativo, como bajo el imperio de una idea fija.

Cuando subí a la puna, vi el sembrío transformado por la mano de los peones. Las papas habían surgido de la tierra y formaban enormes montículos que las indias escogían. Los yunteros llegaron con sus bestias de carga. Había mulas, llamas, asnos. Las papas eran transportadas a la hacienda. En el patio se las separaba por su tamaño, por su calidad y luego de encostalarse y pesarse, eran guardadas en el depósito.

Los comerciantes venidos de Santiago y Mollepata controlaban el peso, discutían con Leonardo. Luego pasaban al escritorio, donde bebían hasta la tarde, mientras trazaban números. Vicuña, un cholo gordo y rico, propietario de cuarenta mulas, obtuvo con su dinero contante el grueso de la cosecha. Leonardo maldecía su mala suerte y decía que con una carretera y un camión, no solo eliminaría a los intermediarios, sino que pondría más baratos sus productos en manos de los consumidores.

Los sábados por la tarde los braceros descendían y poblaban el patio. Como no sabían firmar plantaban en el libro de planillas sus huellas digitales. Gran parte de ellos pernoctaba en la hacienda, diseminados por el suelo. Al anochecer formaban círculos donde se chactaba, se bebía y se cantaban huainos alegres.

Leticia los consideraba con desprecio. Desde hacía algunos días, olvidando sus juramentos, se había levantado y circulaba de un lado para otro desplegando una actividad completamente inútil. Metía la mano en todo, quería impartir órdenes, como si se propusiera reemplazar o suplantar a tía Ema en sus funciones. Con los peones era autoritaria, fiera, encontraba una especie de voluptuosidad en el despotismo. Sabía en quechua algunos insultos y los dispensaba con prodigalidad. A veces se regocijaba arrojando un puñado de cigarrillos para ver a los indios rodar por el suelo y disputarse.

—¡Estos piojosos infectarán toda la casa!
—exclamaba a cada momento.

Pronto se aburrió de esta conducta. Como nadie tomaba en serio sus aspavientos, cambió de proceder. Se volvió generosa. Hurgando entre su ropa vieja, se esmeró en vestir de señorita a una pequeña india. Una noche la descubrí repartiendo, a escondidas de Leonardo, algunas botellas de aguardiente entre las indias viejas, quienes para agradecerle le besaban la mano.

Hacia el final de la cosecha recibimos una visita inesperada, «la «gringa» María apareció una mañana en la hacienda. Estaba flaca, quemada por el sol del interior, con sus mechones de pelo pajizo caídos sobre la frente. Había venido a pie desde el Callejón de Huaylas, albergándose en los tambos del camino. Dijo que Daniel había muerto en el terremoto y lloriqueando pidió que la hospedáramos. Aquello nadie se lo creyó y se rumoreaba, más bien, que su marido debía de haber huido de ella como de un cataclismo.

Su presencia creó un clima de discordia. Desde el principio Ema se opuso a cobijarla, alegando que Daniel podría regresar y que las disputas recomenzarían. Felipe parecía incomodado por esta situación y, sin ninguna gratitud por su antigua querida, guardó un silencio condenatorio. Leonardo, en cambio, decidió darle un cuarto y la trató con una cordialidad que nos dejó a todos asombrados. Desde entonces la tuvimos nuevamente a la mesa, quejándose de todo con su voz desafinada, clavando plañideramente sus ojos desteñidos en el rostro impasible de Felipe. Casi todo el día lo pasaba sentada a la puerta de su cuarto, tejiendo no se sabía qué, sin dejar de espiar a hurtadillas el movimiento de la hacienda. Por las noches bebía más de la cuenta y se la sentía hasta tarde rondar por las arcadas. Cuando pasaba delante de nuestro cuarto, Felipe sonreía:

—Si quieres dormir con una mujer, no tienes más que pasarle la voz a esa gallina vieja.

En una de las tantas sobremesas la «gringa» preguntó inopinadamente por Tuset. Cuando este nombre sonó se produjo entre nosotros un silencio enojoso. Me di cuenta, entonces, de que desde hacía algún tiempo no se hablaba para nada de él. Se le había proscrito de nuestras conversaciones y esta medida —cuyo origen era misterioso— revelaba, más que la indiferencia, la marcha de alguna conjuración. Cuando Leticia y sus hermanos se retiraron, Leonardo, que había respondido a la «gringa» en términos vagos, explotó:

—¡A ese imbécil no quiero ni verlo! A raíz del terremoto no ha dado signos de vida. Yo pensé durante algunos días que había reventado y me he desvivido haciendo averiguaciones. ¿Resultado? Que se ha ido a Huamachuco sin preguntar siquiera por nosotros.

—Podía haber mandado una carta o un telegrama —añadió Ema—. En eso se ve que es hijo de tendero.

—Hay algo más —continuó Leonardo—. Y esto queda solo entre nosotros. Tuset tiene una concubina.

Su declaración nos dejó fríos. Felipe, que no podía tolerar las situaciones serias, aprovechó para lanzar uno de sus epigramas.

—Lo raro sería que no la tuviera. A su edad, un hombre sin querida se hace sospechoso.

—No es para bromear —respondió secamente Leonardo—. La cosa es grave porque tiene tres hijos con ella. Además, la mujer es de mala ley, una placera borracha que lo maneja como a un mequetrefe y dicen que hasta lo muele a sopapos.

Ema comenzó a chillar. Dijo que era necesario enviarle al alcalde una carta de rompimiento, que deberían advertir a Leticia. En su indignación quería hasta quemar el colchón donde Tuset había dormido.

—¡Sabe Dios si tiene enfermedades! —decía y se rascaba los brazos, como si se sintiera ya contaminada.

—Mejor es no decirle nada a Leticia —intervino Leonardo—. Así nos evitaremos explicaciones difíciles. Yo tengo que viajar a Santiago con los chicos y aprovecharé para decirle cuatro frescas al alcalde. Y que de esto no se vuelva a hablar.

A raíz de esta revelación quedé durante algunos días confundido. En realidad, lo que sentía era el nacimiento de un gozo irresistible que me temía confesar. En una u otra forma, por el capricho o por el desprecio, Tuset siempre había ocupado en el mundo interior de Leticia un lugar de privilegio. Yo me había limitado a girar en torno de él como un pordiosero recogiendo, de vez en cuando, un beso, un arañón perdido. Ahora la situación cambiaba. Desterrado Tuset, el camino quedaba abierto.

Sin embargo, yo no me decidía a recorrerlo. A lo único que atiné fue a desplegar una política de servilismo con respecto a Leticia. Rondaba a su sombra atento a sus más pequeños caprichos. Descendiendo a las quebradas, regresaba con las tunas más rojas para obsequiarla. Otras veces le tallaba en la comba cabezas de animales que ella recibía con gritos de espanto. Mi actitud, sin embargo, debía desconcertarla. Mis ofrendas eran siempre mudas y yo rechazaba hasta su gratitud. Por momentos me parecía que lo único que deseaba era hacerme indispensable, crearle necesidades e ingresar de esta manera en la rutina de sus gustos.

Esta táctica produjo sus efectos porque Leticia comenzó a dispensarme un poco más de confianza. A veces me hablaba largamente, con naturalidad, como si se reposara en mi compañía. Una mañana decidió acompañarme hacia la ruta de Mollepata.

Yo había contraído el hábito de realizar con Jacinto un paseo matinal. Desde hacía

algunas semanas su salud había mejorado. Apaciguada su cólera, olvidados sus accesos de destrucción, Leonardo le permitía errar por el patio y al final consintió que lo condujera por las inmediaciones de la hacienda. La ruta de Mollepata era mi preferida porque estaba preñada de retamas y de moras y porque había quebradas profundas donde la vegetación se espesaba y crecía en desorden hacia los valles calurosos.

Cuando emprendimos la marcha Leticia estaba feliz. Cogiendo a Jacinto de ambos brazos lo arrastrábamos a nuestra guisa, haciéndolo saltar las acequias. Los dos cantábamos y Jacinto, contagiado, lanzaba alaridos que inquietaban a los toros de los potreros. Cuando el sol comenzaba a calentar, nos extendimos a reposar sobre la yerba. De espaldas, la mirada vuelta hacia el cielo, seguíamos con el dedo la metamorfosis de las nubes viajeras. De pronto observé que Leticia había quedado callada. Al volverme hacia ella la vi reclinada sobre un codo, el ceño fruncido, mirándome fijamente. Debía hacer largo rato que estaba así. Su expresión me produjo un escalofrío.

—Se acabaron los juegos —dijo seriamente—. Ahora me vas a decir qué cosa es lo que pasa.

Como yo no atinara a responder, se inclinó por encima de Jacinto y me aferró de la muñeca.

—¡No te hagas el inocente! Dime qué pasa con Tuset. Quedé un instante titubeando. Lo único que pensaba en ese momento era que toda la confianza de Leticia había sido una farsa destinada a preparar mi confidencia. Una vez más me sentía derrotado en mis propios designios.

—No sé qué quieres decir —respondí.

Su mano desasió mi muñeca.

—Tú también me quieres engañar —susurró, y advertí tal tono de decepción en su voz que me sentí conmovido. Mi vacilación duró unos segundos. Me di cuenta en el instante que silenciar la conducta de Tuset era una tontería y que revelándola crearía entre Leticia y yo un pequeño tráfico de secretos del cual podría algún día tirar partido.

—Tuset tiene una mujer —contesté brutalmente.

Leticia me miró perpleja, como si no entendiera.

—Es una placera de Huamachuco con la cual tiene tres hijos.

Los ojos de Leticia parecieron fugarse y quedaron flotando en el espacio. Sus dedos habían ascendido hasta la altura de sus labios. Yo la observé con cierta angustia contenida, casi arrepentido de lo que había dicho. Al fin volvió hacia mí la cabeza y me examinó con atención. Diríase que trataba de estudiarme, de descubrir alguna idea escondida. En ese momento sentí vergüenza y me dije que si leyera en mi corazón podría llegar a odiarme para toda la vida.

—Ya puedes estar contento —murmuró.

Traté de abrir la boca, pero me contuvo.

—¡Calla! —dijo, y volvió a reclinarse sobre la yerba.

No quise interrumpirla y me volví hacia Jacinto.

Con un brazo sobre los ojos se había quedado dormido. Yo miraba fijamente sus barbas, las pequeñas venas de su rostro, haciendo esfuerzos por encontrar algo en aquella máscara que pudiera interesarme.

—Debes irte... —dijo Leticia—. Debes irte al fondo de la quebrada y traerme un ramo de retamas.

Como yo no me moviera, ella insistió:

—¿No has oído? Anda, tráeme un ramo de retamas. Los floreros de la capilla están vacíos. Esta tarde debemos arreglarlos.

Descendí la cuesta a la carrera. Durante largo rato me entretuve en enturbiar, a pedradas, el agua de los remansos. Me sentía intranquilo, humillado por obedecer, sin resistencia, aquellas órdenes caprichosas. Luego me interné en la espesura y busqué los lugares más sombríos, como una bestia acosada. Cuando el resuello me faltaba arranqué las flores amarillas y remonté la quebrada.

Jacinto seguía durmiendo, pero el lugar de Leticia estaba vacío. Luego de inspeccionar los alrededores la divisé sentada al lado de un maguey que extendía sobre ella sus brazos espinosos. Tenía los ojos inmóviles sobre la grama. Cuando me vio aproximarme no dijo una palabra. Tampoco cuando recibió las flores que le extendía.

—Ayúdame a levantarme —musitó al fin, extendiendo los brazos.

Cogiéndola de los dedos tiré de ella con vigor. Cuando estuvo frente a mí me miró a los ojos. Parecía que acababa de abandonar un sueño.

—Sería necesario hacer un viaje —murmuró. Traté de atraerla contra mi pecho, pero se desligó vivamente.

—Vámonos —dijo avanzando hacia Jacinto.

Regresamos sin despegar los labios. Jacinto era el único que hablaba, quejándose del sol porque no había traído sombrero. Por momentos me felicitaba que estuviera con nosotros, pues su presencia nos aislaba y justificaba así nuestro silencio. Antes de llegar a la casa, Leticia se detuvo, aspiró el ramo de retamas y lo aventó por encima de una cerca.

—Mañana a las siete te espero en el terrado —dijo, y, adelantándose, cruzó sola el portón.

Las tunas asoleadas

A la mañana siguiente, cuando me disponía a salir hacia las vacas para beber el primer trago de mamanta, Felipe, que ya estaba levantado, me retuvo en su compartimiento. Una botella en su velador me reveló que aquella mañana había resuelto desayunarse con pisco. Mientras vertía el alcohol en una taza me comunicó que la noche anterior había tenido una discusión con Leonardo y que estaba decidido a abandonar San Gabriel.

—Lo que quiero saber es lo siguiente —agregó—. Tú has venido conmigo a la hacienda y por lo tanto yo soy responsable de tu persona. ¿Qué cosa piensas hacer?

Su pregunta me dejó vacilando. En ese momento no me sentí con ánimo para examinar detalladamente mi situación y le respondí que pensaba quedarme.

—¿Para qué? ¿Qué vas a hacer aquí? Lo mejor es que te vengas conmigo. Tú sabes cómo vivo yo, un poco a la aventura. Pero cambiarás de aire y no te aburrirás. Te digo por experiencia que no sirve quedarse mucho tiempo en un lugar. Ahora me voy a Chanchamayo, a instalar un aserradero.

—Quiero ayudar a Leonardo —contesté resueltamente—. En estos momentos no sería bueno dejarlo. Felipe se echó a reír.

—¡Muy simpático tu gesto, pero disparatado! ¿Qué ayuda le vas a prestar a Leonardo? Lo que él necesita es dinero. Está endeudado hasta la coronilla. Hoy día viajará a Santiago para ver si el Banco le hace un préstamo. Si no lo consigue tendrá que hipotecar la hacienda. En fin, todo esto se viene abajo. Yo soy como una rata que olfatea el naufragio.

—No importa —respondí con terquedad—. Me quedo.

—¡Haz como quieras! —exclamó de mal humor, reclinándose sobre la almohada. Su mirada recorrió las vigas del techo. Sus ojos entornados, sus mejillas escarlatas, me revelaron que el aguardiente producía sus efectos. Por lo general, Felipe nunca se emborrachaba, pero al tercer trago ingresaba en una especie de estado contemplativo, interrumpido por cortos accesos de violencia que restablecían el equilibrio.

Aprovechando su silencio comencé a retirarme, cuando sentí que me interpelaba.

—¿No será por otro motivo que te quedas?

Pensé pedirle una aclaración, pero él me rechazó haciendo un gesto vago con la mano.

—A tu edad he hecho peores cosas —dijo—. Pero déjate de rodeos y anda al grano. La gacela anda suelta y aquí hay muchos cazadores furtivos.

Cuando salí al patio, Leonardo estaba ya en traje de montar, listo para partir a Santiago. Ollanta y Alfredo también viajarían. A última hora había resuelto llevarlos consigo. Ollanta quedaría en la escuela de Santiago y Alfredo sería despachado al Colegio Militar de Chiclayo.

La despedida fue de una frialdad que me consternó. Había esperado una escena patética, con llantos y protestas de ternura, pero Alfredo se mantuvo seco y a la única que abrazó con efusión fue a Leticia. A mí se contentó con estrecharme la mano, murmurando que esperaba encontrarme a su regreso.

A partir de ese momento erré por el patio a la caza de alguna distracción. Luego de los últimos incidentes, la entrevista solicitada por Leticia recuperaba su importancia y se convertía para mí en la única justificación de aquella jornada. Estuve en la herrería viendo al negro

Reynaldo forjar una tenaza, pero pronto me di cuenta de que la espera solo sería soportable atacando al tiempo en sus raíces, es decir, en mi propia naturaleza.

Todos los alrededores de la hacienda me eran ya conocidos, pero había un lugar al cual no había regresado desde el comienzo de mi estancia: el Cerro de la Cruz. Yo había oído decir que en su cumbre se podían encontrar vizcachas y, escogiendo en la armería una escopeta y un morral, me puse en movimiento.

Luego de vadear el río comencé a trepar la cuesta por los atajos más escarpados. Varias veces estuve a punto de despeñarme. Poco antes de llegar a la choza divisé a la india Julia que arrancaba matas de yerbabuena. Estuve a su lado largo rato, viendo cómo se inclinaba para mostrar una nuca oscura que invitaba a poner mi mano. Poco a poco se fue alejando, volviendo de cuando en cuando la cabeza. Al fin solo fue un punto que mis pupilas retenían. En ese momento desperté, como de un letargo, y me sorprendió sentir contra mi palma el contacto frío de la escopeta.

Al llegar a la cumbre comencé a explorar el roquedal, en busca de las vizcachas. Mis esfuerzos fueron inútiles: en mi vida había visto una vizcacha. Decepcionado, exhausto, presa de una tristeza sin causa, me senté al lado de la cruz. Debía de ser mediodía. El sol se abatía sobre mi cabeza.

Desde aquel punto podía divisar todo el valle de San Gabriel, diríase que podía cautivarlo en la palma de mi mano. Frente a la hacienda se cruzaban los caminos, formando una inmensa, una desordenada cruz. Se veía el camino de Santiago que atravesaba quebradas y pastizales y moría frente al portón de la casa en una larga explanada roja; se veía también el camino de Mollepata, rico en tunales, en limoneros, en grandes flores encendidas que anunciaban la cercanía de los valles calientes; el sendero de las minas contorneaba el cementerio y se lanzaba hacia las cimas heladas, usando la roca y los abismos; la quebrada de Hauyrurán, por último, era como una grieta de mala tierra espinosa que descendía hacia los cerros del sur.

Todos esos caminos los había hecho muchas veces: a pie, sobre los burros peruanos, al trote de las mulas sufridas. No había recodo que mi curiosidad no atisbara. Por allí andaban tiradas todas mis tardes de encono o de holgazanería. Recordaba piedras, muchas piedras, semillas caídas al pie de los árboles, matitas de moras, musgo de las acequias, troncos caídos y húmedos, y los tunales, los interminables tunales. Todo eso era hermoso y tan grande para las pobres palabras. Cuando pensaba que detrás del horizonte había más cerros, más árboles, más animales, más casas, más piedras, y así, más y más, indefinidamente, me decía que no bastaba una lengua, que serían necesarias todas las lenguas de la tierra para cantar tanta grandeza.

Me encontraba de pie, apoyado en la cruz. Mis manos acariciaban su tosca madera, madera vieja que había perdido su resina. Al mirarla de cerca vi grabadas en su piel las iniciales, las fechas de todos los vallinos. Mi entusiasmo se escapó por una extraña fisura. En un instante, esa tierra grandiosa que yo había soñado, comenzó a poblarse de figuras humanas y no todas eran buenas, ni deseables, ni felices. De la tierra también brotaba la cizaña. Imaginé que debía de haber otros valles como San Gabriel, con sus señores y sus vasallos, sus sediciones y sus orgías, sus cotos de caza, sus locos encerrados en la torre. Mi tristeza renació y, sin poder dominarme, quedé largo rato inerte, desalentado, estrujando con los ojos la belleza inútil, el verdor desesperado de la tierra.

Fue solo al escuchar el ruido del molino cuando me di cuenta de que me hallaba cerca de la casa. Al detenerme recordé vagamente haber descendido del cerro a grandes zancadas,

haber comido tunas maduras al pie de un alto espino, haber tenido visiones fulminantes como un alucinado. Delante del portón quedé indeciso, sin resolverme a cruzarlo. Sentía vergüenza de regresar de caza con el morral vacío. Mirando a mi alrededor divisé un jilguero sobre una pirca y sin dilación lo abatí de un perdigonazo. Cuando quise recogerlo vi que por su pico abierto salía un hilito de sangre. No me atreví a tocarlo y lo dejé abandonado sobre la yerba.

Por la tarde estuve nuevamente en la herrería. El calor de la fragua me sofocaba. La figura de Reynaldo, cubierto de sudor y de chispas, me parecía por momentos una visión infernal, me recordaba la imagen de Vulcano que viera hacía años en un libro de estampas. Me sentía afiebrado, además, como si el sol hubiera encendido algún maleficio en mi sangre.

Hacia el atardecer me encontré en el terrado, dando vueltas entre los trastos polvorientos. Había sido conducido allí por un instinto oscuro más que por un acto deliberado. Sabía que Leticia habría de venir, pero no pensaba en ella, ni pensaba en nada. La cabeza me ardía y largas gotas de sudor me quemaban la frente. Pronto me dejé caer en el forraje sintiendo una pereza invencible en los párpados.

Cuando la oscuridad era casi completa Leticia apareció. Su silueta atravesó el umbral y se deslizó hacia mí. Tomando asiento sobre la paja, quedó silenciosa. Por las troneras penetraban las sombras y se acostaban a nuestros pies.

—Hoy día no has venido a almorzar —dijo al fin.

Quise responderle que había estado en el cerro, pero me di cuenta de que me costaría un esfuerzo enorme decirle qué cosa había ido allí a buscar y qué cosa había encontrado. Estirando la mano cogí la suya, la que retuve contra mi pecho.

—¡Estás ardiendo! —añadió, e inclinándose sopló sobre mi frente como si quisiera apagar una brasa—. Debes haber hecho mucho esfuerzo.

Su aliento me penetró por las narices. Bruscamente me incliné sobre un codo.

—Todo el día he esperado este momento —le dije—.

He estado en la herrería, he estado en el cerro, y el tiempo me ha parecido largo...

—¡Calla! —contestó, haciendo un gesto con la mano—. No debes hablar.

Se produjo una nueva pausa. Yo no sentía sino la mano fría de Leticia sobre la mía ardiente y el ritmo de nuestra respiración.

—¿Qué cosa tienes? —me preguntó—. Parece que tienes fiebre. Tiemblas de los pies a la cabeza. ¿No habrás cogido el aire?

—Sí, tengo fiebre... Ha sido el sol, han sido las tunas.

—Debes bajar y acostarte. Te llevaremos a la cama yerbabuena. Mañana conversaremos.

—¡No! —protesté—. ¡No quiero bajar! Quiero quedarme aquí. Voy a dormir aquí, sobre la paja. Voy a pasar aquí la noche.

—En la madrugada hiela.

El frío comenzaba a crecerme desde los pies.

—En la madrugada hiela y te puedes morir.

Había vuelto a caer de espaldas sobre la paja. En las sienes me batía la sangre. Por mis ojos pasaban como peces luminosos.

—Dime al menos para qué has venido.

Leticia se levantó. En la oscuridad apenas percibía su sombra rondando en torno de mí.

—Ayer te lo dije —murmuró—. He pensado hacer un viaje. Ya estoy cansada de San Gabriel. No tengo nada que hacer aquí.

—¡Felipe también se va! —la interrumpí—. Todo el mundo se va. Yo también quizás

parta...

—Eso es, justamente. Yo pienso ir a Lima, donde mis primas. Leonardo no me dejará ir sola. Si sabe que tú me acompañas será distinto.

—¿Es cierto lo que dices?

—Sí.

Por un instante quedé anonadado. Mentalmente, en una fracción de segundo, imaginé todo el viaje, vi la cordillera, al camión rodando sobre el fango, los arenales, y sentí la fatiga de los caminos.

—Veremos el mar desde la ventanilla —dije—. ¿Sabes que en la costa hay pequeños pueblos donde venden fruta y alfajores a los viajeros? La pista es como una cinta de brea que se desenrolla entre las dunas.

—Viajaremos juntos —respondió Leticia—. Pero eso sí: en Lima no nos veremos. Yo viviré con mis primas.

Estas últimas palabras me lastimaron. Leticia había vuelto a sentarse a mi lado.

—¿Por qué dices esto?

—Ellas son ricas. Tienen una casa grande con jardín. Estaré todo el día paseando con ellas.

—¡Tú eres como las demás! —exclamé, volviéndome contra la pared. En ese momento hubiera deseado quedarme solo. Me sentía angustiado. Debía ser la fiebre. Mis dientes castañeteaban.

Leticia me cogió de los hombros.

—¡Tú no me conoces! —hablaba con una precipitación desacostumbrada. Una vez hice un viaje hasta la mina, un viaje de seis horas por los precipicios, ¿te acuerdas? Yo hago las cosas así, sin pensar. Digo una cosa y luego hago otra. Me gusta cambiar de parecer, mejor dicho, lo cambio de un momento a otro... ¿No te das cuenta que soy...?

Bruscamente se interrumpió. Sus manos se habían ido deslizando por mis hombros y parecían buscar mi garganta. En ese momento sentí un miedo irreprimible.

—¡Suelta! —grité, tratando de rechazarla.

Ella siguió palpando mi garganta.

—¿Por qué tienes miedo? Tienes aquí la vena que late. ¡Y estás lleno de sudor! Debes bajar. Obedéceme y mañana seré buena contigo.

Sus manos me abandonaron. Todo se confundía en mi conciencia. Sin ofrecer resistencia dejé que me tirara de un brazo. Pronto me encontré de pie. Apenas habíamos dado unos pasos cuando sentí que Leticia me empujaba contra la pared y me oprimía con su cuerpo. Un ruido venía de la escalera.

—Sube alguien —murmuró.

Una luz comenzó a danzar en el cuarto vecino. Se escuchaban pisadas sordas y el rumor de una respiración silbante. Leticia separó el dorso y alargó la cabeza hacia el umbral.

—¡Es Jisha!

—¿Viene a robar?

Su mano me cubrió la boca. Cerca de mi oído sentí el roce de sus labios.

—Viene a buscar el grano para las gallinas.

Recordé que en la pieza vecina había un montículo de maíz. El ruido del grano penetrando al fondo de un costal llegaba hasta nosotros. El trabajo parecía interminable.

Leticia había apoyado su mejilla contra la mía, como para refrescarla. Su busto temblaba.

Una noche, antes de partir para la mina, la había tenido así, a mi merced, en mi habitación. Pero entonces estaba fuerte. Ahora, en cambio, podía apenas levantar los brazos para estrecharla. El ruido del maíz cesó. La luz se extinguió. Los pasos se fueron alejando.

—Es tiempo de bajar —dijo Leticia, separándose—. Yo bajaré primero y desde abajo te silbaré.

Quedé sentado en el granero, esperando su señal. Me sentía aéreo y sin peso, como si me hubieran vaciado las entrañas. No recuerdo si Leticia silbó o no. Lo cierto es que, de pronto, me encontré en el corredor, deslizándome hacia mi habitación. Al llegar a las arcadas me tropecé y caí sin sentido sobre el pavimento.

El vals

Mi convalecencia transcurrió sobre una perezosa, en el rincón más apartado del patio. Allí las horas eran suaves y la vida de la hacienda, atravesando el gran espacio soleado, llegaba a mí por lentas, por silenciosas oleadas. A veces veía a Leonardo emerger del escritorio y deslizarse bajo las arcadas, la cabeza caída, las manos a la espalda. Otras veces era Felipe quien surgía de la sombra para bostezar al cielo o encender al sol un cigarrillo, o la «gringa» María, quien cruzaba en diagonal el patio, a pasos acelerados, volviendo mucho la cabeza. Pero la única presencia capaz de destruir la calma y de turbarme, era la de Leticia. Me bastaba apercibir su figura en el corredor para que todas las cosas adquirieran de inmediato un valor de posición: una piedra en la cual podría tropezarse, una columna que me sustraía momentáneamente su silueta. Al pasar por mi lado me hacía un signo y yo abandonaba mi silla y la seguía.

Nos veíamos detrás de la cocina y de los gallineros, en una especie de terreno inútil que recibía la sombra de un quinuar. Julia siempre estaba presente en estas reuniones, a las que, por un designio de Leticia, les dábamos cierto aire de misterio. Repasábamos el mapa de la provincia, las mejillas muy juntas, el dedo perdido en los caminos de herradura. Leticia me preguntaba con seriedad acerca de los hoteles, de los autobuses, del costo de la vida en las ciudades del mar. Cuando le hablaba de Lima me escuchaba con atención, interrumpiéndome para hacerse repetir un detalle que apuntaba con esmero en su memoria. Yo encontraba estas entrevistas divertidas mientras duraba la presencia de Julia, pero pronto Leticia se ingeniaba para hacerla desaparecer. Entonces comenzaba el embarazo. En vano tratábamos de reanudar los proyectos. El plano, desplegado ante nuestros ojos, cambiaba de significación, dejaba de ser una carta rutera para convertirse en un pretexto a nuestra cercanía. Lentamente sentíamos que su presencia nos estorbaba, nos denunciaba, y lo dejábamos deslizarse a nuestros pies. Julia reaparecía y nosotros volvíamos a comenzar nuestra comedia de viajeros.

En una oportunidad, Leticia acudió al lugar con una cesta envuelta en una servilleta. Al deshacerla descubrió una fuente con papas, ají y una botella de chicha. Luego de beberla pesó un aire de siesta y saltando la pirca nos internamos en el potrero. Echados uno al lado del otro, dormimos mientras Julia vigilaba nuestro reposo. Desde aquel día, Leticia acudió siempre a las reuniones con la botella de chicha. A veces traía un cigarrillo que fumaba con torpeza. La siesta en el campo se convirtió en un rito. Al despertar descubríamos nuestros cuerpos muy juntos, como si se hubiesen buscado durante el sueño.

Aquellos días de reposo, de debilidad, de pequeñas exaltaciones campestres, me hicieron desentenderme un poco de los otros habitantes de San Gabriel. A raíz de mi enfermedad, todos me parecieron cobrar una especie de vida fantasmal. Pero me bastó recuperar las fuerzas para que mi curiosidad renaciera y me asomé fuera de mí, ávido de la vida y de todas las metamorfosis de la vida.

Felipe retuvo mi atención. Había perdido su sangre fría para convertirse en un hombre gruñón e impaciente. En la mesa no hablaba con nadie y las tardes las pasaba en su aposento dando de puntapiés a los muebles. Cuando salía, era siempre en dirección a las tabernas del camino, de donde regresaba tarde, con una borrachera discreta que le permitía dormir sin sobresaltos.

—¡No tengo plata ni para cigarrillos! —lo oía quejarse a menudo—. ¿Te das cuenta? ¡Yo, que en Trujillo he dado a los mozos propinas de cincuenta soles!

Cuando le preguntaba qué cosa esperaba para marcharse de San Gabriel, se enfurecía.

—¿Crees que me quedo aquí por mi gusto? ¡Si fuera por mí hace tiempo que me hubiera ido! Lo que pasa es que Leonardo no me paga. Hace tres semanas que espero. ¡No sé cuánto tardará! Se va a hipotecar la hacienda y ni siquiera han llegado los ingenieros para la tasación.

Estos llegaron de Santiago una mañana de sol. Su presencia produjo un pequeño alboroto y San Gabriel pareció recobrar su antiguo señorío. Hubo comilonas, excursiones, juegos de destreza. Leonardo tiró lo que quedaba de su casa por la ventana. Su táctica era impresionar a los peritos bajo una falsa apariencia de bonanza. El aguardiente corría por torrentes. Los ingenieros pasaron la mayor parte del tiempo borrachos. Uno de ellos se partió la cabeza contra una mesa. El otro tragó hasta reventar y en una noche de vinos quiso violar a una de las cocineras. La víspera de su partida hubo una gran fiesta que duró hasta la madrugada. Temprano, Leonardo los ayudó a subir a sus caballos, les llenó las alforjas de jamones y los despachó a Santiago como a dos encomiendas.

—Espero que se lleven un buen recuerdo —dijo, mirándolos trotar alocadamente, seguidos de una polvareda.

Una tarde Felipe estalló.

—¡Ya no aguanto más! —dijo acercándose a mí—. ¡Tengo que irme de acá! Con tanta demora voy a perder mi puesto en el aserradero. Vas a ir ahora mismo donde Leonardo y le vas a decir que hasta cuándo voy a esperar. Yo no quiero hablar con él porque terminaremos discutiendo. Anda... y consígueme si puedes un cigarrillo.

Saliendo del dormitorio me dirigí a la oficina. Leonardo no estaba allí, tampoco en la sala ni en el comedor. Regresando al claustro comencé a recorrer las dependencias de la hacienda. En la armería encontré al negro Reynaldo.

—Ha ido para la cuadra —me informó.

Había oscurecido. Antes de cruzar el portón oí relinchar a los caballos. Durante largo rato vagué por los pesebres respirando ese olor espeso donde se confundían el heno fresco y el estiércol. Estaba dispuesto a retirarme cuando escuché un ruido de voces que venían del aguazal. Por aquel lugar había un pozo condenado. Sin vacilar me dirigí hacia el lugar, pero a los pocos pasos me detuve súbitamente. Leonardo, sentado en el brocal, abrazaba a una mujer.

Dándole la espalda, me fugué hacia el patio. Allí estuve a punto de derribar a Jacinto, quien con un catalejo observaba el firmamento.

—Fíjate —me dijo reteniéndome por el brazo—. Allí sobre los cerros, hacia la izquierda, hay una estrella roja que parpadea.

Cuando cogí el lente mis manos temblaban.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Ni yo mismo hubiera podido responderle. Pensaba aún en aquella silueta que había visto adherida al cuerpo de Leonardo. Me había parecido reconocer la mantilla de una lugareña.

—No veo nada —le repliqué.

—¡Allí, mira allí, sobre los cerros! ¿No la ves? Es una estrella roja con una larga cola. Es un cometa, es como una anunciación, algo va a pasar en estos tiempos. ¡Algo que cambiará todas las cosas!

No pude distinguir nada porque, en realidad, mi mente estaba ocupada en otras cosas.

—Debías limpiar la luna —le respondí, retirándome hacia la sala.

Dejándome caer en un sillón quedé aturdido. Pensaba que Leonardo tendría que pasar por allí. Maquinalmente me acerqué al fonógrafo y puse un disco. La música me fue distrayendo. Era aquel viejo vals que Leticia bailara el primer domingo que pasé en San Gabriel.

La noche que en el baile
tus ojos brujos se me clavaron...

Recordé su figura girando en brazos de Tuset. Una crispación extraña me oprimió el corazón. No era nada en particular, sino la sensación del tiempo transcurrido, del pasado irrecuperable. Nuevas imágenes, como por imantación, se congregaron en torno a la primera.

¿Quién será?, ¿quién será?
Me pregunto sin cesar...

Vi los grandes ojos de Lola cuando a media voz repetía estos triviales versos. El perfume de su ropa me hirió las narices. Experimenté la necesidad de verla, de hablar con ella y comenzaba ya un diálogo imaginario cuando unos pasos resonaron en la sala. Al levantar la cabeza vi a tía Ema que había quedado inmóvil a pocos pasos del umbral.

—¿Tú has puesto ese disco? —preguntó avanzando hacia mí.

—Sí.

—¿Por qué lo has puesto?

—No sé.

Ema se detuvo a mi lado. Sus ojos no me abandonaban. En el fondo de ellos distinguía un examen triste, una difícil ironía. Mi inquietud crecía. Deseaba que alguien entrara y nos interrumpiera.

—Vamos a bailar —dijo, extendiendo la mano hacia mí.

Al principio creí que bromeaba, pero cuando me tomó del puño me sentí incapaz de rehusar. Me estrechó contra su busto y los objetos comenzaron a circular. El gran espacio libre nos permitía desplazarnos con celeridad. Veía sucesivamente el fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—¿Estás asustado? —me dijo de pronto—. ¿Por qué? ¿Le tienes siempre miedo a las mujeres?

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—Yo quiero saber una cosa... —prosiguió—. Yo tengo más de treinta años y puedo ser como tu madre...

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—Tú no podrás engañarme nunca porque todavía eres un chico...

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—¿Por qué se van detrás del gallinero? Todas las tardes se ven...

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—Te ves allí con Leticia. ¿De qué cosas hablan?

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—Hablarán seguramente de ustedes, de lo que se habla cuando se tiene dieciséis años...

El fonógrafo, el balcón, el comedor, el patio...

—¡Del gran amor, eso es, del gran amor de la juventud!

La música cesó. Aún alcanzamos a dar una vuelta. La aguja raspaba la parte muerta del disco. Pronto nos detuvimos. Yo no atinaba a responder nada.

—Escucha —prosiguió Ema—. Yo no quiero que entre tú y Leticia suceda nada. Yo no tengo ninguna autoridad sobre ella para darle consejos. Pero tú eres ya una persona razonable y puedes hacerme caso. No me importaría nada si tú y Leticia no fueran primos hermanos. Las cosas entre parientes nunca salen bien. Allí tienes a Jacinto, y a Aníbal, que se tiró al río... Sus padres fueron parientes. Se casaron entre sí para sumar dos chacras y hacer una hacienda. He vivido siempre entre gente anormal. La misma Leticia...

Jacinto penetró en ese momento. Ema, que me había cogido del brazo, me soltó.

¡Lucho! —exclamó Jacinto—. ¿Vas a venir? El cielo está más claro, ahora se ve mejor.

Ema abandonó rápidamente la sala. Yo miraba a Jacinto sin contestar.

—¿Por qué no quieres venir? Tú estás molesto conmigo, ya no me quieres... Leonardo tampoco. Acabo de verlo venir del aguazal con Julia. Dice que soy un idiota...

—¿Dónde está Leonardo?

—Ha entrado al escritorio.

—Espera —dije, y salí de la sala.

Leonardo estaba de pie, junto a su pupitre. Al verme aparecer quedó observándome con cierto aire indagador.

—¿Tú has estado en el pesebre? —preguntó.

—No —repliqué resueltamente.

—Alguien caminaba por allí —añadió, y girando sobre sus talones quedó mirando por la ventana. Quedé en suspenso, sin saber qué decirle. Pensaba en las figuras abrazadas sobre el brocal.

—Necesito un cigarrillo —fue lo único que atiné a decir.

—¿Tú también estás fumando?

Cuando se volvió para mirarme, observé que sus ojos estaban ligeramente hinchados, las pupilas acuosas. Por más esfuerzos que hizo para mantenerse grave se tambaleó hacia un costado. No cabía duda: estaba bebido.

—Es para Felipe —contesté.

—¿Y por qué no se los compra?

—No tiene plata. Dice que tú le debes.

Leonardo se dejó caer en la silla y se acodó sobre el escritorio. Su cabeza se deslizó lentamente entre sus manos hasta golpear la madera con la frente. Durante largo rato permaneció así, sin decir nada. Por un momento creí que dormía.

—Estamos fregados..., estamos fregados... —mascu-lló sin levantar la cara, mientras su mano se extendía por la mesa, como si buscara un punto de apoyo. Lo primero que encontró fue una regla. Cuando la tuvo entre los dedos enderezó la cabeza para observarla con curiosidad—. Esto es una regla... —dijo—. Esto es una regla —y dejándola caer se puso de pie con un movimiento enérgico—. ¿Tú me acompañarás? Pasado mañana iremos al fundo de don Evaristo. Hablaremos de negocios: quizás tenga que vender San Gabriel.

Las visiones

A pesar de la advertencia de Ema continué viendo a Leticia, pero su cercanía me inspiraba cierto recelo. Cada vez que Julia nos abandonaba y que Leticia aprovechaba para proponerme uno de aquellos juegos donde la inocencia servía al placer, yo participaba en ellos con tantos escrúpulos y me mostraba tan torpe que Leticia terminaba por enfadarse.

Uno de estos juegos consistía en otorgarme un premio singular por cada una de mis proezas. Cuando atravesaba el arroyo sin descalzarme, permitía que la cogiera del talle. Si me aventaba de las ramas altas del quinuar, podía besarla en la mejilla. Dar unas brazadas en la laguna de los patos era una hazaña que ella recompensaba con una sesión de lucha libre, que terminaba indefectiblemente entre risas y arañones.

Leticia, cansada, sin duda, de someterme siempre a las mismas pruebas, decidió mostrarse más exigente. Una tarde, señalando el viaducto que transportaba agua al molino, me propuso que hiciera equilibrio sobre su maderamen. La prueba me pareció demasiado peligrosa y rehusé de una manera tajante.

—¿Conque no quieres? —exclamó—. Pues no sabes lo que te iba a dar.

—¿Qué cosa? —pregunté, picado de curiosidad.

Leticia se aproximó a Julia y le dijo algo en secreto. Ambas se echaron a reír.

—¿Aceptas o no? —dijo Leticia—. Tienes tiempo de responder mientras cuento hasta diez.

Cuando cantó el último número respondí que no. Era tarde para arrepentirme. Leticia me fulminó con la mirada y, dándome la espalda, se retiró saltando sobre las matas de ortiga. Yo busqué los ojos de Julia, como pidiéndole una explicación. La pequeña sirvienta hizo un gesto de ignorancia con los hombros.

—¿Qué cosa te ha dicho al oído? —la interrogué, cogiéndola de los brazos.

Como ella no me respondiera, sentí estallar en mí una cólera señorial. Mirando a mi alrededor busqué algo con que golpearla. Como no viera nada, levanté el brazo y crucé su mejilla con el revés de la mano. En el acto sus piernas cedieron y quedó de rodillas delante de mí. Permanecí atónito, casi irritado por esa muestra de humildad. Luego me alejé corriendo hacia el viaducto, escalé su soporte y me tendí desesperado sobre la canaleta hasta la puesta del sol.

Yo estaba seguro de que Leticia tomaría algunas represalias, pero no imaginaba en qué podían consistir. Muy de mañana partía con Julia hacia el campo y no aparecía hasta la hora del almuerzo. Debían caminar por atajos extraños porque cada vez que salí en su busca no pude encontrarlas. El resto del día lo pasaba poniendo discos en la victrola o jugando a las cartas con Felipe.

Estas partidas se hacían cada vez más largas y más significativas. Felipe le pellizcaba la pierna con la mayor frescura, amparándose en su autoridad de tío. Leticia se contentaba con reírse. Yo tenía la impresión de que ella le hacía maliciosamente la corte. Un día los sorprendí conversando en voz baja cerca del portón. Cuando me vieron aparecer quedaron callados.

Para tranquilidad mía, Felipe tuvo que partir hacia las minas. En esos días había llegado un nuevo capataz, un zambo de ojos oblicuos y larga cicatriz en la mejilla, que cantaba y

tocaba la guitarra. Su presencia aportó una pizca de mar y marinera. Felipe se emborrachó con él, lo hizo bailar y quedó encantado de su persona. Era un sargento desertor, perseguido por la justicia, y solo así se explicaba que renunciara a la costa, a las palmeras, para confinarse en el páramo.

Aprovechando la ausencia de Felipe traté de aproximarme a Leticia. Como ella rehuyó todos mis avances e hizo oídos sordos a mis protestas, llegué a encolerizarme.

—¡Muy bien! —la amenacé—. Pues desde ahora te digo que a Lima me iré solo. Te quedarás aquí toda tu vida. ¡Te pudrirás en tu chacra como Lola!

Leticia levantó los hombros.

—Tú no eres el único que viaja a Lima —me respondió—. Felipe lo hará antes que tú y él ha dicho que me va a llevar.

Esta declaración me dejó inquieto. No solamente había faltado a su palabra de no revelar el secreto de nuestro viaje, sino que había escogido a Felipe como confidente y yo no tenía en Felipe ninguna confianza. Su presencia al lado de Leticia me inspiraba sospechas crecientes. Cuando regresó de la mina continuaron ambos sus manejos. Se paseaban del brazo por el claustro o se perdían una hora en la huerta para recoger una miserable docena de duraznos.

El único partido razonable me pareció acomodarme a sus proyectos. A la primera ocasión abordé a Felipe.

—Hace poco me preguntaste si quería irme contigo de San Gabriel —le dije—. Entonces te respondí que no. Pero ahora he cambiado de opinión. Ahora viajo con ustedes.

Felipe quedó perplejo.

—¿Con ustedes? —preguntó.

—Leticia me ha dicho que irá contigo.

—La pobre se lo creyó —repitió Felipe entre dientes. Luego se volvió hacia mí—. Le prometí llevarla para que no me fundiera la paciencia. Pero no viajaré ni contigo ni con ella. Tengo que viajar solo. ¿Entiendes?

Yo corrí inmediatamente al dormitorio de Leticia, feliz de poder darle esa mala noticia. La encontré sentada sobre el baúl, un lápiz en la mano, delante de un papel de carta.

—¡Felipe no te llevará! —canté avanzando hacia ella—. ¡Óyelo bien, no te llevará!

Ella levantó la cabeza hacia mí, como si no me comprendiera. Cuando le repetí la noticia hizo una mueca de indiferencia y, sin responder, continuó ocupada en su carta. Quedé desorientado, mirando la escritura surgir regularmente del lápiz. Fijando más la atención me di cuenta, sin embargo, de que lo único que hacía era trazar palotes, cada vez más profundos. Cuando el papel se rasgó, Leticia se puso de pie y salió fuera de la habitación. Desde las arcadas la vi cruzar el patio corriendo y penetrar en el cuarto de Felipe. Al llegar a su lado la encontré ocupada en una minuciosa labor de destrucción. Había destrozado la botella de pisco que Felipe dejaba en su velador. Cogiendo el chisguete de pasta de afeitar lo aplastó con sus pies hasta reventarlo. Luego se volvió hacia mí jadeando, me rozó, cruzó el umbral y se perdió en el patio.

Esas cóleras arruinaban su frescura. Por la noche apareció en el salón lívida y ojerosa. En un rincón de la pieza, jugando solitarios, permaneció apartada de la charla. Felipe hacía conjeturas sobre el desorden de la habitación, sin que ellas despertaran en Leticia el más leve sobresalto. Solamente cuando Leonardo me dijo que a fin de semana partiríamos hacia la hacienda de don Evaristo, interrumpió su juego y quedó pensativa delante de sus naipes derramados.

Pocos días después, una noche que teníamos visita —don Casildo había venido para hacer parir a la mujer del carpintero—, Leticia, que continuaba ensimismada en su rincón, pegó un grito y quedó crispada sobre la silla, los ojos fijos en la ventana. Solo después de beber un vaso de agua pudo articular la voz y dijo que había visto un hombre en el balcón. Luego se rectificó y dijo que era una mujer. En vano abrimos la mampara para espiar el camino. No se veía una sombra. Cuando Felipe, que venía de su habitación, se enteró del incidente, se echó a reír.

—¡Si tenía barba, pero llevaba faldas, debía ser un cura!

Don Casildo habló de las almas benditas del purgatorio. Se contaron historias. El motivo original se olvidó. Pero como Leticia continuara lanzando miradas inquietas al balcón, Leonardo la envió a dormir.

—Que Julia lleve su colchón —dijo—. Así estarás acompañada. Y si mañana te sientes con ánimo, vendrás con nosotros hacia el interior. El viaje te hará bien.

Al día siguiente, en efecto, cuando fui a la cuadra encontré a Leticia ensillando su yegua. Leonardo se nos reunió. El sol, el aire de la mañana, el viaje por emprender nos tenían contentos, con una de esas alegrías sin palabras que se manifiestan en los gestos seguros, en la destreza de los movimientos. A las diez echábamos los pellones sobre las monturas. Cinco minutos después íbamos al paso por el gran camino de oriente.

Pronto hube de sufrir una decepción. Cuando atravesamos el pueblo de Mollepata, Leonardo abandonó la ruta de penetración y tomó un camino lateral, explicándome que don Evaristo no se encontraba en sus tierras de la montaña sino en su casa de la puna. Yo, que había soñado con una temporada de calores y de frutas de tierra baja, tuve que resignarme a esa escalada por roca caliza hacia las pampas que mordían con su aire y mataban el ánimo. Así anduvimos los tres, casi sin hablar, hasta perder de vista la arboleda y encontrarnos con las primeras matas de pajabrava.

Leticia parecía amar esos parajes porque de inmediato se puso a galopar delante de nosotros. Varias puntas de carneros fueron saliéndonos sucesivamente al paso, confundiéndonos, sin duda, con los distribuidores de la sal. Alrededor de los caballos formaban un remolino de lanas que balaban. Los pastores y los perros de guardia llegaban luego y arrastraban al ganado a ladridos y zarandazos. Solamente al atardecer divisamos el cerco de la casa-hacienda. Cuando atravesamos el portal Leticia había ya desmontado y abrazaba en el patio a la mujer de don Evaristo.

Don Evaristo había añadido al núcleo de una vieja casa colonial dos alas costeras llenas de largas ventanas, que pedían a gritos mar y palmeras. El conjunto era coqueto e incoherente. Los albañiles terminaban de construir en la parte de atrás una especie de pabellón de caza. Hacia la derecha se veían unas habitaciones de barro reservadas a la mayordomía. En una de ellas había un tumulto de indios. Don Evaristo dijo que la noche anterior un pastor había sido alcanzado por un rayo.

Apenas ingresamos se comenzó a beber. En el salón, donde ardía una enorme estufa, se encontraban los dos únicos compañeros del patrón: su cocinero y su veterinario. Luego recorrimos la casa, sin dejar nuestros vasos, siguiendo a don Evaristo, quien, pleno de arrogancia, nos mostraba los cuartos de huéspedes. Había ocho en total, todos alfombrados y provistos de estufa. Leonardo no podía disimular su envidia al comparar ese lujo con las habitaciones húmedas de San Gabriel.

Luego de la cena en la cual el cocinero que era un suizo traído de un hotel de Lima— se

esmeró preparándonos extrañas salsas, los hombres quedaron al lado del fuego, contando chismes de la región. La mujer de don Evaristo, Leticia y yo pasamos a una pieza contigua, donde había un piano. Doña Susana, vestida siempre a la limeña, como si se aprestara a salir de compras, nos hablaba de sus hijos que estudiaban en Lima y que luego viajarían a Estados Unidos para aprender el inglés. Leticia, achispada por el vino, la interrumpía constantemente para decirle que ella sabía inglés, que ella iría también a Estados Unidos. Al ver el piano sostuvo que ella sabía tocar, pero que no lo hacía porque la ponía triste. Durante media hora habló sin interrupción apelotonándose en el sofá, levantándose de un brinco para caminar por la sala, sentándose en la alfombra, riéndose de sus invenciones, hasta que al final, cuando doña Susana, fatigada ya, dijo que se iría a acostar, quedó quieta en su sitio, apagada, sin luz en las pupilas, como privada de su inteligencia.

Durante largo rato permanecimos los dos solos, frente a frente, sin hablar, escuchando venir del salón contiguo juramentos y ruido de vasos que chocaban. A pesar del cansancio no me decidía a retirarme. Esperaba algo de Leticia, alguna reparación luego de nuestra disputa del viaducto. Al fin se resolvió a mirarme con cierto aire de curiosidad, como si se asombrara de que su silencio no me hubiera batido en retirada.

—¡Tú sigues ahí! —suspiró—. ¿Por qué no te vas a acostar? Apenas sabes montar a caballo y debes estar molido... He estado pensando en las penas —añadió rápidamente—. Hace días que no pienso más que en eso. Ahora, mientras hablaba, también pensaba. El otro día nadie me ha creído, pero fue verdad que vi un hombre en el balcón.

Estaba apoyado en la baranda, como si se hubiera trepado con una escalera desde el camino.

Al cabo de un momento añadió:

—Por eso es que me quiero ir de San Gabriel, porque en San Gabriel penan. No todos lo saben, claro, pero Jacinto lo sabe y Alfredo también. Por eso es que Alfredo partió.

—En Lima también hay penas... —contesté.

—Pero deben ser diferentes. Aquí hay penas de indios que han muerto, penas de curas también, que son las peores.

—No creo yo en eso.

—¿No crees? Fíjate —en el acto bajó la voz—. La otra noche empujaron mi puerta. Primero fueron unos golpes, luego la manija se movió. Yo encendí la luz, pero no grité. Esperaba que entraran para hacer la señal de la cruz. Pero no pasó nada. Se fueron despacio, sin hacer ruidos de cadenas como otras veces... ¿Te da risa? ¡Claro, tú no entiendes de estas cosas! Pero un día se te aparecerán y quedarás muerto de susto. Me voy —dijo, levantándose —. Acompáñame a mirar mi cuarto.

La seguí. A mitad del pasillo se detuvo. Cuando llegué a su lado la noté agitada.

—Hay días que tengo un miedo horrible... —dijo rápidamente—. Un miedo que dura semanas y semanas... No sé de dónde vendrá. Luego desaparece.

Sin aguardar mi respuesta prosiguió su marcha. Al llegar a su habitación encendió la luz.

—Mira tú debajo de la cama —dijo, y mientras yo obedecía, ella aguaitó en el ropero y luego espió los corrales desde la ventana—. ¡Fíjate! —exclamó de pronto—. ¡Allí está, allí está!

Cuando corrí hacia la ventana Leticia señaló los galpones.

—¡Allí! ¿No ves...? ¡Se fue! ¿Por qué no te has apurado?

Por más que escudriñé en la oscuridad no pude distinguir nada. Tan solo se escuchaba un

rumor de voces viniendo de las dependencias.

—Deben ser los serenos que hacen la ronda.

Leticia quedó pensativa.

—No. Era él —respondió con convicción.

Luego cerró la ventana y corrió lentamente el cerrojo.

—Pero no tengo miedo —añadió—. Aquí es diferente, aquí no pasa nada... Puedes irte. Esta noche voy a escribir una carta.

Quedé un momento indeciso. Luego me retiré a mi dormitorio. Abriendo la ventana observé durante largo rato los galpones. El ruido de voces continuaba. Pronto apareció don Evaristo, una linterna en la mano, seguido de sus invitados, a quienes seguramente mostraba las instalaciones. El veterinario llevaba un sombrero de fieltro blanco, como el que usan los moradores de San Gabriel. Poco después se perdieron en la oscuridad.

El abandono

En San Gabriel había una bicicleta. Un día la descubrí mientras husmeaba por los depósitos de la hacienda. Fue cuando regresamos de la puna. Los campos habían madurado, habían dado todos sus frutos y yacían abiertos, extenuados y lívidos, esperando la época del barbecho.

Era extraño ver allí una bicicleta, verla donde no había caminos planos. A pesar de ello se la entregué a Reynaldo para que me la compusiera y, cuando estuvo lista, me entretuve rodando sobre las lajas del claustro.

Jacinto, entusiasmado por mi hallazgo, quiso de inmediato imitarme y con él me lancé por las rutas escarpadas, por las cuestas, nos estrellamos, reventamos cámaras, pero al fin aprendió a conducir y se convirtió en un avezado ciclista. Sin la compañía de nadie hacía extensas excursiones para las cuales, obedeciendo sabe Dios a qué idea singular del pilotaje, se ponía su terno dominguero.

Fue también en esa época cuando vino la gente de don Evaristo. Venían para cortar los cuatrocientos eucaliptos que Leonardo le había vendido. Con Felipe fui varias veces al bosque para verlos trabajar. De unos troncos hacían leña. Otros se los llevaban enteros para la represa que construía su patrón. Se los llevaban a pulso por las quebradas, como las hormigas que arrastran una oruga.

Felipe, habiendo recibido su paga, se puso a hacer su equipaje. Cuando sus maletas estuvieron listas y todos esperábamos verlo partir, le sobrevino una especie de apatía y, vestido siempre de viajero, lo vimos pasearse por las arcadas con ese aire desconcertado, perplejo, incrédulo, un poco idiota e irremisiblemente cómico de la persona que ha perdido un tren. Al fin se encerró en su cuarto y comenzó a consumir y a pagar la cerveza de la hacienda. Leonardo decía que a ese paso no llegaría ni a Santiago. Por las noches nos mandaba llamar a Jacinto, al criado Jisha y a mí y nos regalaba dinero.

—Yo necesito gastar —decía—. Pero como en San Gabriel no puedo hacerlo, regalo la plata. ¡Diviértanse, muchachos, tiren los reales por la ventana!

La única que se inquietaba por eso era tía Ema. A veces penetraba en el cuarto cuando todos estábamos reunidos en gran fiesta y, echándonos fuera, quedaba sola con Felipe. Detrás del tabique la escuché recriminarlo, instándolo a partir de inmediato o a entregarle su dinero para guardárselo.

Pero Felipe no se dejaba domeñar. Precisamente en ese plan de derroche, expidió una tarde a Jacinto hacia Mollepata para que le trajera unas botellas de champaña. Jacinto se obstinó en viajar en bicicleta no obstante estar el camino enlodado. Lo esperamos hasta el anochecer y ya íbamos a salir en su búsqueda cuando los indios de la comunidad de Urcos aparecieron trayéndolo cargado. Se había venido cuesta abajo zafándose un tobillo. De la bicicleta traían la carcaza.

Primero se pensó en trasladarlo a Santiago, luego en telegrafiar al médico de esa localidad, más tarde en recurrir a los auxilios de don Casildo, por último fue Tobías, el carpintero, quien le puso el pie en su lugar, como quien compone la pata de una mesa.

Quien más tronaba en medio de este ajetreo era Felipe, no por Jacinto ni por la bicicleta,

sino por su champaña. Como el único responsable estaba malherido y no podía descargar contra él su mal humor, sostuvo que había desaparecido un sol de su velador e inculpó a Jisha de tal fechoría. El criado, aturdido, no acertó a defenderse, por lo cual Felipe lo arrastró al terrado y, atándole las manos con una cuerda, lo suspendió a una de las vigas del techo. A los cinco minutos, aburrido o arrepentido, lo soltó y lo despidió con un puntapié en el trasero.

Así pasaban los días en San Gabriel, días de las últimas lluvias estivales. Pequeñas y grandes miserias se sucedían. Ellas interesaban un día, aburrían otro, conmovían poco, no enseñaban nada y terminaban infaliblemente por olvidarse.

La llegada del padre Argensolas, sin embargo, fue un acontecimiento de cierta resonancia. Una mañana apareció en el patio en una hermosa yegua trotera. Cuando desmontó para avanzar alforja al hombro hacia las arcadas, su talante nos impresionó. Era de una altura poco común para la gente de las sierras. Era blanco, además, calvo del frontal, con dos ojos oblicuos y celestes que parecían escudriñar constantemente algo que estaba detrás de nosotros, detrás de los muros.

Lo primero que nos sorprendió fue su manera de dar la mano. Sus dedos apenas rozaban los nuestros para evadirse en seguida como bajo el efecto de una repulsión eléctrica. Sentado en un sillón de la sala, permaneció largo tiempo hablando de cosas nimias, del tiempo, del camino, evitando las respuestas concretas y creando intencionalmente una atmósfera de misterio en torno a su persona. Fue solo durante el almuerzo cuando confesó que viajaba hacia Lima, pues había sido llamado por un personaje para ciertas «consultas secretas».

Luego nos enteramos de que se dedicaba a la magia blanca y al ocultismo. Dijo haber realizado toda clase de prodigios, desde la curación de enfermedades mortales hasta el hallazgo de personas y de bienes perdidos.

—Aquí no interviene Dios ni el demonio —dijo—, sino el ejercicio de mis facultades mentales.

A pesar de no probar una gota de licor, a fuerza de hablar y de fumar alcanzó un estado de excitación vecino a la embriaguez. Habló de una ahijada suya que movía objetos a distancia y que pronto alcanzaría, bajo su dirección, el don de la ubicuidad. Dijo, por último, que si él quería podía ver en ese momento al Papa.

Su declaración nos dejó atónitos. Presionado especialmente por las mujeres, convino en efectuar este prodigio. Todos pasamos a la sala. El padre Argensolas tomó asiento en un sillón y nosotros nos agrupamos a su alrededor. Luego de ordenar que cerraran las cortinas, estiró los brazos y comenzó a observar las palmas de sus manos. Su rostro adquirió los rasgos de una atención extrema. Sus dedos largos y huesudos se crispaban y se estiraban alternativamente.

—Es necesario concentrarse —decía—. Basta que alguno de ustedes se desinterese para que el fenómeno no se produzca.

En efecto, de sus dedos emanaban radiaciones casi imperceptibles, como si entre una y otra de sus manos circulara un fluido eléctrico. Entretanto, el padre describía lo que estaba viendo: al Papa en Consejo de Cardenales, sus vestiduras, el decorado romano. Cuando terminó, Ema sostuvo que había visto una mitra. Felipe se echó a reír.

El padre lo miró con sarcasmo.

—¿Cree usted que soy un embustero? Claro, usted es un materialista y solo adora lo que está al alcance de sus sentidos. Yo sé qué cosas le gustan a usted: las mujeres y el aguardiente.

Felipe cambió de expresión.

—Para que no me tome por un charlatán —prosiguió el padre— le voy a adivinar el porvenir.

Felipe aceptó de buena gana. La tensión que había creado el padre aumentó, Leticia no había despegado los labios en todo el tiempo y seguía los ademanes, recogía las palabras del visitante con una inquebrantable convicción.

—Eso sí —añadió el padre—. Necesito un momento de concentración. ¿Tiene usted una habitación tranquila? Descansaré durante unos minutos.

Leonardo lo condujo a uno de los cuartos de huéspedes. Al cabo de diez minutos el padre reapareció. Arrellanándose en un sillón de la sala abrió la boca.

—Usted tiene entre manos una gran empresa. Podría volverse millonario si trabaja con tino. Pero trabajar en la montaña no da buenos resultados, salvo que se posea un enorme capital. Además, usted cometerá pronto un acto de deslealtad. En resumen, solo veo el fracaso, lo siento mucho. Eso es todo lo que sé.

El padre calló. Felipe no se atrevió a contradecirlo. Fue Leonardo quien, no sé por qué motivo, puesto que era tan incrédulo como Felipe, resolvió consultarle las visiones de Leticia. Durante algunos minutos el padre observó a Leticia distraídamente, mientras hablaba de otras cosas, como si no hubiera escuchado la solicitud de Leonardo. Al fin se levantó y, cogiéndola de los hombros, la miró fijamente en los ojos. Así estuvo mirándola largo rato, mientras nosotros permanecíamos suspensos. Por último la dejó:

—¡Muy curioso! —dijo—. Pero no es nada que no sea humano.

—¿Qué cosa? —preguntó Leonardo.

—Nada, nada. Ya usted mismo lo sabrá.

Por más que insistió, el padre no explicó su respuesta. Dijo que estaba agotado y se fue a dormir. A la mañana siguiente partió. Nosotros no olvidamos sus ojos, ni su sotana, ni su apariencia de loco prodigioso. Era un charlatán de lujo, seguramente, pero que tenía entre sus dedos, al menos, un hilo de la verdad.

Poco después Felipe nos dijo que se iba. Desde ese momento en la hacienda todo cambió. El forastero nada advertiría, pero para mí las estrellas tenían un diferente fulgor. A fuerza de mirarlas había reconocido su lenguaje. Una voz estelar caía de los cielos.

Fue una tarde. Felipe dijo:

—Parto esta madrugada, a las tres. Me despediré de ustedes antes de la cena, porque luego estaré arreglando mi equipaje.

A las diez de la noche Felipe abrazó a todos y se retiró a su dormitorio. Quedamos en la sala. Se puso en seguida un disco. Yo bailé con Leticia y la noté distraída, distinta. Sus movimientos eran torpes y sus brazos se apoyaban cansadamente en mis hombros. Su cabellera estaba un poco deshecha y dejaba caer una especie de aroma a flores de velorio.

—Estás triste —le dije.

—Es verdad —me respondió—. Pero no tiene importancia.

Eso fue todo. Me acosté cerca de medianoche. Felipe, en su compartimiento, arreglaba por centésima vez su equipaje. Luego salió a la cuadra para ensillar su caballo. Pasaban las horas. Dormí probablemente un sueño breve y sin ensueños. El relincho de una bestia me despertó cerca del alba. Desde mi cama escuché los cascos de una cabalgadura andando hacia el portón. Felipe partía... ¿Volvería a verlo alguna vez?

De un salto me precipité a la ventana para contemplar su silueta perdiéndose en ese viaje del cual se prometía tanta fortuna. Descorriendo el visillo divisé el camino, luego el recio

alazán que Felipe tiraba de la brida. Un segundo caballo apareció. Lo reconocí en el acto: era el de tía Ema. Ella misma lo montaba, envuelta en su mantilla azul, el sombrero blanco tirado sobre la frente. Ambos espolearon, partiendo en un trote suave hacia Santiago.

Bajo el efecto de la incredulidad abrí la ventana y saqué medio cuerpo sobre el alféizar. Helaba. Apenas se distinguían las siluetas doblando la curva del camino. Una luz se vio en uno de los balcones de la casa. Leonardo, apoyado en la baranda de su cuarto, había encendido un cigarrillo y lanzaba la primera bocanada de humo sobre la ruta ya desierta.

La picadura

Al principio se trató de disimular el abandono. Leonardo dijo que Ema se había visto obligada a partir repentinamente hacia Santiago para asistir a tía Mabila que estaba enferma. Los servidores lo creyeron, Leticia también, pero la «gringa» María, lejos de aceptar el embuste, comenzó a hacer alarde de su incredulidad. Cada vez que Leonardo, en posesión ya de su mentira, la recreaba dándole nuevas formas, la «gringa» buscaba maliciosamente nuestros ojos, reía para sí y se servía grandes vasos de chicha, que bebía a golpes largos, satisfecha de su sutileza, en su papel de silenciosa denunciante.

La comedia no duró mucho tiempo. Leonardo dejó de hablar bruscamente de Ema o de Mabila. Se comía, entonces, lentamente y en silencio. Esa larga mesa poblada antes de gritos y batallas parecía descomunalmente triste. María ocupó un día con deliberación el sitio que dejó la fugitiva. Esta actitud ahorró muchas palabras. Cuando la vimos sentada allí comprendimos que ya no cabía esperar nada. Cerrada la brecha, todo volvía a la normalidad.

Yo erraba por los laberintos de la casa, indeciso, desalentado. Pensaba que nada era capaz de retenerme en San Gabriel, ni las personas, ni los lugares. Ido el verano, todo había caído en una gran melancolía otoñal. En la sierra las estaciones tenían una verdad profunda y lastimosa. Todo estaba lleno de vegetales muertos y hasta la misma suciedad de la casa, de los muebles, del patio, parecía polvo moribundo.

Leticia, mientras tanto, fue adquiriendo a través de una lenta y sucesiva gradación de gestos una expresión de estupor, de absoluta extrañeza frente a la vida. Quizás se había enterado de todo, quizás habían renacido sus visiones. Pero eso no lo sabíamos. En la gran higuera de la huerta —donde colgaban algunas brevas picoteadas por los pájaros— había instalado su vivienda, su mundo aéreo, inalcanzable. Cuando iba con Jacinto por allí para cazar palomas, la veíamos en lo alto, a horcajadas sobre una rama, la mirada en el horizonte.

—¡Leticia! —le gritábamos—. ¡Leticia!

Ella fingía no vernos y si insistíamos nos escupía o nos arrojaba higos podridos.

—Algo le pasa a esta chica —decía Leonardo. Y a esta observación se limitaba toda su tutela.

La gente de don Evaristo había terminado de talar el bosque. Leonardo se paseaba entre las raíces de sus árboles con su fuete en la mano. Decía que plantaría nuevos eucaliptos en la colina del viaducto y había comenzado a hacer gestiones para reclutar gente en las comunidades. Se entrevistaba con los personeros, discutía, y salía luego a beber en los tambos aledaños. A veces traía a una india que hacía comer en la cocina y que permanecía en la hacienda una semana para luego desaparecer sin dejar rastros. María hostilizaba a estas indias a espaldas de Leonardo. Las indias dejaron de venir. La presencia de María en los asuntos de la hacienda se fue haciendo cada vez más ostensible. Por último ella dominó en San Gabriel, luego de haber dominado en la soledad de Leonardo.

Una tarde aparecieron don Evaristo y su mujer. A pesar de que Leonardo había jurado no admitir más huéspedes, hubo de recibirlos. Don Evaristo, eufórico, contó el descubrimiento que había hecho de sus tierras de montaña. Miles de hectáreas que nunca había visitado y que esta vez, guiado por su mayordomo, había recorrido hasta sus límites más calientes.

—¡Eso no se tocará hasta que mis hijos estén grandes! —decía—. ¡Allá ellos! Si lo trabajan bien comerán en vajilla de oro.

Esta prosperidad parecía lastimar a Leonardo, quien se mantuvo taciturno durante toda la visita. La víspera de su partida, don Evaristo cobró un repentino interés por inspeccionar los potreros, los libros, las instalaciones. Él, que era despacioso y charlatán, se convirtió en un hombre activo, hostigante y concreto en sus pesquisas. Lo vio todo, lo probó todo. Al final quedó caviloso. Solamente su mujer parecía comprenderlo.

—Bonita tierra —decía, rascándose la barba—. Tierra abrigada para buena alfalfa.

—¡Bonita tierra! —repitió Leonardo, cuando su huésped partió—. ¡Ya sé lo que quiere este lagarto! Pero antes que eso la reparto entre mis yanaconas.

—Se ha vuelto envidioso —decía la «gringa», señalando a Leonardo—. Yo que él vendería San Gabriel y me iba a vivir a Lima. Aquí nos van a comer los piojos. Ya es tiempo de vivir como gente civilizada.

Quizás Leonardo pensaba lo mismo, porque en su escritorio tenía recortes de periódicos limeños que ofrecían casa y chacras en el litoral. Pero por terquedad, por orgullo o, simplemente por amor, se obstinaba en perdurar en una casa que se caía a pedazos y en una tierra sin brazos ni barbechos. Cuando con su barba crecida y sus ojos extraviados recorría los claustros, su figura asumía algo de fantasmal y yo comenzaba a encontrarle un vago parecido con Jacinto.

Para sustraerme de todas estas malas apariencias, reinicié mis vagares por el campo. Siguiendo el curso del río había descubierto una cascada donde me bañaba solo, dando gritos de júbilo. Luego perseguía a las arañas acuáticas y las destrozaba a pedradas o trepaba por los despeñaderos para alcanzar las moras silvestres. A menudo iba a visitar a don Casildo, quien me invitaba a tomar chicha y me contaba historias fabulosas donde los animales eran inteligentes y hasta las piedras hablaban. Después lo acompañaba por las quebradas recolectando yerbas curativas.

Viniendo de uno de estos paseos divisé la chompa verde de Leticia. Acercándome de puntillas por sus espaldas llegué a su lado y grité. Ella se volvió con presteza y al verme —estaba fumando— tiró su colilla al suelo y se puso a reír. Nitucha, una de las hijas del carpintero, surgió como por encanto de las entrañas de la tierra. Estábamos al lado de aquella grieta natural que descubriera durante nuestra excursión a los venados. En ese momento me di cuenta de que la risa de Leticia era nerviosa.

—¡Bestia, me has podido matar! —exclamó poniéndose de pie—. ¿De dónde has salido?

—Vengo de donde Casildo.

Ella me observó de arriba abajo con extrañeza.

—De donde el curandero —repitió—. ¿Estás enfermo acaso?

—No, pero él es la única persona interesante que hay en San Gabriel.

Leticia me lanzó una rápida mirada y se volvió a sentar.

—Estaba mirando a las hormigas —dijo—. ¿Has visto? —con su dedo señaló una hilera de hormigas viajeras que formaban una huella negra sobre la tierra—. Hace rato que las miro. Van y vienen como locas, ¡no sé por qué! A veces dos se encuentran, se saludan y se ponen a conversar.

—¿Y qué hacía abajo Nitucha?

—La mandé a buscar el hormiguero.

Asomándome al borde vi que las hormigas penetraban en la grieta y desaparecían en su

profundidad. Comenzaba ya a interesarme por esa larga migración animal, cuando sentí la voz de Leticia que sonaba a mis espaldas.

—¡Qué aburridas son las hormigas!

Al volverme vi que se frotaba los ojos como para arrancarse una expresión ya usada.

—¡Y tú crees que vengo por ellas!

—¿Para qué vienes, entonces?

Levantándose me hizo una seña para que la siguiera y me condujo a lo largo de la grieta hasta un lugar donde la fosa se ensanchaba abriendo una boca terrible y húmeda que producía, al mirarla, una violenta contracción en el estómago.

—A veces me paro aquí —dijo—. Me paro en el mismo borde, cierro los ojos y me digo: «Si solo diera un paso, si me empujara el viento...».

—¡Estás loca! —dije, retirándome de su lado presa de una violenta cólera.

Leticia me persiguió saltando a mi alrededor.

—¡Es solamente un juego! —decía—. ¡Un juego!

La rechacé con la mano y sin ofrecerme resistencia se dejó impulsar, dio unas cuantas vueltas y quedó por último encogida, agraviada, con la expresión de una alimaña triste e indefensa. Me aproximé intrigado.

—Debería llorar —dijo, extendiendo sus manos que se mostraban exangües y crispadas —. Algo me ha dado frío.

—Son tus juegos estúpidos —le dije—. Regresemos a la casa —y me eché a caminar.

Ella me siguió sin protestar, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si tiritara. Luego venía Nitucha corriendo y distrayéndose en los tunales. Al final algunos indígenas seguían por azar nuestro camino. Al volver de cuando en cuando la cabeza me di cuenta de que, como las hormigas, formábamos una hilera, una hilera cada vez más larga que se precipitaba ciegamente en la profundidad de la tarde.

Cuando llegamos a la hacienda Leticia se acostó y se hizo servir yerbabuena. Por Nitucha supe que sufría del vértigo de la grieta. Yo pensé que fingía o que tal vez la había picado algún escorpión, alguna araña maligna. Por la noche hizo llamar a Leonardo a su cuarto. María y yo quedamos en la sala, silenciosos, porque era justamente la soledad lo que nos separaba. Únicamente cuando Leonardo volvió se resolvió a abrir la boca.

—Aquí todos son unos enclenques —dijo—. No sé qué les pasa. Con solo respirar el aire se envenenan.

—¡Leticia quiere ir donde Mabila! —exclamó Leonardo—. ¡Buena idea! La vieja la engríe bastante. La pobre chica se muere aquí de aburrimiento.

En efecto, dos días más tarde, Leticia, repuesta de sus flaquezas, se aprestó a cabalgar hasta Santiago. Yo me sentí un poco vejado porque no me había pedido que la acompañara. A pesar de que Leonardo me lo propuso luego, rehusé con maña temiendo que Leticia se opusiera. Fue Jacinto quien viajaría con ella y desde temprano anduvo alborozado, ejercitando su caballo en el patio, gritando, cada vez que caracoleaba junto a los arcos, que vería cinema en Santiago y que a su regreso me contaría la película.

Ambos partieron al mediodía. Corrí detrás de ellos hasta la cuesta. Allí se detuvieron un momento como era costumbre en los jinetes, para mirar la hondonada de la hacienda. Leticia observó todo sin emoción, los rasgos crispados por el frío, y cuando espoleó para reemprender la marcha me hizo un signo extraño con la mano, un signo que no era adiós ni hasta la vista, sino algo así como el gesto del hartazgo, de la renuncia o de la negación

absoluta de todo lo que permanecía a sus espaldas.

A las veinticuatro horas exactas llegó el telegrama. Lo trajo un hombre que cabalgó desde Mollepata. Debía haber recibido recomendaciones expresas, porque penetró hasta el comedor donde almorzábamos y se lo entregó personalmente a Leonardo. Mi tío lo leyó varias veces y por último, doblándolo, lo colocó bajo su plato. Como si nada hubiera ocurrido trató de seguir comiendo, pero repentinamente se levantó, apartó con escándalo su silla y salió de prisa, sin dar explicación alguna.

La «gringa» hizo un gesto de indiferencia y, sacándose una carne masticada de la boca, estiró la mano para coger el telegrama. Luego de leerlo murmuró sentenciosamente:

—Las malas noticias llegan siempre a las horas de comida.

Abandonando mi puesto salí a la carrera. Al llegar al patio vi que Leonardo caminaba hacia la caballeriza arrastrando una montura. Cuando lo alcancé, ya estaba al lado de «Chicuelo» ajustando las cinchas.

—¡Te acompaño! —fue lo único que atiné a decirle.

—¿Qué te importa a ti todo esto? —respondió colérico—. Te estás comprando males ajenos.

—¿Algo le pasa a Leticia?

Por toda respuesta hizo un gesto de impaciencia.

La única bestia disponible era la yegua blanca de María, un animal mañoso y tan viejo que en él había hecho sus últimas monturas la abuela Marica. La ensillé con presteza y cuando salí al camino por el portón de la cuadra, ya Leonardo vencía la cuesta sin doblar la cabeza.

Durante una hora lo perseguí sin encontrar sus rastros, sin saber siquiera si iba por el buen camino. Solamente al descender hasta el primer torrente lo divisé detenido a la entrada del puente.

—¡No se puede pasar por él! —me gritó, y haciéndome una seña me indicó que lo siguiera.

Vadeamos el torrente. Al llegar a Angasmarca nos apeamos para tomar un café con agua. Esa gran roca que hacía contrafuerte a la pampa de Algallama y que parecía una mitra descomunal me recordó mi pasaje por ese mismo lugar, hacía apenas un año. El resto del camino lo hice hostigado por una serie de pensamientos confusos. Leticia desaparecía de mi inquietud. Me decía que al montar esa yegua lo que pretendía era solamente convertirme en el actor de una aventura que no me concernía, participar en una fiesta fúnebre a la que no me invitaba más que mi curiosidad egoísta por el dolor ajeno.

Cuando terminamos de atravesar la pampa atardecía. Al otro lado del valle se veía una especie de galaxia triste y derramada: las luces de Santiago. Poco antes de medianoche entrábamos por la calle central de la ciudad y nos detuvimos en el hotel Santa María para reservar un cuarto. Luego proseguimos la marcha hacia la casa de Mabila, quien vivía en las afueras, cerca del cementerio.

Sin desmontar, atravesamos el portón. En el zaguán divisamos a Ollanta sosteniendo un farol, luego a Jacinto que salía a recibirnos frotándose las manos. Entramos en una sala grande, llena de muebles viejos y de candelabros encendidos que reflejaban su luz en los espejos desvaídos. Mabila estaba allí, envuelta en su mantón de largos flecos anudados. Yo me dejé caer en un canapé que crujió y estuvo a punto de romperse. Mabila y Leonardo pasaron al interior. Jacinto me trajo un vaso de ponche y en seguida me condujo a comer a la cocina.

Mientras devoraba con las manos los camotes fritos y quemados, Jacinto se desahogó:

—¡No he tenido tiempo ni de visitar el estadio! ¡Todo el día corriendo de un lado para otro!

—Me vas a decir qué pasa —lo conminé.

—¿No lo sabes? ¡Esta chica no sé qué diablos tiene!

Ayer, cuando estábamos por la quebrada de Cachicadán, comenzó a sentirse mal. En la cuesta estaba verde como un limón y no se podía tener sobre la silla. Menos mal que estábamos ya cerca, porque se cayó justo a la entrada de Santiago. Estaba echando sangre, tenía el pantalón todo negro...

—Es una hemorragia —añadió Ollanta, que merodeaba cerca del fogón—. Tía Mabila dice que eso le pasa por montar caballo «en su estado».

Jacinto añadió algo, pero ya no lo escuché. Las palabras de Ollanta me habían herido como un hondazo en las sienes. Todo zumbaba y se retorcía a mi alrededor. Levantándome, salí de la cocina, luego de la casa, anduve por las calles del mercado, por la plaza de Armas sin árboles, cubierta de una raquítica vegetación. Al llegar al hotel Santa María pedí la llave de la habitación y me tiré a la cama sin desvestirme.

Dormí cerca de veinticuatro horas porque me desperté al día siguiente, entrada la noche. Leonardo buscaba un pijama en su maleta y al verme me preguntó si estaba enfermo. Como tenía hambre, bajé para comer algo en el mostrador del bar, donde los notables del pueblo jugaban al billar.

Cuando subí, Leonardo estaba acostado, prote-giéndose de la bombilla con su mano extendida sobre los ojos. Como lo vi asequible y abandonado, aproveché para pedirle que me pagara lo que me debía desde la mina, aunque fuera lo suficiente para llegar a Lima.

—¿Te vas? —me preguntó con indiferencia.

Al día siguiente me entregó doscientos soles.

—Tendrás que ver a Leticia —me dijo.

Me limité a levantar los hombros.

—Está muy débil... —añadió—. Está verdaderamente mal. Si no se repone tendremos que llevarla a Trujillo.

Lo acompañé hasta la casona de Mabila. Allí me despedí de Jacinto, quien trató por todos los medios de retenerme.

—¿Con quién voy a conversar? —me dijo—. ¡Quédate aunque sea hasta mañana! Así iremos al cine esta noche.

Rehusando le pedí que me acompañara donde Leticia. Atravesamos la sala que estaba a oscuras, con su olor a humedad y a polilla muerta. En el umbral me detuve y no me atreví a entrar. Estaba seguro de que me bastaría ingresar en ese brumoso dormitorio para caer nuevamente en el círculo de Leticia, en su extraño mundo lleno de mentiras y artificios, de abluciones y de juegos, que ahora me parecían juegos sangrantes.

—Me voy —dije, girando sobre mis pies.

En el zaguán encontré a Leonardo que iba hacia el Banco. Me acompañó hasta la agencia de viajes. Sin equipaje me instalé en un camión que partió media hora más tarde. Mientras salíamos de Santiago y comenzábamos a recorrer esa tierra roja y jabonosa, hacía esfuerzos para no pensar en San Gabriel, al cual todo me conducía. Tenía la impresión de que algo mío había quedado allí perdido para siempre, un estilo de vida, tal vez, o un destino, al cual había renunciado para llevar y conservar más puramente mi testimonio. Solo cuando pasamos por las minas de Quiruvilca y el camión comenzó a descender, me di cuenta de que nos



acercábamos a la costa. Entonces ya no pensé en otra cosa que en el mar, en sus vastas playas desiertas que las aguas mordían a dentelladas lentas y espumosas.

Julio Ramón Ribeyro nació en la ciudad de Lima en 1929. Su obra incluye novelas, ensayos, obras dramáticas y diarios personales, pero son sus cuentos los que mayor reconocimiento le han deparado, al punto que hoy es considerado uno de los mejores exponentes del género en Latinoamérica. *La palabra del mudo*, publicada por primera vez en 1974 y ampliada de manera posterior, reúne todos sus cuentos. En 1960 recibió el Premio Nacional de Novela por *Crónica de San Gabriel*; y en 1994, el mismo año de su muerte, el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo.

www.pesopluma.net